

LO QUE DEBE HACERSE

CONDE LEÓN TOLSTOY

LO QUE DEBE HACERSE

Traducción de **CAMILO MILLÁN**

BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228

BUENOS AIRES Maucci Herms. Cuyo 1070 || MÉXICO Maucci Herms. L. ªRelox l

1902

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE.

La Solución

PRIMERA PARTE

¿QUÉ HACER?

I

He pasado toda mi vida en el campo.

En 1881 vine á vivir en Moscou, y la miseria que reinaba en esta ciudad me llenó de admiración. Conocía lo que era la indigencia en los pueblos; pero la de las ciudades me era absolutamente desconocida, y no podía explicármela.

Es imposible salir á la calle en Moscou sin encontrar á cada paso mendigos, pero mendigos de un tipo particular, que no se parecen en modo alguno á los de los pueblos. Éstos van cargados con las alforjas y tienen constantemente en los labios el nombre de Cristo: aquéllos, por el contrario, ni llevan alforjas ni piden limosna. Los más, cuando os ven, cruzan su mirada con la vuestra y, según el efecto que les producís, ú os piden limosna ó pasan de largo.

Conozco un mendigo de este género, y que es de origen noble. Es anciano: anda despacio, cojeando intencionalmente, bien del pie derecho, bien del izquierdo. Cuando os ve, se apoya en uno de ellos de modo que parece que os saluda: si os detenéis, lleva la mano á la gorra, se inclina, y os pide una limosna; pero, si pasáis de largo, trata de haceros creer que la inclinación obedeció á su defecto físico y sigue su camino inclinándose de igual modo sobre el otro pie.

Es un verdadero mendigo de Moscou que conoce su oficio.

Me pregunté, desde luego: ¿Por qué esas gentes obran así? Más tarde me di la razón de ello; pero me ha sido difícil siempre comprender su posición.

Noté un día, al atravesar la calle de Afanassiev-sky, que uno de la policía hacía entrar en un fiacre á un hombre del pueblo, hidrópico y andrajoso.

Le pregunté al agente qué delito había cometido aquel sujeto y me contestó que lo había detenido por mendigo.

— ¿Está prohibido mendigar?—pregunté.

— Es probable, —me respondió el agente.

El fiacre se llevó al hidrópico.

Monté en mi coche y los seguí.

Quise saber si era verdad que estaba prohibido mendigar y cuáles eran los términos de la prohibición.

A pesar de todos mis esfuerzos, no podía comprender que estuviese prohibido que un ser humano les pidiese algo á sus semejantes, y menos podía persuadirse de ello al ver á los mendigos pulular por Moscou.

Entré en el cuartelillo adonde hablan conducido al hidrópico.

Un hombre, con el sable al costado y el revólver á la cintura, estaba sentado allí frente á una mesa.

Le pregunté por qué habían detenido al mujik.

El del sable y la pistola me miró con severidad y me dijo:

— ¿Qué tenéis que ver con eso?

Sin embargo, juzgando necesario darme algunas explicaciones, añadió:

—Nuestros jefes mandan que se detenga á esa clase de personas, y es probable que tengan sus razones para ello.

Me retiré.

Vi en la antecámara al agente que había detenido al hidrópico: estaba apoyado en el marco de una ventana y examinaba con seriedad las páginas de un cuaderno.

Me acerqué á él y le pregunté:

— ¿Es verdad que se les prohíbe á los mendigos implorar la caridad en nombre de Cristo?

El agente salió de su abstracción; se fijó en mí: volvió á abstraerse, ó mejor dicho, á amodorrarse, y murmuró:

—Cuando los jefes lo ordenan, es porque conviene.

Se apoyó de nuevo en la ventana y volvió á examinar su libreta.

Salí del cuartelillo y me dirigí á mi carruaje: el cochero me preguntó:

— ¿Le han echado el guante?

Era evidente que se interesaba en el asunto.

—Sí, —repuse, —lo han cogido.

El cochero meneó la cabeza.

— ¿Es cierto, pues, que en Moscou se les prohíbe á los mendigos pedir limosna por el amor de Dios? ¿Es posible saber por qué? ¿Cómo se comprende que siendo un mendigo de Cristo se le lleve preso?

—Hoy está prohibido mendigar.

En más de una ocasión me ha sucedido ver á los agentes de policía detener á los mendigos, conducirlos á la prevención y de allí á la casa de Iussupoff.

Un día encontré en la calle de Miasnitskaia un grupo de treinta mendigos, conducidos por agentes de policía.

Me dirigí á uno de éstos y le pregunté:

— ¿Qué delito ha motivado esas detenciones?

—El de la mendicidad, — me contestó.

Deducíase de ello que en Moscou, en nuestra segunda capital, la ley prohibía mendigar á todas esas gentes que pululaban por las calles y que se formaban ordinariamente en largas filas ante las iglesias durante los oficios religiosos, y, sobre todo, con ocasión de entierros.

Pero ¿por qué eran detenidos unos y se dejaba en libertad á otros? Esto era lo que no me explicaba.

Entre aquellos mendigos, ¿los había legales é ilegales? ¿Eran en tanto número que no se les pudiera coger á todos, ó es que á medida que se arrestaba á unos iban llegando otros?

Existe en Moscou un número de mendigos de todo género: los hay que hacen un oficio de la mendicidad, y hay otros que son realmente indigentes; que habiendo ido á Moscou por un motivo cualquiera, no pueden dejar la ciudad por falta de recursos, y que se encuentran sumidos en la miseria más espantosa.

Entre los mendigos de esta categoría se ven aldeanos y aldeanas con sus trajes de pueblo, y frecuentemente he tropezado con ellos.

Algunos, al salir del hospital en donde hablan estado enfermos, carecían de recursos para su subsistencia y para regresar á su país: otros habían quedado arruinados en un incendio; los había también propensos ó dados á la bebida, y éste era probablemente el caso del hidrópico de que he hablado antes.

También vi mujeres cargadas de niños de corta edad, y hombres vigorosos que podían trabajar.

Estos mendigos, que gozaban de buena salud, me interesaban singularmente, y he aquí la razón.

Desde mi llegada á Moscou, y como medida higiénica, tomé la costumbre de irme todos los días á trabajar con dos mujiks que aserraban madera en las Vorobiovy Gory (Montes de los gorriones).

Aquellos aldeanos se parecían en un todo á los mendigos que pululaban por las calles.

Uno de ellos, llamado Piotre, natural del gobierno de Kaluga, había sido soldado: el otro, nombrado Simion, era un aldeano del gobierno de Vladimir.

No poseían más que los vestidos que llevaban puestos, y los brazos para trabajar. Ganaban, con su ruda labor, de cuarenta á cincuenta kopeks al día y aun hallaban medio de economizar algo de aquel salario. Piotre acababa de comprarse una pelliza, y Simion deseaba reunir el dinero suficiente para regresar á su pueblo.

Por eso, cuando encontraba en la calle dos hombres en iguales circunstancias, me interesaba por ellos y me decía: ¿Por qué trabajan los unos ***y*** mendigan los otros?

Cuando tropezaba con uno de estos últimos, le preguntaba por las causas que lo habían reducido á aquella situación.

Un día vi á un mujik de barba gris y en buen estado de salud, que me pidió una limosna, y le pregunté:

— ¿Cómo te llamas y de dónde vienes?

Me contestó que venía de Kaluga en busca de trabajo: había salido de su país con un camarada: hallaron desde luego ocupación y hacían leña en el bosque; pero su patrón dejó un día de necesitarlos, y los despidió: buscaron nuevo trabajo inútilmente: su camarada regresó al pueblo, y él, después de quince días en que se comió lo economizado, carecía de medios para comprar un hacha ó una sierra.

Le di lo suficiente para que comprase una sierra y le indiqué un sitio en donde le darían trabajo.

Yo me había puesto de acuerdo con Piotre y con Simion, quienes me habían prometido acoger un camarada y encontrarle un compañero para el trabajo.

—Cuento contigo, —le dije al pordiosero, —y no te faltará qué hacer.

—Descuidad, iré: no mendigo por gusto: tengo fuerzas para trabajar.

Aquel mujik me dio palabra de concurrir al trabajo: me pareció franco y voluntarioso.

A la mañana siguiente fui á ver á mis dos amigos y les pregunté por su nuevo compañero; pero no habían visto á nadie.

Y como por éste, fui engañado por otros muchos aldeanos.

Algunos me dijeron que únicamente deseaban reunir el dinero necesario para regresar á sus pueblos: se lo di, y ocho días después los volví á ver en Moscou: la mayor parte me reconocían y me esquivaban, pero algunos hasta se olvidaban de mi fisonomía y volvían á pedirme limosna.

Así fué como me convencí de que aquella categoría de mendigos encerraba á muchos de mala fe; pero hasta los más embusteros inspiraban lástima, porque todos estaban flacos, miserables y enfermos.

A aquella clase de mendigos pertenecían, al decir de los periódicos, los que se morían de hambre ó se suicidaban.

II

Cuando hablaba yo de esta miseria á los de la ciudad, me contestaban:

—|Oh! lo que habéis visto no es nada aún. Id al mercado de Khitrovo y entrad en una de sus casas de dormir: allí encontraréis la *compañía dorada*[1].

Un humorista me dijo que la compañía se había convertido ya en regimiento completo; tan numerosos eran los miserables, y aquel humorista tenía razón, pero hubiera sido más justo decir que la *compañía dorada* formaba en Moscou un ejército entero, cuyo contingente se elevaba, por mi cuenta, á cincuenta mil personas.

Los habitantes de la ciudad me hablaban con cierta fruición de aquella miseria y parecía que se vanagloriaban al demostrarme que conocían aquel estado de cosas.

Recuerdo haber observado, durante mi estancia en Londres, que los habitantes de la ciudad parecían vanagloriarse también de la miseria londinense.

—Ved—parecían decir—cómo van las cosas por ahí fuera.

Quise ver la miseria de que me hablaron.

Intenté ir algunas veces al mercado de Khitrovo; pero me detuvo cierto malestar y cierto escrúpulo.

1Como si dijéramos, .los descamisados. (en ruso Zolotoia rota).

— ¿A qué conduce ir á observar los sufrimientos de gentes á quienes no puedes socorrer?—me decía una voz interior.

—No, —me decía otra voz. —Toda vez que habitas en esta ciudad y ves sus esplendores, contempla también sus miserias.

Un día no festivo del mes de Diciembre de 1882, en que helaba atrozmente y corría un viento glacial, me dirigí al mercado de Khitrovo.

Eran las cuatro de la tarde.

En la calle de Soliannka empecé á encontrar individuos de color enfermizo, vestidos de un modo raro con trajes que no hablan sido hechos seguramente para ellos, y calzados de una manera muy particular. El número de aquellos individuos aumentaba á medida que yo me iba acercando al punto adonde quería ir: lo que más me llamó la atención fué su desprecio hacia todo lo que les rodeaba.

Envuelto cada uno en un traje extraño, que á ningún otro se parecía, todos marchaban con aire desdeñoso y sin preocuparse del espectáculo que ofrecían.

Todos se encaminaban hacia el mismo sitio. Sin informarme de un camino que no conocía, les seguí y llegué al mercado de Khitrovo.

Allí vi mujeres que tenían el mismo aspecto; que ofrecían el mismo empaque andrajoso, las mismas botas ó los mismos zapatos destalonados, y que, á pesar de lo haraposo de sus vestiduras, tenían igual desenvoltura. Viejas y jóvenes, sentadas las unas vendiendo diversas mercancías, y andando las otras de aquí para allá, discutían vomitando injurias.

Había poca gente en la plaza.

Era evidente que había terminado la venta, y la mayor parte de los transeúntes no hacían más que atravesar el mercado y seguir más arriba, siempre en la misma dirección. Los seguí, y á medida que avanzaba, la concurrencia iba siendo mayor.

Después de atravesar el mercado, tomé por una calle adyacente y alcancé á dos mujeres: la una vieja y la otra joven.

Ambas iban envueltas en andrajos de color gris, y hablaban de un negocio.

A cada una de las palabras necesarias á la conversación, añadían una ó dos enteramente inútiles y de las más obscenas. No estaban borrachas, y el negocio de que hablaban las hacía ser desconfiadas. Los hombres que se cruzaban con ellas ó que iban delante, no prestaban atención alguna á aquella manera de expresarse tan extraña para mí.

Era evidente que en aquel sitio se expresaban todos de aquel modo. Quedaban á nuestra izquierda muchas casas para dormir, pertenecientes á particulares, y algunos desgraciados iban entrando en ellas: los demás seguían su camino.

Llegados al final de la calle, nos acercamos á una casa grande que formaba esquina: el mayor número de los viandantes se detuvo allí. En todo lo largo de la acera, en las baldosas y hasta en la nieve de la calle, se mantenían, de pie ó sentadas, muchas personas que tenían el mismo aspecto que mis compañeros de camino.

Las mujeres estaban á la derecha y los hombres á la izquierda: pasó por delante de todos: eran algunos centenares, y yo me detuve allí donde terminaba la fila.

La casa ante cuya puerta aguardaban todos era el asilo de noche gratuito, fundado por Liapine: la multitud la componían gentes sin domicilio que esperaban que se abriese la puerta; ésta se abrió á las cinco y por ella se dejó entrar á cuantos quisieron.

Hacia aquella casa era á donde se dirigían casi todos aquellos á quienes yo me había adelantado.

Yo me había detenido al extremo de la fila de hombres. Los que tenía más cerca me miraron, y su mirada ejerció atracción sobre mí. Los jirones que envolvían sus cuerpos ofrecían notable variedad: pero la expresión de las miradas que me dirigieron aquellas gentes fué la misma.

En todas leí esta pregunta:

— ¿Por qué razón tú, que perteneces á otra esfera, te paras á nuestro lado? ¿Quién eres? Un ricachón lleno de arrogancia que quiere gozarse en nuestra miseria y disipar su fastidio atormentándonos. O bien: ¿Serás acaso, lo que no es ni puede ser, un hombre que tenga lástima de nosotros?

Todos me inspeccionaban: cuando sus ojos se encontraban con los míos, los volvían á otro lado.

Tenía deseos de trabar conversación con uno de ellos y, sin embargo, me costó mucho el decidirme.

Pero nos habían aproximado ya nuestras miradas, siquiera no nos hubiésemos hablado aún.

No obstante la distancia que la vida había puesto entre nosotros, ambos comprendimos que éramos hombres, y ya no tuvimos miedo el uno del otro.

El que tenía yo más cerca era un hombre de rostro mofletudo y barba rojiza. Llevaba en los hombros un caftán agujereado, y metidos sus pies mondos en zapatos destalonados, y eso que hacía un ocho grados bajo cero.

Nuestra mirada se encontró por tercera ó cuarta vez, y tan dispuesto me sentí á hablarle, que lo que me avergonzaba no era el dirigirle la palabra, sino el no haberlo hecho ya.

Le pregunté de qué país era; me contestó y seguimos la conversación: los demás se acercaron a nosotros.

Era del gobierno de Smolensko y había venido á Moscou en busca de trabajo para ganarse el pan y poder pagar los impuestos.

—En los tiempos que corren falta el trabajo, —me dijo. —Los soldados lo acaparan todo. No hago más que ir tirando. Hace dos días que no he comido.

Esto lo dijo tímidamente y tratando de sonreír.

Cerca de nosotros estaba un soldado viejo, comerciante de sbitiene[2]: le hice seña de que se acercase. Llenó un vaso que el hombre se tomó muy caliente, y luego se frotó las manos.

Ejecutado esto, me hizo el relato de sus aventuras. Su historia se parecía á la de los demás: había estado ocupado algún tiempo; había faltado luego el trabajo, y para colmo de desgracias, le habían robado en el asilo de noche el saco en que guardaba el dinero y el pasaporte, de suerte que no podía salir de Moscou.

Me dijo que, durante el día, entraba en las tabernas en donde se calentaba y se mantenía con los mendrugos de pan que dejaban los parroquianos.

Unas veces lo dejaban entrar y otras no: las noches las pasaba en el asilo.

Lo único que deseaba era que la ronda de policía diese con él y lo enviase por etapas a su país, en vista de no tener pasaporte.

—Según dicen, —añadía á modo de conclusión, — el próximo jueves vendrá por aquí la ronda y me detendrá seguramente. ¡Con tal de que pueda yo esperar hasta entonces!

La prisión y las etapas le parecían la tierra prometida. Mientras que contaba su historia, tres ó cuatro hombres de los que allí estaban habían confirmado sus palabras, y añadido que también se encontraban ellos en igual situación.

Un joven, pálido, de largos cabellos, vestido únicamente con una camisa desgarrada por los hombros y con la cabeza cubierta con una gorra sin visera, se abrió paso por entre la multitud y llegó hasta mí. El frío le hacía temblar horriblemente, sin embargo de lo cual trataba de sonreír desdeñosamente mientras que los mujiks hablaban.

---

2 Agua endulzada con miel y aromatizada con especias. Se toma caliente.

Le ofrecí sbitiene; tomó un vaso; se calentó también las manos, y empezó á hablar, pero le apartó en seguida un individuo de alta estatura, moreno, con la nariz de pico de águila, sin nada á la cabeza, y llevando por todo abrigo una camisa de indiana y un chaleco.

El hombre de la nariz de pico de águila me pidió que le diese de beber.

Luego llegó un viejo alto, de barba terminada en punta, vestido con un paleto ceñido á la cintura con una cuerda y calzado con *lapüs*[3].

Estaba borracho.

Vi en seguida un hombrecillo de rostro abultado y ojos lagrimosos que llevaba puesto un chaquetón de cutí blanco, y que iba enseñando las rodillas por los agujeros del pantalón (de riguroso verano); rodillas que temblaban de frío y daban la una contra la otra.

El pobre diablo temblaba tanto, que derramó sobre sí el contenido del vaso. Lo llenaron de injurias.

Se contentó con sonreír de un modo triste y siguió temblando.

Después vi pasar sucesivamente ante mis ojos un ser deforme y torcido, cubierto de harapos y con los pies desnudos metidos en unas botas sin suelas; otro, que se asemejaba á un antiguo oficial; otro, que tenía traza de sacerdote, y un cuarto, á quien le faltaba la nariz; y todos ellos, suplicantes, humildes, torturados por el hambre y por el frió, se estrechaban á mi alrededor codiciando la sbitiene.

Acabaron con lo que quedaba, y uno de ellos me pidió dinero: se lo di; pero pronto me vi asediado por tal número de solicitantes, que aquello se convirtió en un caos.

El portero do la casa vecina gritó á la multitud para que despojase la acera en el frente de su casa, orden que fué obedecida al momento.

Do la muchedumbre misma salieron algunos que restablecieron el orden y me tomaron bajo su protección: quisieron abrirme paso para que saliese de entre la multitud; pero ésta, que se extendía á lo largo de la acera, rompió sus filas y se apiñó en torno mío.

Todos me miraban y me suplicaban, y la expresión de los sufrimientos, de la ansiedad y del respeto, pintada en sus semblantes, causaba pena.

Les di todo lo que llevaba sobre mí, que no era mucho; unos veinte rublos, y entré con la multitud en el asilo.

3 Especie de alpargatas.

Este era inmenso y estaba dividido en cuatro secciones: las de los hombres ocupaban el piso alto y la de las mujeres el bajo.

Entré en esta última, que era un vasto salón, todo él lleno de literas dispuestas en dos líneas, la una sobre la otra.

Mujeres de extraño aspecto, con los vestidos hechos jirones, unas jóvenes y otras viejas, entraban y ocupaban los puestos que encontraban libres.

Algunas, de entre las viejas, se santiguaban y rezaban por el fundador del asilo; las demás reían y se injuriaban.

Subí al piso alto en el que los hombres estaban alojados de igual manera, y vi á uno de aquellos á quienes había dado dinero. Al verle, me sentí avergonzado y me apresuré á marcharme. Salí de aquella casa y entré después en la mía, con la conciencia de haber cometido un crimen.

Subí la escalera cubierta de tapices, y entré en la antecámara; me quité la pelliza y me senté á la mida en la que dos mozos de comedor, vestidos de negro, me sirvieron los cinco platos que constituían mi comida.

Hace treinta años vi guillotinar a un hombre en París, ante millares de espectadores. Sabía que el reo era un temido malhechor, y no ignoraba las razones que desde hace siglos han venido aduciéndose para disculpar ó explicar semejantes actos. Sabía que aquello se hacía con intención, conscientemente; pero en el momento en que el cuerpo y la cabeza quedaron separados, exhalé un grito.

Comprendí, no por discernimiento, no por sensibilidad, sino con todo mi ser que cuantos sofismas habla oído, relativos á la pena de muerte, no eran más que infames simplezas. Cualquiera que fuese el número de los espectadores y el nombre que se diesen, comprendí en aquel momento que acababan de cometer un asesinato, el crimen más grande que se puede cometer en el mundo, y que yo, por mi presencia y por mi no intervención, acababa de tomar parte en él y de aprobarlo tácitamente.

De igual modo allí, en presencia del hambre, del frío y de la humillación de aquellos seres humanos, me convencí de que la existencia de tales gentes en Moscou era también un crimen. Y en tanto nosotros nos regalábamos con filetes de ternera y con pescados exquisitos, y cubríamos nuestras habitaciones y nuestros caballos con ricos tapices y hermosos paramentos.

Digan cuanto quieran los sabios del mundo acerca de la necesidad de tal orden de cosas, aquello era un pecado que se cometía incesantemente y en el que yo incurría con mi lujo, pecado del que no solamente era yo culpable por complacencia, sino por complicidad.

A mi modo de ver, no había más que una diferencia entre aquellas dos impresiones: en el primer caso, todo lo que yo hubiera podido hacer era apostrofar á los asesinos que estaban cerca de la guillotina y habían ordenado el asesinato, diciéndoles lo mal que hacían, en la seguridad de que mi intervención no hubiera evitado la comisión del crimen: en el segundo caso, no solamente podía dar sbitiene y el dinero que llevaba en el bolsillo, sino también mi pelliza y todo cuanto tenía en mi casa.

Y sin embargo, no obró así, y entonces me creí, y me creo ahora, y me creeré siempre cómplice del crimen que se comete constantemente, y esa responsabilidad recaerá en mí en tanto disfrute de una alimentación superflua mientras otros se mueren de hambre, y en tanto que yo tenga dos vestidos y haya quien no tenga ninguno.

III

Confesé mis impresiones á un amigo, vecino de Moscou, y se echó á reír y me dijo que aquello era consecuencia natural de la vida de las grandes capitales y que sólo á mis prejuicios de provinciano debía atribuirse aquella manera de considerar las cosas. Me aseguró que aquello había ocurrido, ocurría y seguiría ocurriendo siempre, por ser consecuencia inevitable de la civilización.

En Londres aun era peor la situación... Por lo tanto, ni había allí nada malo, ni motivo para quejarse de ello.

Empecé á rebatir á mi amigo, y lo hice con tanto calor y tan nerviosamente, que acudió mi mujer para enterarse de lo que ocurría.

Parece ser que, sin darme cuenta de ello, me animaba bruscamente y exclamaba con voz conmovida:

—No se puede vivir así. ¡Es imposible: no se puede vivir así!

Fui reprendido por mi inútil arrebato, por no saber discurrir con calma, y por irritarme de una manera inconveniente. Se me demostró, además, que la existencia de aquellos desgraciados no podía ser una razón para envenenar la vida de los demás, que también eran mis prójimos.

Comprendí que aquello era muy justo, y no repliqué; pero interiormente sentía que yo tenía razón también, y no lograba calmarme.

La vida de la ciudad, que hasta entonces me era extraña y me parecía rara, se me hizo desde aquel instante tan odiosa, que los goces de la vida lujosa y regalada, tenidos como tales hasta aquella fecha, se convirtieron para mí en tormentos.

Por más que buscaba en mi alma una razón cualquiera que disculpase nuestra vida, no podía ver sin irritarme mi salón y los salones de los demás, ni podía ver una mesa suntuosamente servida, ni un carruaje, ni los almacenes, ni los teatros, ni los círculos,

porque no podía dejar de ver, junto á todo aquello, á los habitantes del asilo Liapine, torturados por el hambre, por el frío y por la humillación.

Me era imposible desechar la idea de que aquellas dos cosas tenían perfecto enlace y de que la una era consecuencia de la otra. .

Recuerdo que este sentimiento subsistió en mi sin modificación alguna, tal como se manifestó en el primer instante, pero que vino otro á mezclarse con él y á relegarlo á segundo término.

Cuando les hablaba á mis amigos íntimos y á mis conocidos, de la impresión que me habla causado la visita hecha al asilo Liapine, todos me contestaban en el mismo sentido que el amigo con quien tan violentamente discutí; pero, después, todos aprobaban mi bondad y mi sensibilidad, dándome á entender que aquel espectáculo no había producido sobre mí tal impresión, sino porque yo era un ser buenísimo y una persona excelente. Y yo los creí de buena voluntad. E instantáneamente surgió en mi alma un sentimiento de satisfacción por creerme virtuoso y por mi afán de demostrarlo, sentimiento que sustituyó al de reproche y á los remordimientos que me hablan asaltado por mi conducta.

—Verdaderamente, —me decía, —no es en mi ni en el lujo con que vivo, en los que recae la responsabilidad de lo que acontece, sino más bien en las condiciones inevitables de la vida.

En efecto, la variación de mi manera de vivir no podía remediar el mal que habla visto. Si hubiese obrado como pensaba, no hubiese conseguido más que hacer desgraciados á mis parientes, sin mejorar por eso la situación de los demás.

De ahí que mi deber no consistiera en cambiar yo de vida, sino en concurrir desde luego, y en la medida posible, á mejorar la situación de los desgraciados que habían excitado mi compasión.

Lo único cierto es que yo era un excelente hombre que deseaba labrar el bien de mi prójimo; y me puse a meditar en un plan de beneficencia mediante el cual pudiera acreditar mi virtud.

Por entonces se verificó el empadronamiento.

Era una ocasión propicia para realizar mis proyectos.

Conocía muchas instituciones y sociedades benéficas en Moscou; pero me pareció nula su actividad y mal dirigida para lo que yo quería hacer.

Me decidí á inspirar á los ricos simpatía hacia los pobres de la ciudad y luego á colectar dinero, afiliando para esto á personas de buena voluntad.

Era preciso, también, aprovecharse del empadronamiento para visitar todas las madrigueras de la pobretería; entrar en relaciones con los desgraciados; conocer sus necesidades, y llevarles socorros en dinero ó en trabajo. Era preciso, también, llevarlos fuera de Moscou; colocar á sus hijos en las escuelas y á los ancianos, lo mismo hombres que mujeres, en los hospicios y los asilos.

Creí que sería fácil constituir una sociedad permanente cuyos asociados se repartiesen los barrios de la ciudad de Moscou y velasen por qué no se engendraran de nuevo en ellos la pobreza ni la miseria, en cuyo caso atenderían desde un principio á su remedio, tanto por medio de cuidados como haciendo observar la higiene en la miseria urbana. Me imaginaba que no habría ya en lo sucesivo ni pobres ni necesitados en la ciudad y que todo ello sería debido á mis esfuerzos.

Así podríamos los ricos sentarnos tranquilamente en nuestros salones, comer nuestros cinco platos é ir á los teatros y á las reuniones en coche, sin que turbaran nuestra tranquilidad espectáculos semejantes al que yo había presenciado cerca del asilo Liapine.

Desde que tracé mi plan y redacté un artículo sobre el asunto, me dediqué, antes de hacer imprimir éste, á visitar á todos aquellos amigos míos cuyo concurso esperaba obtener. A todos cuantos vi aquel día (me dirigí especialmente á los ricos) les repetí lo mismo, que era, sobre poco más ó menos, el contenido del artículo que publiqué más tarde. Yo proponía utilizar el empadronamiento para conocer la miseria moscovita y hacer de suerte que no hubiese pobres en Moscou, con lo cual podríamos gozar los ricos, con la conciencia tranquila, del bienestar á que estábamos acostumbrados.

Todos me escuchaban con atención, pero, cuando comprendían de qué se trataba, se ruborizaban, por mí, de las *tonterías* que yo decía; pero aquellas *tonterías* eran de tal naturaleza, que no se atrevían á darles ese nombre.

Hubiérase dicho que alguna razón estética obligaba á los que me escuchaban á mostrar hacia mí una indulgencia excesiva.

— ¡Ah, sí! Seguramente... Eso estaría muy bien, —me decían.

—Es imposible no interesarse en ello.

—Sí: vuestra idea es hermosa. También he pensado yo en este estado de cosas, pero... somos, por lo general, tan indiferentes, que no conviene contar con un éxito grande. Por lo demás, me hallo dispuesto á prestaros mi concurso en lo que intentáis.

Todos me contestaban de un modo análogo, pero me imaginé que consentían, no porque yo les hubiera persuadido ni porque olios participasen del mismo deseo, sino por un motivo exterior que no les permitía negarse.

También observé que ninguno de los que me habían ofrecido su concurso me indicaba la cantidad con que se proponía contribuir. Debía yo determinarla y pedirla. Y yo la fijaba en 300, 200 ó 25 rublos. Nadie me dio dinero, y lo consigno así, porque tales personas se apresuran generalmente á dar el importe de aquello que desean.

Para tener un palco en una representación de Karah Bernhardt, se paga en el acto con el objeto de no perder la función.

Aquí, al contrario: de todos los que consintieron en abrir la bolsa y me expresaron su simpatía, ni uno solo me dio el dinero en el acto. Se limitaron á aceptar silenciosamente la cifra que les fijé.

En la última casa que visité aquel día había mucha concurrencia. La señora se ocupaba en actos benéficos desde hacía muchos años. Veíanse coches estacionados ante la escalinata y criados en traje de gala en la antecámara. En el gran salón señoras y señoritas, vestidas con pretensiones, estaban sentadas y vistiendo muñequitas. Algunos jóvenes las acompañaban. Las muñecas debían ser puestas en venta en beneficio de los pobres.

El aspecto del salón y do las personas que estaban en él, me produjo una impresión bastante penosa. Sin tener en cuenta la fortuna do aquellas gentes, que podría valorarse en muchos millones; sin hablar de los intereses de su capital, gastado en trajes, bronces, alhajas, carruajes, caballos y libreas, los gastos hechos para aquella velada en guantes, bujías, té, azúcar y pasteles, subían á cien veces el valor de lo hecho por aquellas damas.

Al ver todo aquello, sospechó que no encontraría allí simpatías para mi causa, pero yo había ido para proponer mi asunto y por penoso que me fué lo expuse, sobre poco más ó menos como lo explicaba en mi artículo.

Entre todas aquellas personas, sólo una me ofreció su concurso metálico diciéndome que su sensibilidad no le permitía visitar por si mismo á los pobres; pero ni me dijo cuánto daría ni en qué momento.

Otras dos personas, una de ellas joven, me ofrecieron sus servicios, que no acepté.

Una señora, á la cual me dirigí más especialmente, me dijo que no podía hacer gran cosa porque disponía de pocos recursos, y que sucedía esto porque todos los ricos de Moscou estaban aburridos, en atención á haber dado ya cuanto podían para los pobres.

Por otra parte, se habían distribuido ya á los bienhechores grados, medallas y otra clase de honores, y para lograr algún resultado tocante á la cuestión pecuniaria sería preciso obtener de las autoridades nuevas distinciones. Aunque difícil, aquél era el único medio de obtener recursos.

Al regresar **á** mi casa aquella noche, volví con el presentimiento de no poder realizar mi idea. Además me encontraba confuso, por estar convencido interiormente de que

durante todo el día había estado haciendo algo malo y vergonzoso. Sin embargo, no por ello desistí.

El negocio se había puesto en marcha, y el amor propio me impidió abandonarlo: además, el éxito, y aun cuando esto no fuera, el hecho solo de perseguirlo, me permitía vivir en las condiciones actuales de mi existencia, que era lo que yo temía inconscientemente.

No daba crédito á aquella voz interior, y seguía adelante con mi empresa.

Después de haber dado mi artículo á la imprenta, leí una prueba de él al consejo municipal.

Me hallaba tan confuso, que me puse colorado y tartamudeé al leerlo.

Mis oyentes estaban, igualmente, llenos de confusión.

Cuando terminé la lectura, y propuse á los directores del empadronamiento que utilizasen sus funciones para ser los intermediarios entre la sociedad y los necesitados, se hizo en la sala un silencio embarazoso.

Luego pidieron la palabra dos oradores. Sus discursos disiparon el disgusto que causó mi proposición, pues, dándome en ellos testimonio de gran simpatía, declararon impracticable mi idea, idea que en principio habían aprobado todos. Sintiéronse aliviados de un gran peso. Deseando esclarecer la cuestión, pregunté á los directores si consentían en examinar, durante el empadronamiento, las necesidades de los desgraciados y permanecer en funciones para servir de intermediarios entre los pobres y los ricos.

Sintiéronse disgustados de nuevo y sus miradas parecían decirme:

—Por consideración á ti, hemos reparado hace poco la tontería que has cometido; ¿y aun sigues fastidiándonos?

Tal era la expresión de sus semblantes. Sin embargo, me dijeron de viva voz que aceptaban mi proposición, y dos ó tres, como si se hubiesen puesto de acuerdo, me dijeron separadamente:

—Por nuestra parte, nos creemos moralmente obligados á hacer eso.

Hablé también del asunto a los estudiantes que Fe habían encargado de los trabajos del censo, y mi« palabras produjeron en ellos la misma impresión, cuando les dije que aquellos trabajos tendrían un doble objeto: el de la estadística y el de la beneficencia. Al tocarles este punto, observé que me miraban como se suele mirar á un hombre que dice tonterías.

Mi artículo produjo en el redactor del periódico á quien se lo entregué, el mismo efecto que en mi hijo, en mi mujer y en otras personas. Aunque á todos les disgustara, se creyeron en el caso de aprobar la idea en sí misma, pero añadiendo que era de muy dudoso resultado, y quejándose, no sé por qué, de la indiferencia y frialdad de nuestra sociedad y del mundo, exceptuándose ellos, por supuesto.

Continué sintiendo en mi alma que no era aquello lo que debía hacerse, y presintiendo que los resultados serían nulos, á pesar de lo cual el artículo vio la luz y yo me inscribí para tomar parte en los trabajos del censo. Había elaborado el proyecto del asunto, y éste me arrastraba.

IV

A petición mía, se me nombró para verificar el empadronamiento en un barrio del distrito de Khamovniki, cerca del mercado de Smolensko, en la calle de Prototchny, entre el pasaje Beregovoi y el callejón Nikolsky.

En dicho barrio se hallaban situadas las *casas* ó *fortaleza de Bjanoff***.** Aquellas casas, que en otro tiempo pertenecieron al comerciante Rjanoff, eran ahora de la propiedad de Zimine.

Había oído decir yo, hacía tiempo, que aquel era el boulevard de la mayor miseria y del mayor libertinaje, y por eso solicité el cargo que me confiaron.

Habiendo recibido órdenes del consejo municipal, me fui solo á dar una vuelta por mi cuartel, antes de verificar el censo.

Empecé por el callejón Nikolsky.

En su extremo izquierdo se alza una casa sombría, sin puerta á la calle. Adiviné, por el aspecto exterior, que era una de las que yo buscaba.

En la calle encontré pilluelos de diez á catorce años, vestidos con camisola y paleto, deslizándose sobre ambos pies ó sobre un solo patín por la pendiente y siguiendo el curso del agua helada á lo largo de la acera de la casa. Aquellos chicos estaban llenos de andrajos y eran, como los pilluelos de todas las ciudades, ágiles y resueltos.

Me detuve á mirarlos.

Una vieja, con los carrillos caídos y la tez amarilla, doblaba la esquina y se dirigía hacia el mercado de Smolensko resoplando á cada paso que daba, como un caballo cansado. Se detuvo cerca de mí. En otro lugar, me hubiese pedido dinero; pero allí se limitó á decirme:

—Ved, —y me señaló á los chicos; —llegarán á ser rjanovtsi[4] como sus hermanos.

Uno de los pilletes oyó aquellas palabras y se detuvo.

— ¿Por qué insultas á las gentes?—gritó á la vieja. —Tú, tú sí que eres la víbora de Rjanoff. Yo le pregunté al chico: — ¿Vives aquí?

—Sí, y ella también, la ladrona, que ha robado la caña de una bota, —dijo gritando el chicuelo y lanzándose, con un pie hacia adelante, se fué más lejos.

La vieja prorrumpió en injurias que interrumpían sus golpes de tos.

En esto bajaba un viejo de cabellos blancos como la pluma del cisne, todo cubierto de harapos: descendía por el arroyo balanceando los brazos y traía en la mano panes de diversas formas, algunos de ellos ensartados en una cuerda.

El viejo traía el aspecto del hombre que ha tomado una copa y ha entrado en calor. Al escuchar á la vieja vomitar injurias, se puso de su parte.

—Galopines, —dijo, — tened mucho cuidado; —y haciendo como que se dirigía contra ellos, pasó por delante de mí y tomó la acera.

Si yo me hubiese tropezado con aquel viejo en la calle de Arbate, me hubiera llamado la atención por su vejez, su debilidad y su pobreza, pero allí no era más que un obrero alegre que se retiraba á su casa terminados sus quehaceres.

Tomó por la izquierda de la calle de Prototchny, y después de rebasar la casa y la puerta, se metió en una cantina.

A la calle daban dos puertas cocheras y las de un restaurant, una taberna y una lonja. Aquella era la *fortaleza de Rjanoff*.

Todo en ella era de color gris, sucio y hediondo: las casas, las habitaciones y las personas.

La mayor parte de los que allí encontré iban andrajosos y á medio vestir; los unos pasaban, los otros corrían de una puerta á otra, y dos de entre ellos ajustaban prendas.

Di vuelta al edificio á partir del callejón Prototchny y del pasaje Beregovoi, y cuando la hube dado, me detuve junto á la puerta de una de las casas. Deseaba entrar en ella para ver lo que pasaba en el interior, pero me daba pena.

— ¿Qué contestaría si me preguntaban qué era lo que iba yo á hacer allí?

4 Habitantes de la casa de Rjanoff.

Sin embargo, después de un momento de vacilación, me decidí á entrar. Tan pronto como llegué al patio, percibí un olor nauseabundo. Torcí á un lado y oí sobre mi izquierda, en una galería de tabla, el ruido de pasos precipitados.

Pronto se dejó oír aquel ruido en la escalera.

A poco salió una mujer corriendo con las mangas arremangadas, vistiendo una almilla de color de rosa desteñido y calzados los desnudos pies en unas botas deterioradas.

Tras ella corría un hombre con los cabellos en desorden y los zapatos en chancleta: una camisa colorada y unos calzones muy anchos constituían su indumentaria. Aquel individuo alcanzó á la mujer apenas ésta hubo bajado la escalera.

—No te me escaparás, —le dijo riendo.

— ¡Diablo de bizco! —exclamó ella, á quien, al parecer, agradaba la persecución; pero en esto me vio y me gritó colérica:

— ¿Qué queréis?

Como yo nada quería, me turbé y me marché.

Aquello no tenía nada de particular; pero como yo acababa de ver fuera á la vieja mal hablada, al alegre anciano y á los pilluelos patinando, aquella escena me hizo ver bajo un nuevo aspecto el asunto que me había propuesto.

Entonces comprendí por primera vez que todos aquellos infelices á quienes quería hacer bien, además de los momentos que pasaban esperando, acosados por el hambre y por el frío, el permiso para entrar en la casa, tenían aún tiempo de sobra que empleaban en algo. Cada día tenía veinticuatro horas. Era toda una vida en la que yo no había pensado.

Comprendí que aquellas gentes, además de su deseo de ponerse al abrigo del frío y de calmar el hambre, debían pasar de algún modo las veinticuatro horas del día.

Comprendí que aquellos seres debían enfadarse, aburrirse, bravuconear, tener pesares y momentos de regocijo; y por extraño que parezca, vi entonces por primera vez que mi empresa no debía limitarse á vestir y alimentar á un millar de personas como si se tratase de un millar de carneros á los que hay que alimentar y meter en redil, sino que había que hacerles más bien aún.

Y cuando comprendí que cada uno, entre aquellos millares de personas, era un hombre con el mismo pensamiento, las mismas pasiones, los mismos errores, las mismas ideas, en una palabra, el mismo hombre que yo, me pareció tan difícil la realización de mi proyecto, que conocí mi impotencia para llevarlo á la práctica; pero habla dado ya principio á ello y en ello perseveré.

V

El día en que empezaron las operaciones del censo, vinieron á verme los estudiantes por la mañana. Yo, el bienhechor, no estuve dispuesto hasta mediodía. Me levanté á las diez, torné el café y me fumé un tabaco para hacer la digestión.

Llegué á la puerta de la casa de Rjanoff, y un agente de policía me indicó una cantina en el pasaje Beregovoi, á la que los empleados del censo habían dicho que fueran los que preguntaran por ellos.

Entré en aquel establecimiento, que hallé sucio, mal oliente y sombrío. El mostrador estaba enfrente: á la izquierda una habitación, y en ella varias mesas cubiertas con servilletas y manteles de una pulcritud dudosa; á la derecha otro cuarto, con columnas y con mesas, de igual modo puestas, cerca de las ventanas y á lo largo de las paredes.

Veíanse allí algunos hombres sentados á las mesas: los unos, andrajosos; los otros convenientemente vestidos como obreros ó como pequeños industriales: también había algunas mujeres entre ellos.

La cantina estaba desaseada, pero se conocía en seguida que el dueño debía de hacer buen negocio, á juzgar por lo atareado que estaba el que despachaba en el mostrador, y por la actividad de los mozos. No bien hube llegado, uno de éstos se dispuso á quitarme el paleto y á servirme en lo que pidiera.

Era evidente que tenían el hábito de un trabajo activo y regular. Pregunté por los del censo.

— ¡Vania!—gritó un hombrecillo vestido á la alemana, que ponía en orden alguna cosa en el armario situado al otro lado del mostrador.

Era el dueño de la cantina, un mujik de Kaluga, llamado Iván Fedótitch, que tenía tomadas en arrendamiento la mitad de las habitaciones de las casas Zimine y que las subarrendaba luego.

Acudió un mozo de unos diez y ocho años, de nariz aguileña y de tez amarillenta.

—Conduce á este caballero á donde están los señores del censo: piso principal, encima del pozo.

El mozo soltó la servilleta: vestía camisa y pantalón blancos: se echó encima un paleto, se puso una gorra con visera, y marchando á paso corto, me condujo por una puerta trasera, llena de garruchas, a la cocina, que no olía nada bien.

Desde allí pasamos por el vestíbulo en donde encontramos á una vieja que llevaba con precaución unas entrañas infectas envueltas en trapos viejos.

Al salir del vestíbulo, bajamos á un patio en pendiente, lleno de edificios de madera sobre plantas bajas de piedra.

Percibíase en aquel patio un olor repugnante; los comunes, á los que se agolpaba continuamente la gente, era el centro de aquellas mefíticas emanaciones: hasta los retretes parecían indicar únicamente el sitio cerca del cual se iba á hacer del cuerpo.

Era imposible no reconocer la existencia de aquellos lugares al pasar por el patio y percibir aquellos vapores infectos.

El mozo, recogiéndose el pantalón blanco, me hizo pasar por entre excrementos, en su mayor parte helados, y se dirigió á uno de aquellos edificios de madera.

Todos los que pasaban por el patio ó por la galería se detenían para mirarme: se conoce que un hombre pulcramente vestido era allí cosa nunca vista.

Mi guía le preguntó á una mujer si sabía dónde estaban los que hacían el censo. Tres hombres le respondieron al punto. Uno dijo: «Están encima del pozo». Otro añadió que habían estado allí, pero que habían salido y que se les encontraría en casa de Nikita Ivánovitch.

Un viejo, que por todo traje llevaba una camisa que estaba remendando junto á los lugares excusados, dijo que se encontraban en el número 30. El mozo dedujo que este último dato era el más verosímil, y me condujo al número 30, que se encontraba bajo el cobertizo del piso bajo: aquello estaba muy obscuro y se percibía allí un olor muy distinto al que se notaba en el patio.

Bajamos y seguimos á lo largo de un corredor obscuro, de suelo terroso.

Cuando pasábamos por el corredor se abrió una puerta bruscamente y vi á un viejo, beodo y en camisa, que no tenía traza de ser un mujik. Una lavandera, con los brazos remangados y llenos de espuma de jabón, arrojaba del cuarto á aquel hombre lanzando penetrantes gritos.

Vania, mi guía, apartó al borracho y le reprendió ásperamente.

— ¡Cómo os atrevéis á causar tal escándalo—le dijo—siendo un oficial!

En seguida fuimos al número 30.

Vania tiró hacia sí de la puerta, cuyos goznes rechinaron al abrirse. Nos vimos envueltos en densos vapores y percibimos el olor corrosivo de los malos alimentos y del tabaco. Estábamos sumidos en lóbrega obscuridad. Las ventanas estaban al lado opuesto.

Pequeñas puertas colocadas en diversos puntos daban entrada á varias habitaciones hechas con tabiques de tablas delgadas y pintadas de blanco.

Veíase á la izquierda, en la habitación obscura, una mujer que lavaba en un dornajo. A la derecha, una vieja atisbaba por un postigo. En otro lado descubrí un mujik barbudo con la faz rubicunda y con calzado de cáñamo, sentado sobre una de esas camas de tijera llamadas *nary*, con las manos puestas en las rodillas, agitando los pies y fija la vista en ellos con aire sombrío.

En el extremo del corredor se veía una pequeña puerta que daba entrada al cuarto en que estaban los del censo. La patrona de todo el número 30 poseía también aquella habitación. El citado número le estaba subarrendado por Iván Fedótitch y ella la volvía a subarrendar por meses ó por una sola noche.

En aquella pequeña habitación hallábase sentado, debajo de una imagen de dublé, un estudiante que tenía en sus manos las hojas para el empadronamiento, é interrogaba, como pudiera haberlo hecho un juez de instrucción, á un hombre en mangas de camisa y chaleco. Era el amante de la patrona, que contestaba á las preguntas, en vez de hacerlo ella. Hallábanse allí también la anciana inquilina del número 30 y otros dos vecinos atraídos por la curiosidad.

Entré y me deslicé hasta la mesa: saludé al estudiante y éste continuó su interrogatorio. Para conseguir mi objeto, empecé por preguntar y examinar á los habitantes de aquella primera habitación. No encontré en ella hombre alguno en quien poder ejercer la caridad.

Aunque me conmoviesen la miseria, la pequeñez y la suciedad del local, comparado con el palacio que yo habitaba, la patrona vivía cómodamente en comparación con los pobres de las ciudades. Su existencia hubiera parecido abundancia y lujo al lado de la de los pobres de las aldeas que tanto había yo estudiado.

Poseía en la cama un colchón de plumas, un cobertor de dos caras, una cocina portátil, y vajilla encerrada en el armario.

El querido de la patrona tenía el mismo aspecto de bienestar y poseía un reloj con su cadena.

Los inquilinos eran pobres; pero ni uno solo de entre ellos necesitaba auxilio inmediato.

Algunos reclamaban recursos, y eran: la mujer que estaba lavando en el dornajo; otra que había sido abandonada por su marido y por sus hijos; en tercer lugar, una viuda de edad que decía no tener medio alguno de subsistencia, y por último, el mujik con zapatos de cáñamo que me dijo no haber comido nada en todo el día.

La investigación me hizo conocer que aquellas gentes no carecían en absoluto de lo necesario, y que para ayudarles era preciso conocerlos mejor. Cuando le ofrecí á la mujer abandonada colocar á sus hijos en un asilo, se consternó, se puso pensativa, y me dio las gracias; pero es positivo que no le agradó mi ofrecimiento: hubiera preferido que le diese dinero. Su hija mayor la ayudaba á lavar y la pequeña tenía cuidado del niño.

La vieja deseaba entrar en un hospital: después de examinar su cuarto, vi que no se hallaba en la miseria: era propietaria de un cofre y de cuanto éste encerraba, de una tetera y de una caja de bombones Montpensier, conteniendo dos paquetes, uno de té y otro de azúcar; hacía medias y guantes y recibía de una bienhechora un socorro mensual.

En cuanto al mujik, tenía más necesidad de aguardiente que de alimento, y hubiera gastado en la taberna cuanto se le hubiese dado.

No había, por lo tanto, en aquel local, nadie á quien pudiese socorrer con dinero.

Aquellos pobres me parecieron sospechosos.

Tomé nota del nombre de la vieja, de la otra mujer con hijos y del mujik, y resolví no hacer nada por ellos sino en segundo término, ó sea después de atender á los verdaderamente necesitados que yo creía encontrar en aquélla casa. Yo quería proceder con método: distribuir los socorros á los desgraciados, y atender en segundo término á los otros.

Pero en las demás habitaciones me sucedió lo mismo que en aquella: encontré personas que debía conocer más á fondo antes de socorrerlas: no había allí ni un solo miserable á quien poder hacer feliz con dinero.

Tengo vergüenza de decir que me desagradó no encontrar en aquellas casas nada parecido á lo que yo esperaba.

Esperaba encontrar allí seres poco comunes y tropezaba con que los que allí veía eran, sobre poco más ó menos, como aquellos con quienes yo alternaba.

Así como entre nosotros, había allí gentes más ó menos buenas, más ó menos malas, más ó menos felices ó más ó menos desgraciadas. Eran individuos cuya desgracia no dependía de circunstancias exteriores, sino que estaba en ellos mismos, de tal suerte, que no se les podía socorrer con dinero.

VI

Los habitantes de aquellas casas pertenecían á la hez del pueblo, que cuenta en Moscou más de cien mil almas. Había pequeños patronos, cordoneros, cepilleros, carpinteros, torneros, sastres, forjadores y cocheros que trabajaban por su cuenta, así como revendedores, usureros, jornaleros sin profesión determinada, pobres y prostitutas.

Había allí muchos de aquellos á quienes había yo visto en la puerta de la casa Liapine; pero éstos estaban desparramados entre los obreros.

Por otra parte, yo los había visto en el momento crítico en que todos habían comido y bebido. Arrojados de los restaurants, tenían hambre y frío y esperaban, como un maná del cielo, el permiso para entrar en el asilo de noche, luego la entrada en la prisión, y por último el envío al país natal.

Allí, al contrario, los vi entre obreros, teniendo, por un medio ó por otro, de tres á cinco kopeks ganados para el pago de la cama y con frecuencia rublos para comer y beber.

Aun cuando parezca extraño que yo lo diga, no experimenté allí nada parecido al sentimiento de que he hablado á propósito de la casa Liapine. Por el contrario, durante la primera exploración, los estudiantes y yo experimentamos una sensación casi agradable.

Y ¿por qué he decir *casi agradable,* no siendo así? El sentimiento provocado por nuestras relaciones con aquellas gentes, fué francamente agradable.

Mi primera impresión fué que la mayor parte de los habitantes eran obreros y buenas gentes. A casi todos les sorprendimos trabajando, a las lavanderas junto á sus dornajos; á los carpinteros en el banco, á los zapateros en su silla.

Las reducidas habitaciones estaban llenas de gente, y en ellas se trabajaba con satisfacción y energía. En las de los zapateros se aspiraba olor á sudor y á cuero, y el aroma de virutas en las de los carpinteros. Con frecuencia se oía el eco de una canción, y se veían brazos musculosos, con las mangas de la camisa arremangadas, haciendo con prontitud y agilidad los movimientos propios del oficio de cada uno.

Por todas partes se nos recibía de un modo alegre y afable; nuestra incursión en la vida ordinaria de aquellas gentes no excitaba su ambición ni el deseo de dar á conocer su importancia y de admirar, como sucedía á la aparición de los empleados del censo en las casas de las personas acomodadas; por el contrario, contestaban naturalmente á nuestras preguntas sin concederles demasiada importancia.

Nuestras preguntas les servían sólo de pretexto para regocijarse y bromear, diciendo que los gruesos debían ser contados como dos y que dos flacos no debían ser contados sino como uno solo.

Sorprendimos á varios comiendo ó tomando el té y, al saludarles, nos contestaban: «Sed bien venidos,» y hasta nos hacían sitio en la mesa.

En vez de las guaridas y de la población flotante que creímos encontrar, hallamos en aquella casa habitaciones ocupadas por los mismos inquilinos hacía mucho tiempo. Un carpintero y un zapatero con sus operarios habitaban las suyas diez años.

El local del zapatero era muy sucio y muy estrecho, pero se trabajaba en él alegremente.

Procuré trabar conversación con un obrero á fin de conocer por él sus desgracias y lo que le debía a su patrón; pero no me comprendió y me habló en muy buenos términos de su vida y de su maestro.

Había una habitación ocupada por un viejo y una mujer madura, que vendían manzanas; la tenían limpia y templada. Tenían los tabiques cubiertos con esteras de paja que se procuraban en el depósito de las manzanas. Tenían cofres, armarios, cocina portátil y vajilla.

En un ángulo de la habitación tenían imágenes y ante ellas colgadas dos lámparas. Colgadas de la pared y cubiertas con un retazo de tela para preservarlas del polvo, se veían algunas pellizas.

La mujer tenía la frente surcada de arrugas como los rayos de un astro: era afable, locuaz y parecía satisfecha de su hermosa y pacífica existencia.

Iván Fedótitch, primer inquilino de aquellas habitaciones, se reunió con nosotros para acompañarnos.

Bromeó afablemente con muchos vecinos, llamándoles por sus nombres y describiéndonos sumariamente sus caracteres.

Eran todos personas ordinarias: Martin Semíonovitch, Piotre Petróvitch, María Ivanovna... No se creían desgraciados y se estimaban: efectivamente, eran semejantes á los demás.

No esperábamos encontrar allí más que cosas horrorosas y, por el contrario, veíamos algo bueno que excitaba involuntariamente nuestra estimación.

Había allí tanta gente buena, que los andrajosos, los perdidos y los ociosos con que tropezábamos de vez en cuando, no modificaban la impresión general.

Los estudiantes no quedaron menos sorprendidos que yo. Realizaban sencillamente una obra útil en interés de la ciencia y hacían sus observaciones por casualidad; pero yo era un bienhechor llevado allí para asistir á los desgraciados, á los perdidos y á los depravados que pensaba encontrar en aquella casa.

Y en vez de depravados, desgraciados y perdidos, hallé, en su mayoría, trabajadores, personas tranquilas, contentas, alegres y afables. Y sentí más vivamente aquella impresión, cuando encontré en algunas de aquellas habitaciones la necesidad temida que me había propuesto remediar.

Y eché de ver en aquellas casas que la necesidad había sido ya más ó menos remediada. ¿Quién habla llevado recursos á aquellas pobres gentes? Aquellos mismos que suponía yo desgraciados y á quienes quería salvar lo habían hecho, mejor que yo lo hubiera podido hacer.

En un sótano estaba acostado un viejo, enfermo del tifus. No tenía pariente alguno.

Una mujer viuda y con hijos, para él extraña, pero que era vecina suya, lo cuidaba, le asistía, le daba té y le compraba medicamentos de su propio peculio.

En otra habitación habla una mujer enferma de fiebre puerperal, y una prostituta le encunaba el niño, le daba el biberón y había abandonado para ello su oficio hacía ya dos días.

La familia del sastre, que tenía tres hijas, había recogido una huerfanita.

Había, á pesar de todo, muchos desgraciados: los ociosos, los cesantes, los copistas, los lacayos sin ocupación, los mendigos, los borrachos y las prostitutas, á quienes no se les podía socorrer con dinero, puesto que era preciso conocerles bien antes de ayudarles.

Yo buscaba simplemente desgraciados; buscaba pobres á quienes socorrer dándoles lo que á nosotros nos sobraba, y me iba convenciendo de que allí no existían aquellos desgraciados. Los que había reclamaban mucho tiempo y muchos cuidados.

VII

Dividí en tres grupos los nombres de los que inscribí en mi cuaderno, á saber: los que habían perdido posiciones ventajosas y esperaban recuperarlas (éstos pertenecían lo mismo á la clase baja que a la clase ilustrada); en segundo lugar, las prostitutas, que eran numerosas en tales casas, y en tercer lugar, los niños.

El mayor número de los que iba inscribiendo pertenecían al primer grupo: eran gentes que habían perdido su empleo; los más habían sido funcionarios y vecinos de una ciudad, y de ellos había bastantes en las casas de Rjanoff.

Iván Fedótitch nos decía en casi todas las habitaciones que visitábamos:

—Os podéis dispensar de escribir las hojas: el que vive aquí puede hacerlo por sí mismo, y aun no ha bebido hoy.

É Iván Fedótitch llamaba en voz alta al inquilino por su nombre y apellido. Era, por lo general, uno de aquellos que habían descendido de su alta clase.

A la llamada del patrón, veíase salir de algún rincón sombrío á algún caballero rico ó funcionario, la mayor parte del tiempo ebrio y siempre haraposo.

Si no estaba beodo, se ocupaba de buen grado en el asunto que se le ofrecía; meneaba la cabeza con expresión, fruncía las cejas, hacía observaciones en términos eruditos, y daba vueltas, entre sus manos sucias y trémulas y con aire de caricia retenida, á la primorosa tarjeta impresa en cartulina color de rosa, mirando con orgullo y desprecio á los que habitaban con él.

Parecía triunfar de los que le habían humillado tantas veces, por medio de la superioridad de su instrucción. Se regocijaba á ojos vistas de sus relaciones con el mundo en donde se hacen imprimir tarjetas en papel color de rosa, con aquel mundo en que se había encontrado en otro tiempo.

Casi siempre que les preguntábamos, nos contaban con fuego la novela aprendida de memoria de los infortunios que les habían agobiado y hablaban de la posición que ocuparían y debieran ocupar por el solo hecho de su educación.

Aquellas gentes estaban esparcidas por todos los rincones de la casa de Rjanoff. Había una habitación ocupada exclusivamente por ellos, hombres y mujeres.

Cuando llegamos á ella, nos dijo Iván Fedótitch:

—Este es el departamento de los nobles.

Había en él unos cuarenta individuos.

No era posible encontrar en toda la casa personas más decaídas, más desgraciadas, más viejas, más pobres ni más perdidas.

Dirigí la palabra á algunos.

Contaban siempre la misma historia, desarrollada en diferentes grados. Todos habían sido ricos: sus padres, sus hermanos ó sus tíos, ocupaban aún brillantes posiciones, ó bien habían tenido ellos altos empleos.

Luego habían sufrido una desgracia por causa de los envidiosos y de su propia bondad, ó había ocurrido un suceso imprevisto que les había hecho perder cuanto tenían, hasta el punto de verse obligados á vivir en una situación que les era odiosa, indigna de ellos, comidos de piojos, llenos de harapos, en una sociedad de borrachos y de libertinos, alimentándose con hígado y con pan y... tendiendo la mano.

Todos los recuerdos, todas las ideas y todos los deseos de aquellas gentes se dirigían hacia el pasado: el presente les parecía poco natural, dispuesto á hacer decaer el ánimo, y eso merecía la pena de que se les prestara atención.

Ninguno de ellos tenía presente; sólo conservaban el recuerdo del pasado, y en cuanto al porvenir, únicamente concebían deseos, aspiraciones que podían realizarse á cada momento, y cuya realización dependía de muy poca cosa; pero faltaba aquella cosa

insignificante y la vida se les iba corriendo en vano tras ella, á los unos al primer año, á los otros al quinto, y á algunos á los treinta.

El uno no tenía otra necesidad que la de vestirse *comme üfaut,* para presentarse en casa de una persona que le era muy afecta. El otro deseaba únicamente poderse vestir bien, pagar sus deudas y trasladarse á Orel. Un tercero carecía de recursos para seguir un pleito que se debía fallar en su favor y restituirlo á su vida de otro tiempo.

Todos decían que sólo les faltaba el aspecto exterior para reintegrarse en la posición afortunada que llegaron á alcanzar y que les era debida.

Si no me hubiese guiado el orgullo de hacer el bien, me hubiera bastado examinar un poco sus fisonomías, jóvenes ó viejas, débiles y sensuales por lo general, pero buenas, para comprender que no había manera de remediar su infortunio por medios exteriores, y que no podían ser dichosos, cualquiera que fuese su posición, á no variar su modo de considerar la vida. No eran seres extraordinarios en condiciones singularmente desgraciadas, sino hombres, lo mismo que nosotros y que los que nos rodean por todas partes.

Recuerdo que me sentía disgustado cuando trataba con aquellos desgraciados.

Ahora conozco el porqué: me veía en ellos como en un espejo; si hubiese comparado mi vida con la de las personas que me rodeaban, hubiera visto que entre una y otras no había diferencia alguna.

Si los que ahora viven cerca de mí en grandes departamentos ó en sus propias casas en Sivtzoff Vrajek y en la calle Dimitrievka, y no en la casa Rjanoff, comen y beben bien, y no se limitan á hígado, arenques y pan, no les impedirá eso el seguir siendo desgraciados.

También están ellos descontentos en su posición; también echan de menos el pasado y desean lo que no tienen. Aquella mejor posición á que tienden es la misma por la cual suspiran los habitantes de la caca Rjanoff, es decir, una posición en la que podrían trabajar menos y aprovecharse más del trabajo de otros.

Toda la diferencia reside en el grado y en el momento.

Hubiera debido comprenderlo así; pero no había reflexionado aún y preguntaba á aquellas gentes é inscribía sus nombres, proponiéndome socorrerlas después de conocer al pormenor su posición y sus necesidades. No comprendía entonces que no hay más que un medio de socorrer á tales hombres, y es el de cambiarles su manera de ver.

Y para cambiar la manera de ver del prójimo, hay que conocer el mejor modo de considerar las cosas y vivir según sus principios, mientras que yo vivía y las consideraba bajo el mismo aspecto que era preciso cambiar, á fin de que aquellas gentes dejasen de ser desgraciadas.

No veía que la miseria de aquellos individuos no provenía de la falta de alimento substancial, sino de que sus estómagos estaban estragados y necesitaban aperitivos: para aliviarlos era preciso curarles, ante todo, el estomago.

Me anticiparé á consignar que no socorrí á ninguno da aquellos cuyos nombres inscribí. Hice, sin embargo, en obsequio de algunos, lo que deseaban y yo podía hacer, esto es: ponerlos en condiciones de regenerarse, y hasta pudiera citar particularmente á tres que, después de varias rehabilitaciones y de otras tantas caídas, se hallan hoy en la misma situación que hace tres años.

VIII

La segunda categoría de desgraciados á quienes quería socorrer, eran las prostitutas, muy numerosas en la casa de Rjanoff.

Entre ellas las había de todas las edades, desde las muy jovencitas hasta las viejas de rasgos marchitos, feas y horribles.

El deseo de socorrer á aquellas mujeres, que en un principio no había entrado en mis cálculos, se hizo sentir en mí después del hecho siguiente: Estábamos hacia la mitad de nuestro cometido. Habíamos adquirido ya la rutina del oficio. Cuando llegábamos á un nuevo local, le preguntábamos inmediatamente al que hacía de cabeza de familia: uno de nosotros tomaba asiento y se preparaba á hacer las inscripciones; el otro iba de un lado para otro, preguntaba individualmente á cada uno y transmitía los datos al primero. Entramos en la habitación y un estudiante fué á buscar al inquilino de ella; yo empecé á preguntar á los que allí se encontraban. La habitación estaba dispuesta de este modo: en medio de una pieza cuadrada se hallaba el hogar; de allí partían cuatro tabiques formando cuatro pequeñas habitaciones.

En la primera, que era preciso atravesar para ir á las demás y en la que había cuatro camas, vimos á un viejo y á una mujer; entramos en seguida en otra habitacioncita larga en la cual estaba un joven J muy pálido que llevaba puesta una almilla de tela gris, llamada paddiovka. El tercer compartimiento estaba situado á la izquierda y en él se ha-liaban: un hombre dormido y borracho probablemente y una mujer en bata rusa, suelta por delante y ceñida por detrás. Por la habitación del dueño se entraba en la cuarta pieza.

El estudiante se fué al cuarto del dueño y yo me quedé en la antecámara haciéndoles preguntas al viejo y á la mujer. Él era obrero impresor, sin trabajo por el momento, y la mujer esposa de un cocinero.

Pasé á la tercera pieza y le pregunté á la mujer de la blusa acerca del hombre dormido. Ella me dijo que era un huésped.

A mi pregunta: —Y vos ¿quién sois? me contestó que era una aldeana del gobierno de Moscou.

— ¿Cuál es vuestra profesión?

Se echó á reír y me contestó:

—Me paso el tiempo en la cama.

No comprendí el sentido de aquella respuesta y le pregunté de nuevo:

— ¿Cuáles son vuestros recursos?

Pero se contentó con reír sin responderme.

En la cuarta pieza, en la que aun no habíamos estado, reían varias mujeres. El aldeano, que hacia allí de jefe, salió de su cuartito y se acercó á nosotros: había oído probablemente mis preguntas y las respuestas de la mujer. La miró con serenidad y me dijo: —Es una prostituta, —y me lo dijo como encantado de haber usado correctamente de aquella frase en el lenguaje de los funcionarios.

Dicho esto al mismo tiempo que se dibujaba en sus labios una sonrisa respetuosa, se dirigió á la mujer.

El rostro de ésta cambió al punto.

Le habló brusca y apresuradamente, sin mirarla, como se le habla á un perro, y le dijo:

— ¿Por qué hablas sin reflexionar? « ¡Me paso el tiempo en la cama!»... Pues bien: si te pasas el tiempo en ella, di lo que debes decir: «Soy prostituta». ¡No sabe aún lo que es!

Aquel tono me molestó.

—No tenemos derecho para avergonzarla, —dije. —Si todos viviésemos como Dios manda, no habría prostitutas.

—Sí eso es verdad,—dijo el dueño con sonrisa forzada.

—No debemos dirigirles censuras, sino compadecerlas. ¿Son, en realidad, culpables?

Yo no recuerdo bien en qué términos lo dije: recuerdo únicamente que me sublevó el tono despreciativo de aquel hombre, dueño de un local lleno de mujeres de tal clase. Compadecí á aquella criatura y expresé mi indignación.

No bien hube dicho aquello, cuando crujieron las tablas de las camas en la habitación en que yo había oído las risas y por encima del tabique, que no llegaba al techo ni

mucho menos, asomó una cabeza con el pelo enmarañado, con los ojos pequeños é hinchados y con la tez ajada, y luego apareció otra, y hasta una tercera.

Era probable que aquellas mujeres se hablan puesto de pie en sus camas: las tres alargaron el cuello y nos miraron silenciosamente, con atención sostenida y conteniendo el aliento.

El silencio se hizo embarazoso.

El estudiante, que un momento antes sonreía, se puso serio; el dueño se turbó y bajó los ojos; las mujeres seguían sin respirar, se fijaban en mí y esperaban.

Yo estaba más confuso aún que todos ellos: jamás hubiera creído que una palabra, dicha fortuitamente, causara tanto efecto.

Así fué como el campo de muerte de Ezequiel, cubierto de osamentas, tembló al contacto del Espíritu, y como los muertos se estremecieron.

Pronuncié, sin reflexionar, la palabra de amor y lástima, y aquella palabra hizo tal impresión en todos, que parecía ser lo suficiente oírla para dejar de ser cadáver y reanimarse con nueva vida.

Todos me miraban esperando que pronunciase las palabras y realizase los actos, en virtud de los cuales pudieran juntarse aquellos huesos, cubrirse de carne, y reanimarse á la vida.

Pero comprendía yo que me faltaban las palabras y las acciones que debían seguir á aquéllas con que había empezado: comprendí, en mi interior, que mentía; que yo era como ellos; que nada tenía ya que decir, y empecé á consignar en las hojas los nombres y las profesiones de todos los que habitaban en aquel departamento.

Aquel hecho me indujo á un nuevo error y me inspiró la idea de que se podía socorrer á aquellos desgraciados.

Mi presunción me presentaba aquello como cosa fácil de realizar. Yo me decía: «Inscribamos también á estas mujeres y después nos ocuparemos en ellas», y no me daba clara cuenta de lo que significaba aquel *nos.*

Imaginaba que los mismos que habían reducido y reducían á las mujeres á aquel estado durante muchas generaciones, podían reparar algún día el mal causado.

Y, sin embargo, para comprender toda la locura de semejante suposición, me hubiera bastado recordar la conversación que sostuve con la prostituta que mecía la cuna del niño junto á la cama de su madre enferma.

Cuando vimos á aquella mujer con el niño, creímos que éste fuera hijo suyo. A nuestra pregunta: « ¿Quién sois?» nos respondió francamente... lo que era. No dijo ***prostituta:*** únicamente el dueño del local empleó tan dura palabra.

Como suponía que el niño era suyo, se me ocurrió la idea de cambiar su posición, y al efecto le pregunté:

— ¿Es vuestro ese niño?

—No: es de la enferma.

— ¿Por qué, pues, lo estáis meciendo?

—Porque ella me lo ha rogado... y se muere.

Aunque mi suposición había resultado falsa, seguí hablándole en el mismo sentido, y empecé á preguntarle qué era antes, y cómo había descendido á tal estado.

Me contó sencillamente su historia: Había nacido en Moscou; era hija de un obrero de fábrica; quedó huérfana y la recogió una tía: viviendo con ésta, empezó á frecuentar los restaurants: la tía murió después.

Cuando le pregunté si quería cambiar de vida, pareció no interesarle mi pregunta. ¿A qué interesarse por suposiciones imposibles? Se echó á reír y me dijo:

— ¿Y adonde habría de ir yo con un papel amarillo?[5]

—Podríais encontrar una plaza de cocinera.

Se me ocurrió esto al verla fuerte y rubia, con la cara redonda y el aire bonachón, tipo que había observado en muchas cocineras.

Observé que mis indicaciones no le agradaron, y me dijo sonriendo y repitiendo la palabra *cocinera:*

—No sé ni aún cocer el pan.

Creí conocer, por su semblante, que consideraba aquella profesión como una profesión inferior.

Aquella mujer, como la viuda del Evangelio, lo había sacrificado todo por la enferma, y, sin embargo, consideraba el estado obrero como bajo y despreciable.

Habla vivido hasta entonces sin trabajar, y la gente de su estofa encuentran eso muy natural.

5 Llamase así en Rusia el documento que Be entrega i las prostitutas.

Y en ello consiste su desgracia.

Por eso había caído en la posición que tenia y por eso perseveraba en ella. Por eso debía vivir en la mancebía.

¿Quién entre nosotros, hombres ó mujeres, modificará su falsa manera de considerar la vida? ¿En dónde están, entre nosotros, esas personas que creen que una vida de trabajo es preferible á una vida ociosa y que, convencidas de ello, otorgan su aprecio á las personas que tienen dicha convicción?

Si hubiera pensado yo en eso, hubiera podido comprender que ni yo ni nadie podíamos curar aquella enfermedad. Hubiera podido comprender también que aquellas cabezas admiradas y conmovidas, que asomaban por encima del tabique, no demostraban otra cosa que admiración en presencia de la simpatía que se les demostraba, y en manera alguna deseo ni esperanza de ser arrancadas á la inmoralidad.

Ellas no encontraban nada de inmoral en su género de vida: veían que se las despreciaba y que se las injuriaba; pero no podían comprender la causa de aquel desprecio.

Habían llevado desde su infancia aquella vida, entre las mismas mujeres que, como se sabe muy bien, existen siempre é indispensablemente en la sociedad; y tanto es así, tan indispensables se las cree, que hay empleados del gobierno encargados de reglamentar su existencia.

Además, saben que ejercen ascendiente sobre los hombres, y que los sujetan, y con frecuencia les dominan más que las otras mujeres.

Ven que ni los hombres, ni las mujeres, ni las autoridades desconocen ni niegan su posición, aunque hablen mal de ella, y por eso no pueden comprender que se deban arrepentir ni corregirse. Durante aquella excursión, supe por el estudiante que en una de las habitaciones vivía una mujer que comerciaba con su hija, que sólo contaba trece años.

Busqué á la mujer con el propósito de salvar á la niña.

Ambas vivían en la mayor miseria. La madre, baja, morena, de unos cuarenta años, era una prostituta, de cara fea, desagradablemente fea, y la niña no era más hermosa que su madre.

A cuantas preguntas indirectas hice á la madre, referentes á su vida, me respondió con desconfianza y en tono seco y breve, adivinando en mí un enemigo llegado allí con aviesa intención.

La hija se callaba á todo, y sin mirar siquiera á su madre, se confiaba en un todo á ella.

En vez de excitar mi piedad, provocaron mi repulsión, no obstante lo cual me decidí á salvar á la hija, utilizando para ello el interés y la simpatía que la triste situación de las dos mujeres inspiraría de seguro á las damas, y enviando éstas allí.

Pero si hubiese discurrido sobre el largo pasado de la madre, sobre la manera en que vino al mundo la niña y cómo había sido ésta educada en la posición de la primera, probablemente sin recursos é imponiéndose pesados sacrificios; si hubiera pensado yo en la manera que ella tenía de considerar la vida, hubiera comprendido que no habían sido malas ni inmorales las acciones de la madre, y que había hecho y hacia por su hija todo cuanto podía, es decir, todo lo que le parecía preferible para ella misma.

Podría arrebatársele por la violencia aquella hija á su madre; pero sería imposible persuadir á la madre de que hacía mal traficando con el cuerpo de su hija.

A la madre era á la que se necesitaba salvar desde luego haciéndole rectificar su modo de considerar la vida, modo aprobado por este mundo en donde la mujer puede vivir fuera del matrimonio, es decir, sin procrear y sin trabajar, satisfaciendo únicamente la sensualidad.

Si yo hubiera pensado así, hubiera comprendido que la mayor parte de las damas á quienes yo quería enviar allí para salvar á aquella niña, no sólo vivían ellas también así, sino que educaban conscientemente á sus hijas por el mismo camino. Una de las madres llevaba su hija á la mancebía, y la otra al baile.

Ambas tenían el mismo modo de ver; las dos pensaban que la mujer debía satisfacer la lujuria del hombre, á cambio de ser alimentada, vestida y compadecida.

Y con tales ideas, ¿cómo hubieran podido corregir aquellas damas á la mujer ni á su hija?

IX

Mis relaciones con los niños fueron aún más extrañas.

En mi papel de bienhechor, prestaba también atención á aquéllos, y deseando salvar á los seres inocentes que perecían en aquel antro de lujuria, tomé sus nombres para poder ocuparme en ellos acto seguido.

Me conmovió, sobre todos, un niño de doce años llamado Serioja: era inteligente y resuelto, y lo compadecí con todo mi corazón. Se hallaba en casa de un zapatero, cuando prendieron á éste, y se quedó sin asilo: decidí protegerlo.

Voy á contar como acabó mi propósito benéfico para con él, porque la historia de aquel chico demuestra cuán falso era mi papel de bienhechor.

Lo llevé á mi casa y lo instalé en la cocina. Como se comprende, no podía admitir á aquella criatura piojosa entre mis hijos. Todavía me consideraba bueno y caritativo encargando de su manutención á la cocinera y haciéndolo vestir con ropas usadas.

Serioja permaneció en mi casa ocho días. En ellos le dirigí, al pasar, algunas palabras en dos ocasiones, y fui á ver, durante mi paseo, á un zapatero á quien yo conocía, para rogarle que admitiese en su casa al muchacho como aprendiz.

Un mujik, que había ido a visitarme, le invitó á ir á su casa situada en el campo. Serioja rehusó la invitación, y ocho días después desapareció de mi casa.

Fuíme á la casa de Rjanofí para tomar informes de él. Se había marchado durante mi ausencia y habla vuelto.

Llevaba dos días yéndose á Presnenskié prudy (barrio de Moscou), en donde ganaba treinta kopeks, afiliado a una cuadrila de salvajes que exhibían un elefante vestido. Aquel día daban representación pública.

Volví de nuevo á la casa, pero el chico era tan ingrato, que se escondía y evitaba encontrarse conmigo.

Si yo hubiese comparado entonces la vida de aquel muchacho con la mía, me hubiera sido fácil comprender que su corrupción provenía de haber aprendido la manera de vivir alegremente sin hacer nada, y que había perdido el hábito del trabajo. Y yo lo había llevado á mi casa pensando colmarlo de beneficios y corregirlo.

Pero ¿qué había visto en mi casa'? A mis hijos, de su edad sobre poco más ó menos, que no sola mente no trabajaban por sí mismos, sino que utilizaban del trabajo de los demás; que lo ensuciaban y estropeaban todo alrededor de ellos; que se atiborraban de cosas dulces y sabrosas; que rompían la vajilla, y que daban á los perros manjares que hubieran sido para aquel muchacho una golosina.

Al sacarlo de la madriguera en que estaba y llevarlo á una buena casa, era natural que se asimilase la manera que tenían de considerar la vida en aquella casa y que comprendiese, por su propia observación, que era menester comer y beber bien, y vivir alegremente y sin trabajar.

Después de todo, ignoraba que mis hijos estudiasen penosamente las reglas de las gramáticas griega y latina, y tampoco hubiera podido comprender el objeto de su estudio; pero es evidente que, de haberlo comprendido, el ejemplo de mis hijos hubiese obrado con más fuerza sobre él.

Hubiera visto que, si por el momento se educaban sin hacer nada al parecer, en lo porvenir se hallarían en condiciones de trabajar lo menos posible, gracias á sus diplomas y títulos académicos, y de gozar de los bienes de la vida en la mayor medida que fuera dable. En vez de irse con el mujik á guardar las bestias, comer patatas y beber

kvass, prefirió vestirse de salvaje y conducir en el jardín zoológico al elefante por treinta kopeks.

Hubiera debido comprender yo lo ilógico de mi pretensión de corregir á las personas que languidecían de ociosidad en la casa de Rjanoff, casa que yo calificaba de antro, en tanto que yo mismo criaba á mis hijos en el lujo y en la misma ociosidad: sin embargo, en la casa de Rjanoff las tres cuartas partes de las personas trabajaban, bien fuera para ellos, bien para sus patronos.

En las casas Zimine había muchos niños en el estado más vergonzoso; eran hijos de prostitutas, ó huérfanos, ó criaturas pequeñas á quienes los mendigos llevaban por las calles, y todos eran dignos de piedad.

Pero la experiencia hecha en Serioja me demostró la imposibilidad en que me encontraba de acudir en su ayuda, y que mi vida se oponía a ello.

Mientras aquel chico estuvo en mi casa, eché de ver que me esforzaba en ocultarle mi modo de vivir y, sobre todo, el de mis hijos.

Comprendía que todos mis esfuerzos para dirigirlo á una vida buena y laboriosa, se estrellaban en el ejemplo mío y en el de mi familia.

Es muy cómodo amparar al hijo de una prostituta ó de una mendiga: le es fácil al que tiene fortuna cuidarlo, asearlo, vestirlo con decencia, darle de comer, y enseñarle diferentes ciencias; pero el enseñarle á que se gane la vida no es difícil, sino imposible á los que vivimos sin hacer nada, porque nuestro ejemplo les enseña lo contrario de lo que les queremos enseñar por el precepto.

Se puede tomar un cachorro, un perro joven; se le puede acariciar, alimentar, enseñarle á que lleve diferentes objetos y á que exprese su alegría; pero todo eso es insuficiente para el hombre: á éste es preciso enseñarle á vivir; es decir, á tomar menos de lo que dé; y sin embargo, enseñamos lo contrario al niño, lo mismo si lo tenemos en nuestra casa, que si lo colocamos en un asilo.

X

Ya no sentía aquel impulso de compasión para los demás y de disgusto para mí mismo que había sentido en la casa Liapine. Deseaba ardientemente realizar mi proyecto; hacer bien á los desgraciados. ¡Cosa extraña! Hacer bien, dar dinero á los necesitados constituía, á mi parecer, una buena acción que debía producir el reconocimiento de las gentes.

Y sin embargo, había producido algo diametral-mente opuesto y aquello despertaba en mí un sentimiento de malquerencia y de censura para con los hombres.

En mi primera visita, ocurrió la misma escena que en la casa Liapine y, sin embargo, provocó en mí otro sentimiento distinto.

En cierto local encontré á un desgraciado que necesitaba auxilios inmediatos; después encontré á una mujer que no habla comido hacia dos días.

Dormían allí por la noche.

Le pregunté á una vieja si conocía á personas tan pobres que no tuviesen qué comer.

La vieja reflexionó y me nombró á dos, y después, como recapacitando, me señaló una cama ocupada.

—Ahí tenéis una mujer que me parece que se va á morir de hambre. — ¡Imposible!... ¿Y quién es ella?

—Una prostituta que ya no encuentra clientes. La dueña se quejaba de ella constantemente, pero ahora quiere echarla de su casa.

— ¡Agafia! ¡Agafia!—gritó la vieja.

Nos acercamos y Agafia se echó fuera de la cama.

Era una mujer de cabellos grises y puestos en desorden, flaca como un esqueleto, cubierta con una camisa rota y con los ojos muy fijos y muy brillantes. Su mirada se clavó en nosotros sin vernos; tomó de detrás de ella un jubón para taparse con él su pecho huesudo, visible bajo los jirones de su camisa.

Articuló: « ¿Qué, qué?» como si ladrase. Yo le pregunté acerca de su vida.

No me comprendió, y me dijo:

—Yo misma no lo sé: van a echarme de la casa. .

Le preguntó (la pluma se resiste á consignarlo) si era verdad que no tenía nada que comer, y me contestó con precipitación febril y sin mirarme:

—No he comido ni ayer ni hoy.

Me conmoví al aspecto de aquella mujer, pero de distinta manera que me había conmovido en la casa Liapine.

Allí, en aquel momento, tuve vergüenza de mi compasión hacia aquellas gentes: aquí, al contrario, me regocijaba por haber encontrado lo que buscaba, esto es, un ser hambriento.

Le di un rublo, y recuerdo que me agradó que tuviera testigos aquel acto de generosidad.

La vieja, que hubo de notarlo, me pidió dinero, y tanto placer tenía en darlo, que la complací en el acto, sin reflexionar si lo; necesitaba ó no.

La vieja me acompañó luego hasta el corredor: los que transitaban por él oyeron que me daba las gracias.

Probable es que mis preguntas referentes á la miseria hubiesen excitado los deseos, porque nos seguían algunos.

Aun nos encontrábamos en el corredor cuando se me acercaron pidiéndome algunos sueldos. Era evidente que, entre los que pedían, había algunos borrachos que despertaban en mí un sentimiento repulsivo; pero, habiéndole dado dinero á la vieja, no tenía derecho á negárselo á los demás.

Estando en esto, me acosaron por todas partes y me vi cada vez más rodeado de gente: se produjo un movimiento general: en las escaleras y en las galerías aparecieron personas que fueron detrás de mí.

Cuando salí al patio, un chico que había bajado á escape las escaleras se introdujo por entre la gente, gritando, sin haberme visto:

—Le ha dado un rublo á Agaschka.

Luego me vio y me pidió dinero.

Salí á la calle y entré en una tienda, donde rogué que me dieran diez rublos en moneda pequeña: ya había repartido el dinero que llevaba.

Allí se produjo la misma escena que en la casa Liapine.

Reinó la misma confusión: los viejos, los nobles, los mujiks y los niños se agolparon junto á la tienda alargándome sus manos.

Les di dinero; pregunté á algunos acerca de su vida, y tomé notas.

El tendero, con el cuello de pieles de su pelliza levantado, y sentado, como una estatua, miraba alternativamente á la multitud y á mí.

Era evidente que encontraba ridícula aquella escena, aunque no lo decía.

En la casa Liapine me horrorizó la miseria y la humillación de las gentes; me creí culpable de ello y me consideré con el deseo y los medios de mejorar mi modo de ser: en la puerta de la tienda, la escena producía en mí un efecto contrario.

Sentía algo de repulsivo hacia aquellos que me cercaban y me cosquilleaba la idea de lo que pudieran pensar de mí el tendero y los porteros.

Cuando entré en mi casa aquella noche, me sentí disgustado: tenía la intuición de que lo que acababa de hacer era estúpido é inmoral.

Pero como ocurre siempre que se tiene una preocupación interior, hablé mucho del asunto, como si no dudara de su buen éxito.

El siguiente día me fui solo á visitar á las personas inscriptas que me parecieron más dignas de lástima y de más fácil socorro: pero, como ya dije antes, no pude socorrer á ninguna: era cosa más difícil de lo que yo creí en el primer momento.

Antes de terminar las operaciones del censo, fuí varias veces á la casa de Rjanoff, y en todas ellas se reprodujo la misma escena: me acosaba una turba de solicitantes y me consideraba perdido en medio de ellos.

Me veía imposibilitado de hacer nada en favor suyo en atención al número, y es posible que lo excesivo del número me disgustase; pero es lo cierto que ninguno me inspiraba simpatías.

Observé que no me decían todos la verdad y que no veían en mí más que una bolsa de la que podían sacar dinero.

Me parecía que la cantidad que cada uno de aquellos individuos se llevaba, empeoraba su situación en vez de mejorarla.

Cuanto más visitaba aquellas casas, cuanto más entablaba relaciones con sus habitantes, tanto más evidente se me hacía la imposibilidad de intentar nada; pero no abandoné mi empresa hasta el último día de las operaciones del censo: aun me avergüenzo de recordar aquel día.

Yo hacía solo, siempre, mis visitas particulares, y aquella vez éramos unas veinte personas.

A las siete, todos los que habían manifestado deseos de tomar parte en aquella jornada de noche, que era la intima, empezaron á llegar á mi casa. La mayor parte de aquellas personas me era desconocida. Eran estudiantes, un oficial y dos conocidos míos en la sociedad; éstos, después de decir en francés sacramental: <<*C'est tres intéressant!*>> me rogaron que los admitiese en mi compañía.

Todos creyeron del caso concurrir vestidos de cazadora y de botas altas y fuertes como si se tratase de ir al monte á cazar. Llevaban consigo *carnets* de forma singular y enormes lapiceros.

Se hallaban en ese estado particular de excitación que se tiene en una montería, en un duelo ó una acción de guerra. Por ellos se comprendía, más que por nadie, lo falso y pueril de nuestra situación; pero á todos pasaba lo mismo: todos estábamos en igual caso.

Antes de marchar deliberamos, á la manera que en los consejos de la guerra, sobre el punto por donde debiéramos comenzar, la manera de fraccionarnos, etc. La deliberación tomó el mismo carácter que en un consejo, en una asamblea ó en un comité, es decir, que todos hablaban, no por la necesidad de decir ó enseñar algo, sino porque ninguno quería ser menos que los demás.

En aquella discusión nadie aludió al carácter benéfico que debía tener la excursión y del que tantas veces había hablado yo.

¡Cómo me avergonzaba al ver que era necesario llevar la conversación á aquel terreno y hacer comprender que debíamos ir tomando nota de todos aquellos que encontrásemos en un estado lastimoso y miserable!

Siempre me ha turbado hacer tales recomendaciones, pero en aquel momento, y en medio de la excitación producida en los ánimos por aquellos preparativos de campaña, apenas pude hablar de ello.

Me parecía que todos me escuchaban con tristeza, y aunque todos se manifestaron de acuerdo conmigo, creí comprender que juzgaban como una tontería mi empresa, y que no daría resultado alguno. Cuando terminó mi peroración, todos hablaron á la vez de cosas extrañas.

Y así continuaron hasta que salimos.

Llegamos á un cafetín, y después de haber despertado al mozo, empezamos á ordenar nuestras hojas. Cuando se nos dijo que los habitantes, conocedores de nuestra llegada, evacuaban sus viviendas, rogamos al patrón que cerrase con llave la puerta cochera, y nos fuimos al extenso patio para asegurar á los que intentaban irse, que no tratábamos de exigirles el pasaporte.

Aun recuerdo la impresión penosa que aquellas gentes alarmadas produjeron en mi ánimo. Al ver á tanto hombre desastrado ó semidesnudo, á la luz de una linterna, todos me parecieron de estatura colosal en aquel patio sombrío.

Asustados y terribles en medio de su espanto, manteníanse de pie, agrupados cerca de los lugares comunes, y escuchaban nuestras palabras tranquilizadoras sin concederles crédito. Era evidente que se hallaban dispuestos á todo, para escapar, como las bestias feroces.

Señores, agentes de policía en ciudades y aldeas, jueces de instrucción acosan á aquellos miserables durante toda su vida, lo mismo en los caminos que en las calles, de

igual modo en los cafetines que en los asilos de noche. De repente llegan esos mismos señores y mandan cerrar la puerta cochera con el sólo objeto de contarlos...

Tan difícil era hacerles creer eso, como persuadir á los conejos de que los perros no intentan cogerlos.

Los habitantes volvieron sobre sus pasos al ver cerrada la puerta y nosotros, divididos en grupos, nos pusimos en acción.

Mis dos conocidos de la buena sociedad y dos estudiantes quedaron conmigo. Vania marchaba delante de nosotros con una linterna en la mano.

Fuimos a los locales que me eran conocidos: también conocía á alguno de sus habitantes, pero la mayor parte eran recién llegados.

El espectáculo que aquella noche se ofreció á mis ojos, fué más horrible que el de la casa Liapine. Todas las habitaciones estaban atestadas; todas las camas ocupadas por uno y frecuentemente por dos hombres.

El espectáculo era horrible, en atención á la exigüidad de los locales para el número de hombres | mujeres aglomerados en los mismos.

Aunque las mujeres no estuvieran perdidamente borrachas, dormían con los hombres en una misma cama.

Muchas de aquellas infelices, con sus hijos, dormían en camas estrechas con hombres que les eran desconocidos.

Quédeme perplejo ante la miseria, la suciedad, el t raje andrajoso y el aspecto de todas aquellas personas y, sobre todo, por su número.

Visitamos un local, después otro, un tercero, un décimo, un vigésimo, y en todos nos salieron al paso la misma fetidez, las mismas emanaciones, la misma exigüidad, la misma mezcla de sexos, las mismas borracheras de hombres y de mujeres hasta perder el conocimiento, el mismo espanto, igual humillación é igual temor en todos los semblantes.

Sentí la misma vergüenza ***y*** el mismo dolor que en el asilo Liapine, y comprendí que el fin que perseguía era malo, estúpido en sus procedimientos y, por ende, impracticable.

Ya no interrogué á nadie; no tomé ya nota de nombre alguno, convencido de que ningún resultado obtendría.

Aquel convencimiento me hizo mucho daño. En la casa Liapine me encontré en la situación del hombre que ha descubierto por casualidad una ulcera abierta en el cuerpo

de un semejante. Lo compadece con el disgusto de no haberla visto antes, pero con la esperanza de aliviar al enfermo.

Pero aquí me encontraba en el caso del médico que va con sus ungüentos y pócimas á casa del enfermo; le descubre la úlcera, la examina detenidamente, y se ve obligado á reconocer que todo cuanto haga será inútil, y que sus remedios serán en vano, porque de nada sirven.

XI

Aquella visita dio el golpe de gracia á mis ilusiones: me persuadí de que mi fantasía era ridícula y ruin.

Pero creí, á pasar de ello, que no podía abandonar en el acto la totalidad de la empresa y que estaba en el deber de continuar el ensayo, en primer lugar, porque mi artículo, mis visitas y mis promesas habían alentado á los pobres, y en segundo lugar, porque había despertado también, con mi artículo y mis palabras, la simpatía de los bienhechores, muchos de los cuales me habían ofrecido su concurso personal y recursos pecuniarios. Por otra parte, esperaba á que unos y otros me pidieran mi opinión sobre el asunto.

Recibí más de cien cartas suscriptas por pobres, ó por ricos-pobres, si es que puedo llamarlos así. Visité á algunos, y á los demás los dejé sin respuesta; pero no me fué posible socorrer á ninguno. Todas aquellas cartas me habían sido dirigidas por personas que se habían encontrado antes en posición privilegiada (y denomino así aquella en que las personas reciben más de lo que dan), y que, habiéndola perdido, querían recuperarla.

El uno tenía necesidad de doscientos rublos para Sostener su comercio, que peligraba, y para terminar la educación de sus hijos; otro deseaba poner un gabinete fotográfico; un tercero quería pagar sus deudas y desempeñar el traje de los días de fiesta; el cuarto necesitaba un piano para perfeccionarse en la música y sostener á su familia dando lecciones. La mayor parte no pedían una cantidad determinada, sino, simplemente, que se les ayudase.

Y conforme iba examinando las exigencias, iba notando que las necesidades aumentaban en razón directa de los recursos, de suerte que no se podían satisfacer.

Lo repito: quizá fuera por torpeza mía, pero es el caso que no pude socorrer á nadie á pesar de mis esfuerzos.

En cuanto á la ayuda que me prestaron los bienhechores, me sucedió algo extraño é inesperado.

De todas las personas que me habían ofrecido dinero y hasta habían fijado la cantidad, ni una sola me envió un rublo para darlo á los pobres.

Según lo que me habían prometido, podía contar con más de tres mil rublos; pero ninguno de aquellos filántropos quiso recordar en ofrecimiento, y entre todos no me dieron ni un kopek.

Los estudiantes fueron los únicos que pusieron á mi disposición los doce rublos que les asignaron por sus trabajos de empadronamiento. En vez de las docenas de miles de rublos con que los ricos debieron contribuir para arrancar de la miseria y de la depravación á millares de seres, hube de concretarme á lo que yo había distribuido, sin reflexión bastante, á las personas que me lo habían sacado con maña, y además á los doce rublos que me dieron los estudiantes y otros veinticinco que me asignó el consejo municipal por haber dirigido los trabajos del censo en mi cuartel.

Y en verdad que no sabía cómo distribuir esta suma.

El asunto había terminado.

La víspera del carnaval, antes de marcharme al campo, me fui á la casa de Rjanoíf para desembarazarme de mis treinta y siete rublos y distribuirlos á los pobres.

Visité las habitaciones de mis conocidos y no encontré más que á un solo enfermo, á quien le di cinco rublos.

¿Cómo iba á desprenderme del resto?

Se comprenderá que muchos me pidieron dinero con insistencia; pero, como no los conocía entonces mejor que antes, me decidí á consultar con Iván Fedótitch, á fin de saber por él á quienes podría socorrer con los treinta y dos rublos.

Era el primer día de carnaval.

Todo el mundo iba con su ropa de los días de fiesta; todos habían comido, y muchos estaban ya borrachos.

En el patio, cerca del ángulo de la casa, estaba un viejo vestido con una almilla andrajosa y calzado con zapatos de cáñamo: era un trapero: parecía aún robusto y se entretenía en clasificar su botín y acopiarlo en una cesta: ponía en un lado el cobre, el hierro y otras cosas, cantando con hermosa voz una canción alegre. Me acerqué á él y entablamos conversación. Me dijo que tenía setenta años y que era solo. Su oficio bastaba para su manutención. No pensaba en quejarse, porque comía y bebía hasta ponerse ebrio.

Quise informarme por él de quienes eran los más particularmente desgraciados. Se incomodó y me dijo que, fuera de los haraganes y de los borrachos, no conocía otros necesitados, pero cuando conoció mis intenciones, me pidió cinco kopeks para beber en la taberna.

Me fui á ver á Iván Fedótitch para encargarle que distribuyese el resto del dinero. La taberna rebosaba de gente: las rameras, con sus trajes mejores, iban de una puerta á otra: todas las habitaciones estaban ocupadas.

Había muchos borrachos, y en una pequeña habitación tocaban el armonium y á su compás bailaban dos personan.

Iván hizo que se suspendiera el baile por respeto á mí y tomó asiento á mi lado en una mesa desocupada. Le dije que me habían encargado que distribuyese una pequeña cantidad, y que, como él conocía á sus inquilinos, le rogaba me indicase los más necesitados.

El amable tabernero (murió el año pasado), aunque ocupado en su establecimiento, se puso á mis órdenes; pero se quedó perplejo y pensativo.

Uno de los mozos, hombre ya de edad, oyó nuestra conversación y se mezcló en ella.

Empezaron á pasar revista á las personas necesitadas (yo conocía á algunas) y no pudieron ponerse de acuerdo.

—Paramonovna, —dijo el mozo.

—Sí, ésta hay veces que no tiene que comer; pero se casa.

— ¿Y qué le hace eso? Aun así se la debe socorrer. Además, Spiridon Ivánovitch tiene hijos y se le haría un bien...

Pero Iván puso en duda la miseria de Spiridon.

— ¿Akulina?... pero ésa ha sido ya socorrida. Mejor sería darle ese dinero al ciego.

En cuanto á éste, fui yo quien hice la objeción. Acababa de verlo: era un viejo de cerca ochenta años que no se sabía de dónde era.

Debía presumirse que su situación fuese más precaria que la de ningún otro, y sin embargo, lo acababa de ver acostado sobre un colchón de plumas; estaba borracho y apostrofaba con voz bronca y horrible á su querida, que era relativamente joven.

Hablaron también de un joven manco y de su madre, y observé que Iván estaba retraído por sus escrúpulos, porque sabía perfectamente que todo lo que se le diera á aquella gente, sería malgastado en su taberna.

Pero como yo necesitaba deshacerme de los treinta y dos rublos, insistí y los distribuimos bien ó mal.

Los que recibieron el dinero iban, en su mayor parte, bien puestos: no hubo necesidad de ir á buscarlos muy lejos, porque estaban allí mismo, en la taberna. El manco llegó con botas á lo lacayo, con almilla encarnada y un chaleco sobre ella.

Así terminó mi crisis de beneficencia y me fui al campo disgustado de los demás, como ocurre siempre, á causa de las tonterías que yo mismo había hecho.

Mis propósitos benéficos se convirtieron en humo, y aquello concluyó para siempre, pero la marcha de los sentimientos y de las ideas que en mí se despertaron, no solamente no se detuvo, sino que adquirió mayor impulso.

XII

Cuando habitaba en el campo, mantenía relaciones continuas con los pobres de las ciudades.

Como necesito ser muy franco para que todos puedan comprender el giro de mis pensamientos y de mi manera de sentir, confieso que hacía bien poco en pro de los desgraciados. Sus exigencias, sin embargo, eran tan modestas, que lo *poco* que hacia les era útil y creaba en derredor mío una atmósfera de simpatía y de solidaridad con mis semejantes. De ese modo tranquilizaba mi conciencia, que se rebelaba contra lo ilegal de mi vida.

Confiaba en vivir ele igual manera cuando me trasladé á la ciudad; pero me encontraba en ella con una miseria que, siendo menos verdadera, era más exigente y más atroz que la de los pueblos.

Lo que más me conmovió y me llamó la atención, fué el gran número de desgraciados con que tropecé. El vivo y sincero sentimiento que me produjo mi visita á la casa Liapine, me hizo comprender toda la infamia de mi existencia. A pesar de ello fui tan débil, que temí la revolución que aquel sentimiento debía provocar en mi vida, y traté de transigir con mi conciencia.

Desde que el mundo existe se viene repitiendo que no hay nada de malo en la riqueza ni en el lujo, que esos dones los da Dios, y que, viviendo en la abundancia, se puede socorrer á los pobres. Todos mis amigos me lo dijeron así, y yo di fe á sus palabras y me dejé convencer. Entonces fué cuando escribí mi artículo y cuando hice un llamamiento á los ricos para que acudiesen en ayuda de los pobres.

Todos se creyeron moralmente obligados á ser do mi opinión; pero ninguno hizo nada por los desgraciados.

Entonces fué cuando empecé á visitar á éstos.

Vi en sus madrigueras gentes en auxilio de las cuales me era imposible ir; obreros acostumbrados al trabajo y á las privaciones que vivían más alegremente que yo:

también hallé otros que, á mi parecer, habían perdido el gusto y la costumbre de trabajar para ganarse la vida; éstos adolecían de la misma desgracia que yo, y tampoco podía hacer nada por ellos.

En cuanto á desventurados que tuviesen hambre y frío, ó que estuviesen enfermos, á quienes poder socorrer en el acto, no encontré más que á Agafia.

Me convencí de que era casi imposible dar con aquellos miserables, en atención á que estaban socorridos por aquellos otros en medio de los cuales vivían, y que no era con dinero con lo que se les podía cambiar la existencia.

Estaba convencido de ello; pero, por una mal entendida vergüenza, por no desistir de la obra emprendida, proseguí ésta hasta que se anuló por sí misma, hasta el punto de que me costó trabajo deshacerme, por la mediación de Iván Fedótitch, de los treinta y siete rublos que debía distribuir.

Es verdad que bien pudiera haber continuado aquella obra y haberle dado carácter filantrópico; que hubiera podido convencer á los que me habían ofrecido dinero y haberles obligado á que lo dieran, y que me hubiera sido fácil distribuir sus donativos y quedar satisfecho de mi virtud; pero comprendí que nosotros, los ricos, no queríamos dar á los pobres una parte de lo que nos era superfluo. ¡Teníamos tantas necesidades personales que satisfacer!... Comprendí también que no había nadie á quien socorrer precisamente, si se quería hacer el bien en conciencia y no distribuir el dinero á tontas y á locas, como lo había hecho yo en la taberna de Rjanoff. De tal modo abandoné el asunto por completo cuando me fui al campo.

Quise publicar un artículo descriptivo de cuanto había visto y demostrar por qué había fracasado mi empresa. Tuve deseos de justificar lo que había escrito y me reprochaban, acerca del censo; denunciar la indiferencia de la sociedad; indicar las causas generadoras de la miseria en las ciudades, y proponer los medios de combatirla.

Empecé á escribir el artículo con el propósito de condensar en él muchas cosas importantes; y no obstante mis esfuerzos, á pesar de la abundancia de las materias, no pude realizar mi trabajo: tal era el estado de irritación en que me encontraba, que me impedía tratar las cosas con serena imparcialidad, y por eso no he conseguido ultimarlo hasta los comienzos del año actual.

Ocurre con frecuencia en la vida moral un hecho curioso y poco notado,

Si yo le cuento á un ignorante lo que todos sabemos, referente á geología, astronomía, historia, física ó matemáticas, adquirirá nociones nuevas; pero no me dirá seguramente:

— No me enseñáis nada nuevo: eso lo sabe todo el mundo, y yo también.

Pero decidle á un hombre la más alta verdad moral; presentádsela en una forma clara y precisa como él no haya oído jamás, y hasta el más badulaque, el que menos se interese en ese género de cuestiones, os dirá:

— ¿Quién puede ignorar eso? Hace ya mucho tiempo que eso lo dice y lo sabe todo el mundo.

Y, en efecto, aquel hombre cree estar seguro de haber oído aquella verdad, expresada en iguales términos.

Únicamente los que se interesan de una manera real en las cuestiones morales, comprenden el alcance y la extensión de una modificación cualquiera en la definición de las ideas, y saben apreciar el laborioso trabajo por medio del cual se llega á tal resultado.

¡Una hipótesis obscura, un deseo indeterminado, han podido trocarse en axiomas claros y bien definidos que exigen el cumplimiento de ciertos actos!

Tenemos la costumbre de creer que la moral es una cosa baladí y enojosa que nada nuevo é interesante puede contener, y sin embargo, toda la vida humana y todas las ramas de su actividad, como son: política, ciencias, artes, etc., no tienen más que un objeto: el de aclarar cada vez más, el de simplificar, arraigar y propagar la verdad moral.

Recuerdo que un día, al pasar por las calles de Moscou, vi á un hombre salir de su casa: se fijó atentamente en las piedras de la acera, eligió una y se agachó sobre ella. Me pareció ver que la frotaba y que la pulía á costa de grandes esfuerzos, y me pregunté:

— ¿Qué hará?

Me acerqué más á él y vi que era un dependiente de una carnicería, que estaba afilando su cuchillo. Necesitaba hacerlo para cortar la carne, y yo creí que trataba de pulir las piedras de la acera.

La humanidad no se ocupa sino aparentemente en el comercio, en los tratados, en las guerras, en las ciencias y en las artes: sólo hay una cosa que le interese y en la que se ocupa sin cesar, y es en darse cuenta de las leyes morales que rigen su vida. Estas leyes han existido siempre y la humanidad procura aún esclarecerlas y dilucidarlas.

Esto parece poco oportuno al que no necesita la ley moral ni quiere hacer de ella la brújula de su vida; pero ese esclarecimiento es no sólo la acción principal, sino la acción única de toda la humanidad.

Y esa acción es tan imperceptible á la vista, como la diferencia que existe entre un cuchillo que corta, y otro que tiene el filo embotado.

Un cuchillo es siempre un cuchillo, y el que no se sirve de ellos para cortar, no observa la diferencia que existe entre uno y otro; pero el que sabe que toda su vida depende, por decirlo así, del filo que tenga, comprende que es de primera necesidad que el instrumento esté bien afilado, y que no será útil en tanto que no corte lo que debe cortar.

Y eso fué lo que me sucedió al escribir mi artículo.

Me parecía conocerlo todo, comprenderlo todo, en lo referente á las ideas que me había sugerido mi visita á la casa Liapine; pero cuando traté de concebirlas bien y de expresarlas, echó de ver que mi cuchillo no cortaba y que debía afilarlo.

Hace de eso tres años, y hasta hoy no ha podido cortar lo que yo quería que cortase, y, sin embargo, nada de nuevo he aprendido en esos tres años.

Mis ideas son las mismas; pero en otro tiempo estaban embotadas, se borraban y no convergían en un foco único; carecían de filo, y no conducían á una resolución clara y sencilla, como conducen hoy.

XIII

Recuerdo que, durante la tentativa que hice para acudir en auxilio de los desgraciados, creí parecer-me á un hombre atascado que intentara sacar á otro del mismo atolladero. Todos mis esfuerzos me hacían comprender la poca consistencia del terreno en el cual tenía puestos los pies: comprendía que me hallaba sobre cieno, y no inquiría con atención el piso en que me apoyaba.

Buscaba incesantemente un medio exterior para combatir el mal que veía en derredor mío. Sabía que mi existencia era mala y, á pesar de ello, no deducía la clara y sencilla conclusión de que era preciso que yo reformase mi vida; al contrario, estaba persuadido de que era necesario corregir y reformar la de las demás para que mejorase la mía.

Habitaba la ciudad y quería mejorar la manera de vivir de sus habitantes.

— ¿Qué es lo que caracteriza la vida y la miseria de las ciudades? ¿Por qué no he podido socorrer á los desgraciados? - me preguntaba.

Y me contesté que mi tentativa había fracasado por dos razones: la primera, porque los pobres eran muy numerosos en el mismo sitio, y la segunda, porque eran muy distintos á los de los pueblos.

Todos cuantos no hallaban sustento en los campos, se reunían en las grandes poblaciones en torno de los ricos, y por eso eran tan numerosos.

Verdad es que en las ciudades hay pobres nacidos en las mismas, ó cuyos padres y abuelos vieron la luz en ellas; pero también lo es que sus ascendientes vinieron á las ciudades para buscar en ellas el sustento.

¿Qué quiere decir «buscar el sustento en la ciudad»? Hay en esto, si bien se reflexiona, algo que parece una broma. ¿Cómo puede ser que se venga de los campos, es decir, de los campos donde se producen todas las riquezas de la tierra, para vivir en las ciudades en donde nada se produce y todo se consume?

Yo me acuerdo de cientos, de miles de personas con las cuales hablé á propósito de esto, y todas me dijeron lo mismo: «Esas gentes vienen á Moscou en busca de sustento». Allí no se siembra, allí no se cosecha; pero allí se vive en la opulencia; allí es donde únicamente pueden encontrar el dinero que necesitan en los campos para comprar pan, choza, caballo y todos los objetos de primera necesidad.

Y, sin embargo, el campo es el manantial de todas las riquezas, puesto que produce el trigo, la madera, los caballos y todo lo demás.

¿A qué, pues, ir á las ciudades para buscar en ellas lo que produce la tierra? ¿A qué exportar desde los pueblos á las ciudades lo que los campesinos necesitan? ¿A qué llevar á ellas la harina, la avena, los caballos y el ganado?

Tuve ocasión de hablar de esto á menudo con los labradores que viven en Moscou, y comprendí que aquella acumulación de aldeanos, es, en parte, obligada, por no poder ganarse la vida de otro modo, pero que en parte es también arbitraria y debida á las seducciones que ofrece la ciudad.

Verdad es que el aldeano, para hacer frente á todas las exigencias y á todas las necesidades de la vida, se ve obligado á vender aquel trigo y aquel ganado que necesitará después, y que, de bueno ó de mal grado, tendrá que ir á la ciudad para ganarse en ella el pan.

Pero debemos decir también que el lujo de la ciudad y los medios que ésta ofrece para ganar más fácilmente el dinero, atraen al aldeano y le hacen confiar en que trabajará poco, comerá bien, tomará té tres veces al día, vestirá bien, y podrá entregarse á la borrachera y al escándalo.

En uno y otro caso, el motivo es el mismo: la concentración de la riqueza en las ciudades y su transmisión de manos de los productores á las de los no productores. Desde principios de otoño, todo lo que el campo ha producido se acumula en las ciudades, porque hay necesidad de satisfacer las exigencias de los impuestos, del reclutamiento y de las demás cargas.

Esa es también la época de loa casamientos y de las fiestas. Llegan los acaparadores: las riquezas d« los aldeanos consisten entonces en ganado comestible y de labor, en

caballos, cerdos, gallinas, huevos, manteca, lino, avena, trigo, centeno, etc., y todo pasa á manos extrañas que en seguida lo transportan á la ciudad.

Los habitantes de los pueblos se ven obligados á vender para satisfacer las cargas que pesan sobre ellos. Sobreviene en seguida el déficit, y necesitan ir allí donde fueron acumuladas sus riquezas para tratar de reunir algún dinero con que hacer frente á las primeras necesidades del campo. Seducidos por los atractivos que ofrece la ciudad, algunos se quedan en ella.

Lo mismo sucede en toda Rusia y en el mundo entero: las riquezas de los productores pasan á manos de los comerciantes, de los grandes propietarios rurales, de los acaparadores, de los fabricantes, y los que las adquieren desean aprovecharse de ellas, y para eso necesitan residir en las ciudades.

En primer lugar, es difícil encontrar en los campos los medios de satisfacer todas las necesidades de la gente rica: no hay en ellos estudios de pintores, grandes almacenes, bancos, restaurants, círculos ni teatros: en segundo lugar, no pueden satisfacer los ricos en el campo la vanidad, el deseo de sobrepujar á los demás, que es uno de los mayores goces de la riqueza.

Los campesinos no saben apreciar el lujo, y no hay nada que pueda maravillarlos.

Nadie contempla ni envidia los departamentos, los lienzos, los bronces, los carruajes, ni los prendí • dos del que habita en el campo: los aldeanos no tienen criterio suficiente para juzgar de esas cosas.

En tercer lugar, el lujo en tales condiciones hasta es desagradable y peligroso para todo hombre medianamente delicado. Cuesta trabajo tomar baños de leche ó dársela á los perros, allí donde los niños carecen de ella; es triste edificar pabellones y trazar parques en medio de gentes que habitan en chozas rodeadas de estercoleros y que carecen de leña para calentarse. Nadie podría mantener el orden entre los mujiks ni impedir que cometiesen *simplezas* por su ignorancia.

Por eso se concentran los ricos en las ciudades en donde la satisfacción de los gustos es más refinada y está garantida por una policía numerosa y vigilante.

Los primeros habitantes de las ciudades han sido contratistas del Estado: en derredor de ellos se agruparon los artesanos, los industriales y por último las gentes ricas, que, poseyéndolo todo, no tienen más que desear las cosas, y que rivalizan en lujo los unos con los otros, para eclipsar y admirar á los demás.

Y sucede que el millonario que se avergüenza de rodearse de lujo en el campo, no tiene en la ciudad los mismos escrúpulos, y halla incómodo y molesto no vivir como todos los millonarios que le rodean.

Lo que juzga penoso é impropio en el campo, le parece naturalísimo en la ciudad. Consume tranquilamente, bajo la salvaguardia de la autoridad, lo que el campesino ha producido, y éste se ve obligado á concurrir á la fiesta eterna de los ricos: ¿podrá recoger las migajas que se caen de sus mesas?

Y al contemplar aquella vida suntuosa, ajena de cuidados, estimada por todos y por la autoridad protegida, el campesino quiere también trabajar lo menos posible y aprovecharse ampliamente del trabajo de los demás.

Y vedlo atraído en la ciudad, tratando de establecerse á la inmediación del rico, y soportando todas las situaciones en que éste quiere colocarlo. Le ayuda á satisfacer todos sus caprichos; pónese á su servicio en el baño y en el restaurant, es su cochero, y le proporciona mujeres.

Así es como los hombres aprenden de los ricos á vivir como ellos, no por medio del trabajo, sino por un cúmulo de subterfugios y chupándoles con maña á los demás sus riquezas acumuladas; y como es natural, se pervierten y se pierden.

Pues bien: aquella población de miserables era la que yo había querido socorrer. Basta reflexionar un poco acerca de la situación de aquellas gentes para admirarse de que muchos de entre ellos sigan sien-i lo honrados obreros y no se hayan convertido en aventureros corriendo tras un botín fácil; en mercachifles, en mendigos, en prostitutas, en estafadores y en bandidos.

Nosotros, que tomamos parte en esa orgía eterna de las ciudades y que podemos arreglar nuestra vida á nuestra voluntad, creemos muy natural vi viten un departamento de cinco habitaciones, templadas por una cantidad de leña que bastaría á calentar veinte familias; dar un paseo de media versta con dos caballos de trote y dos hombres; cubrir el pavimento de nuestras habitaciones con alfombras, y gastar de cinco á diez mil rublos en un baile, ó veinticinco mil rublos en un árbol de Navidad.

El que necesita diez rublos para el pan de su familia, á la que le han embargado la última oveja para satisfacer siete rublos de un impuesto vencido, y que no ha podido economizarlos á pesar de un trabajo rudo, ése no piensa, seguramente, como nosotros.

Creemos que á los pobres les parece muy natural todo eso y algunos somos tan sencillos, tan inocentes, que hasta pretendemos que los pobres nos deben estar agradecidos porque les proporcionamos los medios de ganarse la vida.

Pero esos desheredados de la fortuna no pierden el sentido común por el hecho de encontrarse en la miseria, y razonan exactamente como nosotros.

Cuando llega á nuestra noticia que un personaje cualquiera ha perdido al juego diez ó veinte mil rublos, nos formamos en seguida la idea de que aquel hombre ha sido un imbécil que ha sacrificado sin provecho alguno tanto dinero, cuando hubiera podido emplearlo en edificaciones ó en beneficio de la cultura general.

Los pobres razonan del mismo modo al ver los suntuosos y locos derroches de los ricos, y su razonamiento es tanto más justo, cuanto que ellos necesitan dinero, no para satisfacer un capricho cualquiera, sino para subvenir á las más urgentes necesidades.

Estamos en un error al creer que, razonando así, permanecen indiferentes al lujo que les rodea. Desde su punto de vista, no es justo que los unos vivan en fiesta continua, y que los otros trabajen y ayunen frecuentemente.

En el primer momento se admiran y se sienten ofendidos por el espectáculo; pero comprenden luego que tal estado de cosas es legal, y procuran esquivar el hombro al trabajo y participar de la fiesta. Unos lo consiguen; otros se acercan á ella poco á poco; pero los más caen antes de llegar á su objetivo, y como han perdido ya el hábito del trabajo, llenan las casas de prostitución y los asilos de noche.

Hace tres años que tomamos á nuestro servicio, en el campo, á un aldeano joven como mozo de comedor; se incomodó con el ayuda de cámara y se fué. Entró en seguida al servicio de un comerciante á quien le agradó, y hoy se pasea elegantemente vestido, con cadena de oro y botas de charol.

Le reemplazamos con otro aldeano casado: éste se dedicó á la bebida y al juego. Le sucedió un tercero, é hizo lo que su predecesor, y después de gastar cuanto tenía, cayó en la miseria más espantosa y dio en los asilos de noche.

Nuestro cocinero, que es un viejo, se puso enfermo de resultas de su continua borrachera. Uno de nuestros criados que, durante cinco años había observado una conducta ejemplar en el campo, se dedicó en Moscou á la bebida en ausencia de su mujer, y se perdió también.

Un joven de nuestro pueblo era mozo de comedor de mi hermano. Su abuelo, ciego, vino á mi casa y me rogó que aconsejara á su hijo que le remitiese diez rublos para pagar los impuestos, pues de lo contrario le venderían la vaca.

El viejo me decía que su nieto quería vestir y calzar bien, y que pensaba en comprarse un reloj.

Y al decir aquello, enunciaba la hipótesis más loca que se hubiera podido imaginar, respecto á las intenciones del mozo. Aquel pobre anciano no había tenido aceite en toda la cuaresma, ni había podido encontrar tampoco un rublo y veinte kopeks para comprar leña. Y, sin embargo, se realizó la loca hipótesis del viejo: el joven vino á mi casa vestido con pardesú negro y con botas que le habían costado ocho rublos. Hace pocos días le pidió prestados diez rublos á mi hermano para comprarse más calzado, y mis hijos que conocen á ese pilluelo, me han asegurado que trataba de comprarse un reloj. Tenía buen carácter; pero creía que se burlarían de él si no llevaba reloj.

En este mismo año, nuestra niñera, joven de dieciocho años, contrajo relaciones íntimas con un cochero, y fué despedida. Una criada que tenemos en casa hace muchos

años, y á la que le hablé de aquella desgraciada, me recordó otra joven que yo había olvidado y que fué igualmente despedida de casa hace diez años por tener relaciones con mi ayuda de cámara. Acabó su vida en una casa de prostitución y murió de sífilis en un hospital antes de cumplir los veinte años.

Basta que uno mire en derredor suyo para que se horrorice ante el contagio que comunicamos á aquellos á quienes queremos ayudar, no solamente con el trabajo en establecimientos y fábricas al servicio de nuestro lujo, sino por el mero ejemplo de nuestra vida fastuosa.

Y habiendo comprendido el verdadero carácter de la miseria en las ciudades, miseria que yo no había podido socorrer, vi que la principal causa de ella consistía en que yo les quitaba á los habitantes de los pueblos y de las aldeas lo que les era necesario, y en segundo lugar, porque en la ciudad se consumía lo que yo había sacado de los pueblos.

Yo seducía y pervertía con mi lujo insensato á las personas que venían con el objeto de recuperar una parte de lo que se les había quitado.

XIV

A la misma conclusión me llevaba un camino diametralmente opuesto. Al recordar mis relaciones con los pobres, notó que una de las causas que me habían impedido socorrerlos, era la de que aquellas gentes no habían sido francas ni sinceras conmigo: no me consideraron como un hombre, sino como un medio.

No podía acercarme á ellas: quizá discurría yo mal; pero, como carecían de sinceridad, el socorro era imposible.

¿Cómo ayudar á un hombre que os oculta su situación? Empecé á censurarlos (¡es tan cómodo censurar á los demás!); pero una sola palabra de un hombre notable, de Siutaieff, que vino á visitarme, iluminó mi inteligencia y me hizo ver cuál era la causa de mi fracaso.

Recuerdo que las palabras que me dijo me impresionaron; pero hasta mucho tiempo después no comprendí todo su alcance: yo me hallaba entonces en el periodo álgido de mis ilusiones.

Me encontré con Siutaieff en casa de mi hermana, y ésta me preguntó cómo iba yo en mi empresa. Le respondí, como sucede siempre cuando no se tiene confianza en un asunto, hablándole con calor y entusiasmo de lo que hacía y del resultado que pensaba obtener, repitiéndole á cada paso que protegeríamos á los huérfanos y á los ancianos; que reintegraríamos á los pueblos de su naturaleza á los aldeanos que habían venido á arruinarse á Moscou; que debíamos facilitar el camino del arrepentimiento á los pervertidos, y que si la empresa tenía buen éxito, no quedaría en la ciudad un desgraciado que no fuese socorrido.

Mi hermana me escuchaba complacida: durante nuestra conversación, yo miraba con frecuencia á Siutaieff. Conociendo lo cristiano de su vida y la importancia que le daba á la caridad, esperaba su aprobación y hablé de manera que pudiera oírme y comprenderme, pues mis palabras iban especialmente dirigidas á él.

El anciano permanecía inmóvil en su silla, envuelto en su pelliza de piel de cordero que conservaba puesta en la sala, como todos los mujiks.

Parecía pensar en sus asuntos y no escuchar nuestras palabras: sus ojillos no brillaban, como si estuviese abstraído.

Cuando me cansé de hablar, le pregunté lo que pensaba de mi asunto.

—Todo eso son tonterías, —me dijo.

—Tonterías... ¿Por qué?

—Porque nada bueno resultará de ello.

— ¿Cómo así?—le repliqué. — ¿Serán tonterías si socorremos á millares, ó aunque no sea más que á centenares de infelices? ¿Prohíbe el Evangelio vestir al desnudo ó dar de comer al hambriento?

—Ya lo sé, ya lo sé; pero tú no haces eso: tú te paseas. Te pide uno veinte kopeks y se los das. ¿Es eso una limosna? lo que necesita es un socorro moral: instrúyele; pero le das dinero para que te deje tranquilo. Eso es lo que tú haces.

—No, no es eso: queremos estudiar y conocer á fondo la miseria, y después, socorrer á los desgraciados con dinero y con buenas acciones, y proporcionarles trabajo.

—No podéis socorrer á esas gentes de tal manera.

— ¿Quieres, entonces, que las dejemos morir de hambre y de frío?

— ¿Por qué morir? ¿Son tan numerosos aquí?

— ¿Y me lo preguntas?—dije, pensando que consideraba el asunto de aquella manera porque ignoraba cuánto desgraciado había. — ¿Sabes que hay en Moscou cerca de veinte mil hambrientos? ¿Y cuántos no habrá en San Petersburgo y en las demás ciudades?

Sonrió.

— ¡Veinte mil!... ¿Y cuántas casas de labradores hay en Rusia? ¿Habrá un millón?

—Sí; pero eso ¿á qué viene?

— ¿Que á qué viene?—repitió, y sus ojillos brillaron y su semblante se animó. —Pues bien: tomémoslos nosotros, y llevémoslos á nuestras casas. Yo no soy rico, y sin embargo, puedo recoger á dos. Tú trajiste un muchacho á tu servicio: yo le invité á que se fuera á mi casa y no quiso. Aun cuando fuesen diez veces más de los que son, recibámoslos en nuestras casas; trabajemos juntos; sentémoslos á nuestra mesa; que oigan buenas palabras, y que vean buenos ejemplos. Eso será una limosna: todo lo demás es tontería.

Aquellas palabras tan sencillas me conmovieron, y hube de reconocer su justicia, y sin embargo, aun creía en lo útil de mi empresa; pero cuanto más adelante la llevaba, cuanto más me acercaba á los pobres, tanta más importancia iban adquiriendo para mí aquellas palabras.

Y, efectivamente, encerraban una gran verdad. Llego en mi coche vistiendo una rica pelliza, ó bien, uno que no lleva zapatos ve mi departamento que cuesta dos mil rublos: le doy sin pesar cinco porque de repente me da ese capricho; pero él sabe que le doy lo

que á otros les he tomado con facilidad. ¿Qué puede ver en mí como no sea á uno de aquellos que han acaparado lo que le debe pertenecer?

Quiero aproximarme á él; me quejo de que no sea franco, y, sin embargo, yo temo sentarme en el borde de su cama por miedo á llenarme de piojos, y él, el pordiosero, me espera en la antecámara y, á veces, en el vestíbulo.

Que el hombre más cruel trate de atiborrarse con una comida de cinco platos en medio de personas que tienen el estómago vacío ó que no comen sino pan de "centeno. No habrá quien tenga valor para hacerlo. Para comer bien cuando uno se halla entre personas que padecen hambre, es de esencial necesidad ocultarse de ellas; y es lo que nosotros acostumbramos á hacer.

Considerando sencillamente nuestra existencia, observé que nuestra aproximación á los pobres no es difícil por pura casualidad, sino porque arreglamos nuestra vida de modo que lo sea.

Observé también que todo lo que llamamos nuestro bienestar, es profundamente distinto en nosotros y en los pobres.

Todas esas diferencias en nuestra alimentación, en nuestros vestidos, en nuestras casas, y hasta en nuestra instrucción, tienen, como principal objeto, diferenciarnos de los desgraciados.

Y dedicamos más del noventa por ciento de nuestra fortuna á establecer ese muro infranqueable.

Desde que un hombre llega á ser rico, deja de comer en los mismos platos; se hace servir su cubierto, y se separa de la cocina de sus criados.

Hace que éstos coman bien para que no arrebañen sus platos; pero come solo, y como esto le fastidia, inventa un montón de cosas para mejorar su mesa. Hasta el modo de servirle la comida es asunto de vanidad y de orgullo, y hasta los manjares se convierten en medio para separarlo de los demás.

Un rico no puede invitar á un pobre á su mesa.

Es preciso saber presentar á su señora, saludar, sentarse, comer, y únicamente los ricos saben hacer todo eso.

Lo mismo sucede en el vestir.

Si el rico llevase un traje ordinario con el solo objeto de cubrir su cuerpo contra el frío, gabán, pelliza, botas de cuero ó de fieltro, chaleco, pantalón, camisa, etc., tendría necesidad de muy poco, y si poseyera dos pellizas, no podría negar una á quien la necesitara.

Pero el rico usa trajes propios para ciertos actos y ciertas ocasiones que no pueden, por lo tanto, servir al pobre: tiene trajes negros, chalecos, levitas, botas de charol, golas, zapatos de tacón á la francesa, todo de última moda, trajes de caza, de viaje, etc., que no pueden usarse sino en condiciones extrañas completamente á la vida de los obreros.

La moda establece una distinción más. Para ocupar un departamento de diez piezas un hombre solo, no es preciso que lo vean las personas que se reúnan en la misma pieza. Cuanto más rico es el hombre, tanto más difícil es encontrarlo en su casa, y más conserjes y criados se interponen entre él y los pobres. No permite que éstos pisen las alfombras ni que tomen asiento en sus sillas de satén.

Un mujik que fuese en carreta ó en trineo sería un malvado si se negase á admitir en su vehículo á un caminante fatigado, no careciendo de sitio para él; pero cuanto más rico es el carruaje más imposible se hace dar á alguno asiento en él. Por algo han dado el nombre de *egoístas* á los coches más elegantes.

Lo mismo sucede con el *aseo.* ¿Quién no conoce á esas personas, á esas mujeres, sobre todo, que consideran como una alta virtud su *aseo*, que no tiene límites, porque lo obtienen con el trabajo ajeno?

Con cuánto trabajo se acostumbran los advenedizos á ese cuidado del cuerpo que confirma el proverbio:

«Las manos blancas gustan que las demás trabajen».

El *aseo* exige hoy que se mude uno de camisa y que se lave el cuello, la cara y las manos todos los días: mañana exigirá que se mude uno de ropa interior dos veces al día, y que se tome un baño perfumado. Al tomar un ayuda de cámara es de necesidad que ha de tener las manos muy limpias: algunos días después usará guantes para presentar á su señor las cartas y las tarjetas en una bandeja.

No hay límites en esto del *aseo,* que nada significa, pero que sirve para distinguir unas personas de otras y hacer imposibles las relaciones entre ellas.

Pero no es esto todo.

Profundizando en el asunto, me he convencido de que lo que se denomina ordinariamente *instrucción* se encuentra en el mismo caso.

El pueblo llama hombre instruido al que viste á la moda, tiene conversación fina, las manos blancas y cierto aseo en su persona.

En un medio ambiente algo más elevado, se tienen las mismas ideas respecto á la *instrucción,* pero añadiendo á aquellas condiciones saber tocar el piano, conocimiento de la lengua francesa, escribir con ortografía y mejor continente. En las clases superiores se exige además el conocimiento del inglés y un título universitario.

Pero, en suma, la *instrucción* es la misma cosa en los tres casos: el conjunto de conocimientos y de apariencias que deben distinguir á los unos de los otros.

Y su objetivo es el mismo que el del *aseo:* separarnos del tropel de los pobres con el fin de que éstos, hambrientos y tiritando de frío, no puedan ver lo ocioso de nuestra vida.

Pero nos es imposible ocultárselo.

Por eso estoy convencido de que la causa de la imposibilidad de ayudar á los pobres de las ciudades, reside en las dificultades que se nos ofrecen para acercarnos á ellos, y que nosotros hemos creado con el modo de ser de nuestra vida y con el uso que hacemos de nuestras riquezas.

Entre los pobres y los ricos se eleva una alta muralla de *aseo* y de *instrucción* fabricada por nosotros con el auxilio de nuestras riquezas.

Si queremos socorrer á los desgraciados, debemos destruir esa muralla y aplicar luego el remedio indicado por Siutaieff: «Llevar á los pobres á nuestras casas *.

Y ved por donde, siguiendo distinto camino, he llegado á la misma conclusión, buscando la causa de la miseria de las ciudades, causa que es la consecuencia de nuestras riquezas.

XV

Me dediqué á examinar esta cuestión desde otro punto de vista esencialmente personal.

Entre los hechos que me impresionaron desde que me dediqué á la filantropía, había algo extraño que no me pude explicar en mucho tiempo. Ved aquí de qué se trataba.

Todas las veces que tenía ocasión de dar, en la calle ó en mi casa, una moneda á un pobre sin entrar en conversación con él, me parecía ver que el semblante de aquel hombre reflejaba alegría y gratitud, y yo experimentaba una sensación agradable.

Veía que había satisfecho yo su deseo.

Pero si me detenía y hablaba con él; si le interrogaba sobre su vida anterior ó sobre su vida actual, y entraba más ó menos en detalles de su situación, comprendía yo que no me era posible darle algunos kopeks, y vacilaba respecto á la cantidad que debiera darle.

Y cuanta más cantidad recibía el pobre, más descontento se iba.

Es decir; que cuanto más me acercaba á los desgraciados, más vacilaba respecto al socorro que les debía dar, y que cuanto mayor era éste, más sombríos y descontento me parecía que se quedaban.

Por regla general, noté en casos análogos una viva contrariedad en el semblante de los pobres y, al mismo tiempo, cierta animosidad contra mí.

Un día en que le di á uno diez rublos, se fué sin darme las gracias y como si le hubiera ofendido... Yo me sentí disgustado, y hasta culpable.

Si yo me ocupaba en un pobre durante semanas ó meses, si le ayudaba, si le hacía partícipe de mis opiniones y me acercaba á él, mis relaciones se le antojaban un suplicio, y me despreciaba.

Y comprendía yo que tenía razón.

Si me encuentra en la calle y me pide, como á los demás transeúntes, tres kopeks y se los doy, paso á sus ojos como un hombre de buen corazón y me bendice sinceramente.

Pero si me detengo, si le hablo, si le demuestro que quiero ser para él más que un mero transeúnte; si, como sucede con frecuencia, llora y me cuenta sus desgracias, verá en mí lo que quiero yo que vea: un hombre de corazón.

Pero, si es así, mi bondad no se debe limitar á veinte kopeks, ni á diez rublos, ni á diez mil. No se puede ser bueno á medias. Admitamos que le he dado mucho; que he puesto en regla sus asuntos; que lo he vestido; que lo he puesto en condiciones tales, que pueda vivir sin el socorro de nadie; pero que por una causa cualquiera, por una desgracia, por debilidad ó por vicio, hállase de nuevo sin vestidos, sin ropa blanca, sin dinero, sufriendo otra vez hambre y frío, y viene á buscarme... ¿Por qué lo he de rechazar?

Si yo tuviese un propósito determinado, por ejemplo, darle tanto dinero ó tal vestido, podría, una vez hecho el don, permanecer tranquilo; pero mi propósito no ha sido ése: el móvil de mi acción ha sido la bondad: quiero ver en cada hombre un semejante mío. Así es como se comprende la caridad.

Por lo tanto, si se ha gastado veinte veces en bebida lo que ha recibido de mí; si de nuevo tiene hambre y frío; si yo soy, en realidad, bueno, no puedo negarle nada y debo darle, en tanto que yo posea más que él.

Pero, si retrocedo, demuestro, al retroceder, que todo lo que he hecho hasta entonces no ha tenido por móvil la bondad, sino el deseo de hacer alarde de mi buena acción á los ojos de los demás.

Y en este caso yo retrocedía al dejar de socorrer á aquellas gentes; renegaba de mi virtud y experimentaba un sentimiento penoso.

Y yo sentí aquella vergüenza en la casa Liapine y cuando llegué á dar dinero á los pobres.

Encontrábame en el campo. Necesitaba veinte kopeks para socorrer á un peregrino y envié á mi hijo á buscarlos: trajo los veinte kopeks y me dijo que se los había tomado prestados á nuestro cocinero. Algunos días después llegaron otros peregrinos: tuve también necesidad de otra pieza de veinte kopeks: llevaba en el bolsillo un rublo, y acordándome de que le debía al cocinero, me fui á la cocina para buscar lo que necesitaba. Le d je al cocinero: —«Os tomé prestados veinte kopeks: aquí tenéis un rublo... Aun no había concluido la frase y ya había llamado el cocinero á su mujer, diciéndole:

—Parascha: mira... toma.

Pensando que ella había comprendido de lo que se trataba, le di el rublo.

Hay que tener en cuenta que aquellas gentes no llevaban á mi servicio más que ocho días, y que, aunque había visto ya á la mujer, no le había dirigido la palabra todavía.

Quise decirle que me diese el cambio; pero, antes de que yo pudiese abrir la boca, se inclinó para asirme la mano creyendo, sin duda, que le había regalado el rublo... Balbuceé algunas palabras y salí de la cocina.

Hacía tiempo que no había sentido vergüenza semejante. Mis nervios se crisparon y noté que hice una mueca á pesar mío. Aquel sentimiento, que me pareció poco merecido, me lastimó, sobre todo, por no haberlo experimentado hacía ya tiempo, y creía que mi vida no debía merecer semejante humillación.

Quédeme consternado por lo que acababa de pasar, y, al referírselo á mis amigos y á mis parientes, todos me dijeron que, en mi lugar, hubieran experimentado la misma sensación que yo.

Me dediqué á averiguar la causa de aquella impresión, y una aventura que me ocurrió en otro tiempo en Moscou me dio la solución del problema. Meditaba en aquel incidente y comprendí aquella vergüenza que había sentido ante la mujer del cocinero y otras muchas veces cuando ejercía de filántropo y daba algo á los demás, excepto aquella pequeña limosna que por costumbre doy á los mendigos y á los peregrinos, no como acto de caridad, sino como de decoro y de política.

Si un hombre os pide fuego, debéis darle un fósforo, si lo tenéis.

Si alguien os pide tres, ó veinte kopeks, y aunque sea algunos rublos, se los debéis dar, si los tenéis. Este es un acto de urbanidad, y no de filantropía.

He aquí lo que me sucedió:

Ya hablé de dos aldeanos con los cuales aserraba madera hace tres años. Un sábado por la tarde, á eso de la oración, iban ellos á casa de su patrón para cobrar su salario y yo los acompañé hasta la ciudad. Al llegar al puente de Dragomilov, encontramos **á** un viejo que me pidió limosna y á quien le di veinte kopoks. Creí que mi acción fuese del agrado de mis compañeros, con quienes iba hablando de materias religiosas.

Simion, el mujik del gobierno de Vladimir, que tenía en Moscou mujer y tres hijos, se detuvo, se levantó los faldones del caftán, sacó su alforja, escarbó en ella, sacó tres kopeks y se los dio al viejo diciéndole que le diese dos de vuelta.

El viejo le enseñó el dinero que llevaba que eran dos piezas de tres kopeks y una de uno. Simion miró; quiso tomar la de uno; pero, variando de parecer, se quitó la gorra, se persignó, y siguió su camino dejándole al viejo los tres kopeks.

Yo sabía cuál era la situación financiera de Simion: todas sus economías se elevaban á seis rublos y medio: las mías en aquella época eran 600,000 rublos.

Yo tenía mujer é hijos: mi compañero también: él era más joven que yo y su familia menos numerosa; pero todos sus hijos eran pequeños, mientras que dos de los míos eran ya adultos y aptos para el trabajo. Nuestra situación, exceptuando las economías, era casi la misma.

El poseía 600 kopeks y daba tres: yo poseía 600,000 rublos y daba veinte kopeks.

Para ser tan generoso como Simion, hubiera debido dar al viejo 3000 rublos, pedirle 2000 de vuelta, y en el caso en que el viejo no hubiera podido dármelos, dejárselos todos, persignarme y seguir mi camino tranquilamente hablando de la vida de la fábrica y del precio del heno en el mercado de Smolensko.

Tal fué la idea que surgió en mi cerebro en aquel momento, pero hasta mucho tiempo después no deduje su consecuencia inevitable.

Esta conclusión parece tan extraordinaria y tan rara, que no obstante su exactitud matemática, no se la puede aceptar en el acto. Cree uno siempre que hay error de cálculo; pero tal error no existe, y esto último demuestra que todos vivimos en continuos extravíos que son la causa de espantosas tinieblas.

Cuando llegué á tal resultado y me convencí de que era absolutamente cierto, me expliqué mi vergüenza ante la mujer del cocinero y ante los pobres á los cuales daba y sigo dando limosna.

En efecto: el valor de ésta era una parte tan pequeña de mi fortuna, que era hasta imposible expresarla por medio de una cifra á Simion y á la mujer del cocinero. Era una millonésima parte ó algo aproximado.

Daba yo tan poco, que aquel acto no era ni podía ser en modo alguno una privación, sino una distracción que me permitía, cuando lo tenía por conveniente.

Y eso es lo que comprendió la mujer del cocinero: si yo le daba al primero que me encontraba en la calle veinte kopeks, ¿por qué no le daría á ella también un rublo?

Aquella distribución de dinero había producido en ella el mismo efecto que otra diversión de los señores, como arrojar á la multitud panes de alajú: un pasatiempo agradable para las gentes que poseen una gran fortuna.

Yo me había abochornado, porque el error de la mujer del cocinero me había hecho conocer la opinión que formaban de mí los pobres. «Tira muchísimo dinero, un dinero que no ha ganado con su trabajo».

Y, en efecto, ¿qué son mis riquezas y de dónde proceden?

He obtenido una parte de ellas vendiendo la tierra que me dejó mi padre y por la que el mujik vendió hasta su última oveja y su última vaca por quedar en paz conmigo: la otra parte de mi fortuna proviene de lo que me han dado por mis libros. Si éstos son malos, si son nocivos, se les compra por seducción y el dinero que recibo por ellos es mal ganado; pero si, por el contrario, son útiles, todavía es peor.

No se los doy á los demás, sino que les digo: «Dadme diez y siete rublos». Y del mismo modo que el mujik vendió su última vaca, el estudiante y el profesor, que son pobres, se privan de lo necesario para darme su dinero.

Y heme aquí en posesión de una fortuna adquirida de ese modo; ¿qué hago de ella? Llevo ese dinero á la ciudad y no se lo doy á los pobres más que para que satisfagan mis caprichos yendo á limpiar por mi las aceras, las lámparas, á dar lustre á mis botas, y á trabajar en las fábricas, Y trato de darles poco y de obtener de ellos lo más posible.

Y de repente, de improviso, empiezo á dar graciosamente ese mismo dinero á los mismos pobres, y no á todos, sino á aquellos que me place dárselo.

¿Cómo no queréis que cada uno de ellos no se crea ser mañana uno de los favorecidos, uno de esos con quienes yo me divierto arrojándoles mi dinero? Así me consideran todos y así me ha considerado la mujer del cocinero.

Y tan extraviado andaba yo, que apellidaba *bien* á este doble acto: quitar con una mano millones de rublos y dar con la otra algunos kopeks á quienes me parecía.

Estaba abochornado, y nada tenia de particular que lo estuviese.

Si: antes de hacer el bien, es preciso desprenderse del mal y ponerse en condiciones que permitan obrar bien. De otro modo la vida serla mala.

Si yo diese 10,000 rublos, no me encontraría aún en esas condiciones, porque me quedarían todavía 500,000.

Cuando nada tenga, será cuando podré hacer algún bien. ¿No fué eso lo que hizo la prostituta al cuidar durante tres días á la enferma y á su hijo? ¡Y yo, que pensaba en hacer el bien, vi aquello sin concederle importancia alguna!

Yo era culpable; yo era causa de todas aquellas miserias, y vivir como vivía era imposible, imposible...

He ahí lo que sentí por primera vez al ver á los hambrientos ante la casa Liapiue, y lo que sentí fué la expresión de la verdad.

Y bien: ¿qué hacer?

XVI

¡Cuántas dificultades no encontré para llegar á esta confesión! pero, una vez hecha, me horroricé del error en que había vivido. Me hallaba metido hasta el cuello en el fango y pretendía sacar á los demás de él.

Porque yo deseo que no tengan los hombres hambre ni frío, y que puedan vivir según el orden natural.

Yo quiero eso y veo que, merced á las violencias, al engaño, á los ardides en que tomo parte, se les merma á los obreros laboriosos lo que les es necesario: por otra parte, las gentes ociosas, entre las que me cuento, se aprovechan, basta el exceso, del trabajo do los otros.

Veo que este goce de los bienes ajenos es tal, que cuanto más complicada y hábil es la astucia que empleamos, tanto más cuantiosos son los bienes de que nos aprovechamos y menor es nuestro trabajo.

Hay que colocar en primera línea á los Stiglitz, á los Demidoff, a los Morosof, á los Iussupoff, y después á los grandes banqueros, á los grandes propietarios rurales, á los primeros magistrados.

Detrás vienen los pequeños banqueros, los negociantes, los contratistas y los medianos propietarios, entre los que me cuento yo.

Siguen los pequeños propietarios, los pequeños comerciantes, los vendedores, los usureros, los de la policía, los profesores, los popes, los empleados; después los porteros, los lacayos, los cocheros, los aguadores, los corredores, y por último, la clase obrera, los operarios de las fábricas y los aldeanos, que forman el noventa por ciento del total.

Veo que la vida de las nueve décimas partes de la clase obrera exige, por su misma naturaleza, esfuerzos y trabajo; pero su existencia se hace de día en día más difícil y más llena de privaciones por efecto de los subterfugios que les restan á los obreros lo que les es necesario y los ponen en condiciones penosas, en tanto que la nuestra, la de las gentes ociosas, se hace cada año más confortable y más atrayente gracias al concurso de las artes y de las ciencias dirigido á tal objeto.

La vida de la clase obrera, y sobre todo la de los ancianos, mujeres y niños, se atrofia hoy, agotada como está por un trabajo fuerte y una comida insuficiente, y sin ninguna seguridad de poder satisfacer sus primeras necesidades. Al contrario, la existencia de los que no trabajan y de los que formo parte, rebosa de lo superfluo y de fausto; cada día está más asegurada, y ha llegado á ese grado de solidez que los antiguos cuentos nos presentaban como un sueño, como el del hombre que posee constantemente un rublo, gaste lo que gaste; ese estado en que el individuo, no solamente se ha emancipado de la ley del trabajo para sostener su vida, sino que tiene los medios suficientes para gozar, sin dificultad alguna, de todos los bienes y para legar á sus hijos la bolsa que encierra el rublo fantástico.

El producto del trabajo se trasmite cada vez más de los que trabajan á los que están ociosos. La pirámide del edificio social se reconstruye, digámoslo así: las piedras de la base se trasladan á lo alto, y la velocidad de la traslación se verifica en progresión geométrica.

Veo que ocurre algo parecido á lo que ocurriría en un hormiguero, si la sociedad de las hormigas victoriosas arrastrase los productos de su trabajo desde el fondo hasta lo alto y obligase á los vencidos á que la ayudaran: la parte alta del hormiguero se iría ensanchando y al mismo tiempo se iría estrechando la parte baja.

Ante los hombres se levanta, en vez del ideal de una vida de trabajo, el de la bolsa del famoso rublo que nosotros los ricos nos creamos, y para aprovecharnos de él, nos trasladamos á la ciudad en donde nada se produce y todo se consume.

Los desgraciados trabajadores, robados para enriquecer á otros, corren á la ciudad siguiendo las huellas de éstos.

Ellos también usan de la astucia, y de dos cosas les ocurre una: ó salen adelante y se crean una posición que les obliga á trabajar poco y les permite gozar mucho, ó no pueden vencer: sucumben en la lucha, y caen en el número, siempre creciente, de esos desgraciados que padecen hambre y frío y duermen en los asilos de noche.

Yo pertenezco á la categoría de las gentes que arrebatan á los hombres laboriosos lo que les es necesario, y que se han creado de ese modo el rublo fantástico que seduce á esos mismos desgraciados.

Queriendo socorrer á los demás, claro es que no debo robarles ni seducirlos; y sin embargo, empleando toda clase de artificios, he conseguido crearme una posición que

me permite vivir sin hacer nada, y hacer trabajar para mí á centenares de millares de hombres.

Gravito sobre los hombros de un individuo al cual aplasto con mi peso y le pido que me lleve, y sin soltarlo, le digo que lo compadezco mucho y que tengo vivos deseos de mejorar su situación por todos los medios posibles.

Y sin embargo, no me apeo de sus hombros.

Si quiero ayudar á loa pobres, es decir, proceder de suerte que no estén en la miseria, no debo ser la causa de su pobreza.

Es cierto que doy, por puro capricho, á los pobres que se han extraviado en el camino de la vida uno, diez, cien rublos; pero lo es también que, al mismo tiempo, arruino á los que aun no están arruinados, y los hundo en la desgracia y en el cieno.

Este razonamiento es muy sencillo, y sin embargo, me fué muy difícil hacerlo sin reservas ni transacciones que cohonestaran mi situación, pero desde que confesé mis errores, todo lo que antes me pareció extraño, complicado, obscuro é insoluble, se hizo repentinamente claro.

¿Quién soy yo, que quiero socorrer á los demás? Me levanto á mediodía, afeminado y débil por una noche pasada en el juego, exigiendo los auxilios y la ayuda de una porción de gente, y pretendo ocuparme en los que se levantan á las cinco, duermen sobre duras tablas, se alimentan con pan y coles, saben labrar, rastrillar, enmangar un hacha, podar los árboles, uncir el ganado y coser. Esos hombres son mil veces más fuertes que yo, por su fuerza física, su temperamento, su oficio y su sobriedad.

¡Qué otro sentimiento que el de la vergüenza podía yo experimentar á su contacto!

El más débil de todos ellos, el borracho, el habitante de la casa de Rjanoff, aquel á quien ellos mismos trataban de haragán, es cien veces más laborioso que yo.

Su balance, llamémosle así, la relación entre lo que les toma á los demás y lo que les da, es mil veces preferible á la mía.

¡Y es á ese hombre á quien yo quiero ayudar!

¿Cuál de nosotros dos es en realidad más pobre?

Yo no soy más que un parásito que para nada sirve, que no puede existir sino en condiciones verdaderamente excepcionales; que no puede vivir en tanto que millares de hombres no trabajen para sostener su vida inútil. ¡Soy semejante al pulgón que devora las hojas de un árbol y que pretende, no obstante, cuidarse del crecimiento y de la robustez del vegetal!

¿En qué paso la vida?

Como, hablo, escucho, juego, como otra vez y me acuesto. Eso es lo que hago todos los días, y no soy capaz de hacer otra cosa.

Y para que yo pueda vivir así, es preciso que trabajen desde por la mañana los porteros, los mujiks, la cocinera, el mayordomo, el cochero, los lacayos, la lavandera, y no hablo de los trabajos que hacen otras personas y que son necesarios para obtener los instrumentos y los objetos de la cocina, las hachas, los toneles, los cepillos, la vajilla, los muebles, los vasos, la cera, el petróleo, el heno, la leña y los efectos comestibles.

Y toda esa multitud se halla encorvada por el trabajo todo el día, á fin de que yo pueda hablar, jugar, comer y dormir.

¡Y me imaginaba que yo, pobre de mí, podía auxiliar á los que me alimentaban! ¡Es singular que no solamente no haya socorrido á nadie, sino que se me ocurriese idea tan absurda!

La mujer que cuidaba al anciano enfermo le prestaba un verdadero auxilio: la mujer casera que daba al mendigo una rebanada de aquel pan que ella había amasado con penoso trabajo, le prestaba un servicio.

Lo mismo le ocurría á Simion dando los tres kopeks tan laboriosamente ganados; pero yo, yo no había trabajado para nadie, y sabía perfectamente que mi dinero no representaba mi trabajo.

XVII

Lo que me había conducido justamente al error, era la idea de que mi dinero era lo mismo que el de Simion.

Existe una opinión general, y es la de que el dinero representa la riqueza; que ésta es el producto del trabajo, y que están, por lo tanto, en relación la una con el otro.

Eso es tan verdad como el aserto de que cada organismo social es la consecuencia de un contrato social. Todos se complacen en creer que el dinero no es más que un medio que facilita el cambio de los productos del trabajo.

Yo hago unas botas; otro hace el pan; un tercero apacienta las ovejas, y para que las transacciones resulten fáciles, existen monedas que nos sirven de intermediarias y podemos cambiar legumbres por carne de carnero ó por libras de harina.

En este caso, el dinero nos facilita, á cada uno de nosotros, el movimiento de sus productos y representa la equivalencia de su trabajo. Esto es perfectamente exacto, si no se ejerce violencia por parte de ninguno sobre los demás, y no me refiero á las guerras

ni á la esclavitud, sino á ese otro género de violencias que protege los productos de un trabajo en detrimento de otro.

Esta teoría pudiera ser aún verdad en una sociedad cuyos miembros fueran todos fieles á los preceptos de Cristo y dieran lo que se les pidiese, no exigiendo por ello más de lo que dan.

Pero, desde el momento en que se ejercen presiones bajo una forma cualquiera, el dinero pierde inmediatamente para el que lo retiene, su carácter de resultado del trabajo, y representa el derecho basado en la fuerza.

Si, durante una guerra, arrebata un hombre una cosa á otro; si un soldado recibe dinero por la venta de su parte en el botín, aquellos valores no son, en modo alguno, el producto del trabajo y tienen distinta significación que el salario recibido por la hechura de las botas.

Este caso se presenta también en la trata de esclavos.

Las aldeanas tejen la tela y la venden: los siervos trabajan para su señor: este vende el tejido y recibe su precio.

Las mujeres y el señor tienen el mismo dinero; pero en el primer caso el dinero representa el trabajo, y en el segundo la fuerza.

Si mi padre me ha dejado en herencia una cantidad de dinero, sabe que nadie tiene el derecho de arrebatármelo, y que si me lo defraudaran ó no me lo entregasen en la fecha fijada, encontraría protección en las autoridades, que emplearían la fuerza para hacer que me fuese entregado mi dinero.

Es, pues, evidente que esta cantidad no pueda compararse con el salario de Simion, recibido por aserrar leña.

En una sociedad en que existe una fuerza que se apropia el dinero ajeno ó que protege su posesión, el dinero no puede ser considerado como el representante del trabajo. Unas veces lo será y otras no.

No puede serlo sino en un medio en que sean enteramente libres las relaciones mutuas. Hoy, des pues de siglos enteros de rapiñas, que han cambiado quizá de forma, pero que no han dejado de cometerse y se siguen cometiendo, el dinero acaparado, según la opinión de todo el mundo, constituye una violencia. El resultado del trabajo no está representado por él sino en parte pequeñísima, siendo lo demás el producto de toda clase de crímenes. Decir hoy que el numerario representa el trabajo del que lo posee, es caer en un error profundo ó mentir á sabiendas.

Puede decirse que así debiera ser, y que eso fuera de desear; pero nada más.

En su definición más exacta y más sencilla al propio tiempo, el dinero es un signo convencional que da el derecho, ó más bien, la posibilidad de servirse del trabajo de los demás.

Idealmente, no debería dar ese derecho más que cuando fuese la equivalencia de la actividad gastada por su poseedor, y así sucedería en una sociedad en que no existiera la violencia.

El señor carga á sus siervos de préstamos en telas, trigos y bestias, ó les exige la cantidad equivalente.

Un aldeano le suministra ganado; pero remplaza la tela por dinero: el señor acepta éste, porque está seguro de obtener por su mediación la cantidad de tela que le es necesaria.

Con frecuencia toma más de lo que le es debido para asegurarse de que podrá pagar el tejido. Esta suma representa, evidentemente, un derecho sobre el trabajo de los mujiks y servirá para pagarles á ellos mismos, que se encargarán de hacer, por aquel precio, la cantidad de tela convenida.

Las personas que se ocupan en ello vense obligadas, porque no han podido criar para el señor un número determinado de carneros y necesitan numerario para indemnizar á aquel mismo dueño de los carneros que le faltan.

El aldeano que vende sus carneros lo hace para poder reembolsar á su señor el déficit causado por una mala cosecha de centeno.

Lo mismo ocurre en todos los países y en todas las sociedades.

El hombre vende, en la mayor parte de los casos, el producto de su trabajo pasado, presente y futuro, no porque el dinero le ofrezca facilidades para el cambio, sino porque se le pide como una obligación.

Cuando los Faraones de Egipto reclamaban de sus esclavos el trabajo, éstos no podían dar más que su actividad pasada ó presente; pero con la aparición y propagación de la moneda y del crédito, que es su consecuencia, se ha hecho posible vender el trabajo futuro.

El dinero, gracias á existir la violencia en las relaciones sociales, no representaba más que la posibilidad de una nueva forma de esclavitud, impersonal, que ha reemplazado á la esclavitud personal.

El que posee esclavos tiene derecho al trabajo de Pedro, de Juan y de Isidoro; pero el ricachón tiene derecho al trabajo de todos esos desconocidos que necesitan dinero. El numerario ha descartado el lado penoso de la esclavitud, porque el señor sabía que tenía derecho de vida y muerte sobre la

persona de Juan; pero ha suprimido también entre el dueño y el esclavo todos los lazos de humanidad que en otro tiempo dulcificaban algo el pesado fardo de la esclavitud personal. Yo no digo que esto estado de cosas no fuese necesario al progreso de la humanidad, ni que dejase de serlo: me limito á poner en evidencia la significación del dinero y a indicar el error general en que yo estaba al creer que representaba el trabajo.

Me he convencido de lo contrario por experiencia.

En la mayor parte de los casos, el numerario representa la violencia ó las astucias complicadas fundadas en ella.

En nuestra época, el dinero ha perdido por completo su verdadero carácter, la significación que se le ha querido atribuir y que no tiene sino en raros casos. Por lo general, indica la posibilidad y el derecho de usar del trabajo de los demás.

Su propagación, la del crédito y la de otros diferentes valores tienden á justificar, cada vez más, esta nueva significación.

Es una forma de esclavitud que no difiere de la antigua sino por su impersonalidad y por la ausencia de toda relación humana entre el señor y el esclavo.

El dinero es un valor siempre igual á él mismo, considerado como una cosa justa y legal y cuyo uso no está considerado como inmoral, según lo estaba por el derecho de esclavitud.

Recuerdo que, siendo yo muy joven, se estableció y generalizó en los círculos un juego nuevo que llamaban lotería. Todos jugaban y se dijo entonces que muchos se arruinaban y que algunos, que perdieron el dinero del fisco, se habían suicidado. Aquel juego fué prohibido y aun subsiste la prohibición.

Recuerdo haber oído á antiguos jugadores á quienes no se les podía acusar de sentimentalismo, que lo que la lotería tenía de más agradable era que no se sabía lo que se ganaba, como en los demás juegos: el mozo del círculo no entregaba dinero, sino fichas: todos perdían poco y no se apesadumbraban por la pérdida.

Se juega también á la ruleta, que está justamente prohibida, y... también con dinero.

Yo poseo el rublo fantástico; corto mis cupones de renta y me retiro del torbellino de los negocios.

¿A quién perjudico con eso?

Soy el hombre mejor y más inofensivo.

Pero mi manera de vivir es, en el fondo, el juego de la lotería ó el de la ruleta: no veo al que se mata después de haber perdido, y que me procura esos pequeños cupones que corto con tanto cuidado.

No he hecho, no hago, ni haré nada más que cortar mis títulos de renta, y tengo la convicción de que el dinero representa el trabajo.

¡Es para admirarse! ¡Y aun hay quien hable de locos!

¿Existe una idea fija más terrible que ésta?

Un hombre inteligente, sabio si se quiere, y razonable en todo lo demás, vive como un insensato y se tranquiliza porque no acaba de pronunciar una palabra que es sin embargo necesaria, si quiere que su razonamiento tenga sentido; ¡y él cree tener razón!

¡Cupones representando un trabajo!

Pero ¿qué trabajo? Evidentemente no es el del que corta los cupones, sino el del *trabajador.*

La esclavitud fué abolida desde hace mucho tiempo en Roma, en América y entre nosotros; pero lo que fué suprimido fueron las leyes y las *palabras,* no los *actos.*

La esclavitud es la emancipación de los unos al descargarse del trabajo necesario á la satisfacción de sus necesidades y cargarlo sobre otros.

He aquí un hombre que no trabaja y para quien los demás gastan su actividad, no por afecto, sino porque posee el *medio* de hacerles trabajar: esa es la esclavitud. Existe en proporciones enormes en todos los países civilizados de Europa, en donde la explotación de los hombres se hace en grande y es considerada como legal.

El dinero tiene el mismo objeto y produce las mismas consecuencias que la esclavitud.

Su objeto es el de librar al hombre de la ley natural del trabajo personal, necesario á la satisfacción de sus necesidades.

Las consecuencias son: la creación é invención de nuevos deseos cada vez más complicados y más insaciables. Un empobrecimiento intelectual y moral y una depravación. Para los esclavos es la opresión y el rebajamiento al nivel de las bestias.

El dinero es una forma nueva y horrible de la esclavitud y, como ésta, corrompe al esclavo y al dueño; pero esta forma moderna es más innoble que la antigua, porque desliga á uno y á otro de toda relación personal.

XVIII

Me admiro siempre que oigo decir que una cosa es buena en teoría, pero no en la práctica, como si la teoría no fuese más que una colección de palabras bonita* necesarias en una conversación y no constituyera la base de toda acción práctica.

Es posible que existan muchas ideas tontas y eso explica el empleo de tal razonamiento de índole periodística. La teoría es lo que el hombre sabe, y la práctica lo que hace. ¿Cómo puede ocurrir que el hombre piense de una manera y obre de otra?

Si teóricamente, en la cocción del pan, se debe

amasar la pasta y ponerla luego en el horno, nadie, á no estar loco, hará lo contrario.

Sin embargo, entre nosotros se encuentra una fórmula para repetir esa inconsecuencia.

En el asunto en que me ocupo, lo que había pensado siempre se ha confirmado, á saber: que la práctica se ciñe inevitablemente á la teoría y, habiendo comprendido lo que era objeto de mis reflexiones, no puedo proceder sino en conformidad con mis ideas.

Yo quería ayudar á los pobres porque tenía dinero y porque participaba de la superstición general de que el numerario representaba el trabajo y era legal y útil.

Pero habiendo empezado á dar, advertí que mi dinero provenía del dinero de los pobres.

Yo procedía como los antiguos señores que hacían trabajar á sus siervos los unos para los otros.

Todo empleo del dinero, cualquiera que él sea, bien compra de alguna cosa ó simple don de una persona á otra, no es más que la presentación de una letra de cambio girada contra los pobres, ó la transmisión á un tercero de aquella letra de cambio, para que la paguen los desgraciados.

Por eso comprendí cuan absurdo era querer ayudar á los pobres persiguiéndoles.

El dinero no era ya un bien, sino un mal evidente, por cuanto que privaba á los hombres del bien principal, ó sea del trabajo **y** de sus naturales frutos.

Veía que yo era incapaz de otorgar á otros ese bien, porque no lo tenía: yo no trabajaba y no tenía la dicha de vivir del producto de mi actividad.

No parecía tener importancia este razonamiento abstracto sobre la significación del dinero, pero lo hacía, no por acostumbrarme á razonar, sino para resolver el problema de mi vida y de mis sufrimientos. Era para mí la respuesta á esta pregunta:

— ¿Qué hacer?

Habiendo comprendido lo que es la riqueza y lo que es el carácter del dinero, vi de una manera clara y cierta, no tan sólo lo que yo debía hacer, sino lo que debían hacer los demás, y lo que harán inevitablemente.

Hacía ya mucho tiempo que conocía en el fondo aquella teoría transmitida á los hombres desde los tiempos más remotos por Budha, Isaías, Laodtsi y Sócrates y que nos fué expuesta, sobre todo, en forma clara y positiva por Jesucristo y por su predecesor San Juan Bautista.

Éste, contestando á los hombres cuando le preguntaban lo que debían hacer, les dijo: «Que el que tuviese dos vestidos diese uno al que careciese de él **y** que partiese su comida con el que se muriese de hambre» (Lucas, Evang. x, xi).

Jesucristo lo expuso con más claridad aún, diciendo: « ¡Dichosos los mendigos y desgraciados los ricos! No se puede servir á dos señores, á Dios y á su vientre».

Prohibía á sus discípulos que aceptasen, no solamente dinero, sino vestidos; le dijo á un hombre rico que él no podría entrar en el cielo par causa de sus riquezas y que le era más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico entrar en el cielo de los elegidos, y añadió que el que no abandonase todo lo que poseía, su hogar, sus hijos y sus campos, para seguirlo, no podría ser su discípulo.

Dijo su parábola acerca del rico, que, sin embargo, no obraba tan mal como los de ahora, pues que se contentaba con comer, beber y vestir bien, no obstante lo cual perdió su alma. En cambio, el mendigo Lázaro salvó la suya por el solo hecho de ser pobre.

Esta verdad me era conocida hacía mucho tiempo, pero las falsas doctrinas la habían obscurecido tanto, que se había convertido para mí en una *teoría,* en el vago sentido que solemos atribuir á esta palabra.

Pero desde que conseguí destruir en mi espíritu los sofismas de las doctrinas mundanas, la teoría se reunió á la práctica, y la realidad de mi vida y de la vida de los demás hombres me parecieron consecuencia inevitable de esa teoría.

Comprendí que el hombre debe servir, no solamente para su bienestar personal, sino también para el de los demás. Si se quieren buscar analogías en el reino animal, como hacen algunos para defender el principio de la fuerza y el de la lucha por la existencia, es preciso citar animales sociables, como las abejas, y por consecuencia el hombre está llamado, por su naturaleza y por su razón, á ser útil á los demás, y á perseguir un fin común y humano.

Comprendí que ésta era la única ley natural del hombre, compatible con su finalidad, y la única susceptible de proporcionarle la dicha.

Esta ley ha sido violada siempre, y lo sigue siendo hoy, por los hombres que, parecidos á los zánganos, se eximen del trabajo, gozan del trabajo ajeno y dirigen toda su actividad, no hacia un fin común, sino hacia la satisfacción individual de sus pasiones, siempre en aumento, hasta que perecen.

Las formas primitivas de la desviación de la ley natural fueron desde luego: la explotación de los seres débiles, de las mujeres, por ejemplo: después la guerra y el cautiverio: la esclavitud vino en seguida, y ahora ha sido reemplazada por el dinero.

Este último es la esclavitud oculta é impersonal de los pobres. Por eso le tomé aborrecimiento é hice todo lo posible para verme libre de él.

Cuando me vi dueño de siervos y comprendí la inmoralidad de aquella situación, trató de emanciparme de ellos, haciendo valer, lo menos posible, mis derechos sobre aquellos desgraciados y dejan dolos vivir como si no me perteneciesen.

No puedo dejar de obrar de la misma manera con el dinero, esta nueva forma de servidumbre, y evito, en todo lo que me es posible, explotar á los demás.

El fundamento de toda esclavitud es el goce del trabajo de otro y, por consecuencia, servirme de la actividad de los trabajadores ejerciendo mis derechos sobre sus personas ó usando de ese dinero que les es indispensable, es absolutamente la misma cosa.

Si realmente considero como un mal semejante goce, no me debo aprovechar de mis derechos ni de mi dinero, y debo prescindir del trabajo que aquellos desgraciados hacen para mi, sea privándome yo de él, sea haciéndolo por mí mismo.

Y esta conclusión tan sencilla, entra en todos los detalles de mi vida y me libra de los sufrimientos morales que padecía al fijarme en los desgraciados y en la depravación de los hombres.

Ella suprime á la vez las tres causas que me imposibilitaban asistir á los pobres y á las cuales he llegado al darme cuenta de mi fracaso.

La primera causa era la acumulación de habitantes en las ciudades y el consumo que hacían de la riqueza de los campos.

Cuando todo el mundo haya comprendido que la compra no es más que una obligación que deben pagar los pobres, y se haya acordado privarse de ella y satisfacer con el propio trabajo las propias necesidades, nadie abandonará ya el campo en donde es fácil satisfacer las necesidades sin el auxilio del dinero, y nadie irá á una ciudad, donde todo es preciso comprarlo ó alquilarlo todo. Y en las aldeas, todos podrían ayudar á los necesitados.

Me lo he explicado todo perfectamente, y cuantos residen en el campo están persuadidos de ello.

La segunda causa era la desunión que existía entre los pobres y los ricos.

Pero si nadie compra y nadie alquila, nadie, tampoco, desdeñará hacer todo cuanto sea preciso para la satisfacción de sus necesidades. Desaparecerá la antigua distinción de pobres y ricos, y el hombre que haya proscripto el lujo y el servicio de los demás, se confundirá inmediatamente con la masa de los obreros y podrá ayudarles.

La tercera causa era la vergüenza que tenía al estar convencido de la inmoralidad de aquel dinero con el cual quería ayudar á los pobres.

Pero desde el momento en que se comprenda su significación, como símbolo de una esclavitud impersonal, no volverá á incurrirse en el error de que sea un medio para hacer el bien, y no se tratará de adquirirlo, sino de desprenderse de él a fin de estar en condiciones de practicar el bien para con los hombres, esto es, dándoles el propio trabajo y no el trabajo d« los demás.

XIX

He deducido que si el dinero era la causa de los sufrimientos y de la depravación de los hombres, y si yo quería ayudar á éstos, no debía causar las desgracias que deseaba suprimir.

He llegado á la conclusión de que el que no quiere ver la depravación y los padecimientos de otro, no debe servirse de su dinero para hacer trabajar á los pobres. Debe pedir á sus semejantes lo menos posible, y hacer por sí mismo todo cuanto pueda.

De este modo llegué, por un largo camino, á la misma conclusión á que llegaron los chinos hace más de diez siglos.

Uno de sus proverbios dice: «Si existe un hombre ocioso, hay otro que se muere de hambre».

- ¿Qué debía hacer yo?

Las palabras de San Juan Bautista me dieron la contestación.

Cuando el pueblo le preguntaba: « ¿Qué hacer?» le respondió: «El que tenga dos vestidos dé uno al que carezca de él, y el que tenga qué comer que invite al hambriento».

Estas palabras significan que debemos dar á los demás lo que nos sobre.

Este medio, que tan completamente satisface al sentido moral, me ofuscaba como ofusca á mis semejantes. Por eso no lo notamos y lo miramos de soslayo.

Ocurre lo que en el teatro. Hay una persona en escena á la cual ve el público; pero los actores, que aunque la ven no deben verla, se lamentan de que se halle ausente.

Por eso tratamos de remediar todos nuestros malee sociales con prejuicios políticos, gubernamentales ó antigubernamentales, científicos ó filantrópicos, y no vemos lo que parece evidente á todo el mundo.

Hacemos todas nuestras necesidades en nuestro cuarto; exigimos que otros saquen de él el vaso de noche, y fingimos condolernos del triste papel de aquellos desgraciados.

Queremos sacarlos de la situación en que están; inventamos para ello una porción de soluciones, y únicamente nos olvidamos de la principal, de la más sencilla, y es la de sacar el vaso nosotros mismos, ó lo que aun es mejor, no evacuar más que en el lugar que, por común, es excusado nombrar.

El que padece sinceramente por las desgracias de los hombres que le rodean, tiene un medio claro y expedito, que es el único susceptible de remediar el mal y de despertar en él mismo el sentimiento de la legalidad de su vida; y es el que predicaba San Juan Bautista y que confirmó Jesucristo: no tener más que un vestido y carecer de dinero; es decir, no servirse del trabajo de los demás y hacer todo lo posible por uno mismo.

Eso parece tan claro como sencillo.

Pero la sencillez y la claridad no existen más que cuando las necesidades son sencillas.

Supongamos á un campesino que se está mano sobre mano y le manda á un vecino suyo, que le es deudor, que vaya á cortar la leña que necesita para su cocina. Claro es que este mujik es un perezoso; pero al fin comprende que quita al vecino sus medios de trabajo, se avergüenza de su acción y va por sí mismo á cortar la leña.

Pero el hombre colocado en el peldaño más alto de la escala de las gentes ociosas, no comprenderá su falta tan fácilmente como el mujik.

La esclavitud existe hace ya tanto tiempo bajo todas las formas imaginables; es tan grande el número de las necesidades artificiales que ha engendrado, hállanse tan íntimamente ligados unos á otros los gustos y las costumbres afectos á esas necesidades; se hallan tan afeminadas y depravadas las generaciones, y son tan complicados los sofismas inventados para justificar ese lujo y esa ociosidad, que es extraordinariamente difícil que los ociosos comprendan lo que se exige de ellos.

Se les va la cabeza en lo alto de la escalado mentiras en que viven cuando ven el nivel terrestre á que deben descender para comenzar á vivir, ya que no justamente, menos cruel y menos inhumanamente que hasta ahora; y por eso la idea les parece extraña.

Hasta ridícula le parecerá al hombre que tiene diez criados, un cochero, un cocinero, lienzos, bronces, piano y lo demás, en tanto que la encontrará sencilla y clara el hombre que, sin ser bueno, no es tampoco malo.

Comprenderá que debe hacer por sí mismo la leña para calentarse; preparar su comida; limpiarse el calzado; acarrear agua, etc., etc.

Pero aun existe otra causa que impide comprender á los hombres ociosos que un trabajo personal natural y sencillo es obligatorio, y es la complicación de las condiciones y de los intereses de todo género ligados entre sí por el dinero, y que son inherentes á la vida de los ricos. Mi vida fastuosa sostiene á las gentes. « ¿Dónde irá mi ayuda de cámara, que es ya un viejo, si lo despido? ¿Y cómo queréis que todo el mundo haga lo que necesita y parta leña? ¿Qué será entonces del principio de la división del trabajo?

Iba yo esta mañana por el corredor en donde se encienden las estufas. Un mujik encendía fuego para calentar el cuarto de mi hijo.

Entré á ver á éste: aun dormía: eran las once, y como por ser día de fiesta no tenía clase, dormía hasta muy tarde.

He ahí un mocetón de diez y ocho años que ha comido bien la víspera y que permanece en la cama hasta aquella hora, en tanto que el mujik, que tiene su misma edad, se ha levantado al amanecer, ha hecho muchas cosas y enciende ya la décima estufa.

«No debería calentar el criado ese cuerpo perezoso y bien alimentado», me dije; pero me acordó en seguida de que la misma estufa calentaba también el cuarto de nuestra ama de llaves que tiene cuarenta años y que, para preparar una cama, había estado velando hasta las tres de la madrugada.

Se había levantado á las siete y no había tenido tiempo de encender su estufa: el mujik lo hacía por ella y el perezoso de mi hijo se aprovechaba de la ocasión.

Verdad es que todos los intereses tienen una gran ligazón; pero, sin previos cálculos y sin determinadas preferencias, la conciencia propia dirá á cada uno de qué parte está el trabajo y en cuál otra la ociosidad.

Otra cosa lo dirá más claramente aún, y es el libro de gastos.

Cuanto más dinero gasta el hombre, más ocioso está; es decir, más tendrán que trabajar los demás por él.

Cuanto menos gasta el hombre, más trabaja.

Pero se me dirá: ¿No habéis pensado en la industria, en las empresas sociales? y añadirán á esto palabras muy bonitas, como civilización, ciencias, artes, etc.

Si vivo algún tiempo, ya contestaré á todas esas objeciones.

SEGUNDA PARTE

LA SOLUCIÓN

LA VIDA EN LA CIUDAD

I

Entraba yo en una casa á las tres de la tarde en un día de marzo del año *** al volver la esquina de la calle de Zubov, vi en el callejón de Chamovnitschesk unas manchas negras sobre la nieve del Campo de las Vírgenes, y algo que se movía.

No hubiese prestado atención á ello, si un agente de policía (gorodovoi) no hubiese gritado, mirando en la dirección de aquellas manchas:

— ¿Por qué no la traes, Vasili?

—Si no quiere andar, —contestó una voz.

En aquel mismo instante las manchas se movieron en dirección al agente.

— ¿Qué ocurre?—pregunté deteniéndome.

—Que acaban de cazar á *unas palomas* en la casa de Rjanoff y se las lleva a la prevención, y que una de éstas se ha quedado rezagada y, como veis, se niega á seguir adelante.

La conducía un conserje (dvornik) envuelto en una pelliza de piel de carnero (tulupe), quien la iba empujando por detrás. Todos íbamos abrigados de ropa como se debe de ir en invierno: ella era la única que no llevaba más que una sencilla bata: sólo pude distinguir en la obscuridad unas faldas color de canela, un pañuelo atado á la cabeza y otro al cuello. Era de corta estatura, como lo son todos los miserables; de piernas cortas y de rostro relativamente ancho y desproporcionado.

—Por tu causa nos hemos detenido, bestia. ¿Quieres andar ó no'?—le gritó el agente de policía.

Se conocía que estaba cansado y aburrido de aquella mujer.

Ésta dio algunos pasos y volvió á detenerse.

El viejo portero, buen sujeto á quien yo conocía, la tiró del brazo y la dijo fingiendo incomodarse:

—Ya haré yo que te pares: ¡anda!

Ella vaciló y empezó á hablar con voz desabrida, siendo cada una de sus palabras una nota falsa, una especie de silbido, algo semejante á un aúllo.

Déjame quieta: no me empujes: yo iré «ola. —Te vas á helar,--le dijo el portero. —Nosotras no nos helamos: siento calor. Quería bromear, pero sus palabras sonaban como injurias.

Al llegar junto al farol más próximo á la puerta de nuestra casa, volvió á detenerse, se apoyó contra la pared y se puso á escarbar las faldas con sus manos inquietas, heladas y temblorosas. De nuevo le gritaron para que anduviese, pero ella murmuró algunas palabras: tenía en una mano un cigarrillo hecho, y en la otra un fósforo.

Yo me quedé atrás: me daba vergüenza de seguir adelante; la tenía también de permanecer allí viendo aquello. Me decidí, por último, y me dirigí hacia ella, que seguía apoyada en la pared y frotando fósforos que no se encendían, y que arrojaba al suelo. Me fijé bien en su rostro y, por lo ajado, parecía ser el de una mujer de treinta años: era de color terroso, con ojos pequeños y de mirada vaga como los de un borracho: tenía la nariz chata y los labios torcidos, babosos y con las comisuras caídas: por debajo del pañuelo que llevaba á la cabeza, asomaba un mechoncillo de cabellos sucios y desgreñados, y tenía el talle largo y aplanado y las piernas y los brazos cortos.

Me detuve frente á ella: me miró y se echó á reír como si hubiese adivinado lo que yo pensaba.

Comprendí que debía decirle algo, algo que le indicase la compasión que me inspiraba.

— ¿Tenéis padres?—le pregunté.

Soltó, al oírme, una carcajada ronca, pero interrumpiéndola pronto, enarcó las cejas y m9 miró fijamente.

— ¿Tenéis padres?—le volví á preguntar.

Sonrió con una expresión tal, que parecía decir: ¡Vaya una cosa que me pregunta!

—Tengo madre, —me contestó; —pero eso ¿qué te importa á ti?

— ¿Cuántos años tenéis?

—Diez y seis, —dijo al punto, como respondiendo á una pregunta que se le hiciera con frecuencia.

—Vamos, sigue adelante y llévete el diablo, que vamos á reventar de frío por tu causa, —gritó el agente.

Despegóse ella de la pared, siguió con paso vacilante por el callejón de Chamovnitschesk, y entró en la prevención. Yo entré en mi casa y pregunté si habían vuelto mis hijas. Me contestaron que hablan regresado ya y que

dormían después de haberse divertido mucho en el baile á que habían concurrido.

II

Me estaba preparando á la mañana siguiente para ir á la prevención con objeto de enterarme de lo que hubiera sido de aquella mísera y pobre mujer, cuando llegó á verme uno de esos caballeros desgraciados que, por debilidad de carácter, dejan de ser señores, y que tan pronto se reponen como vuelven á caer.

Hacía tres años que nos conocíamos, y en aquellos tres años había disipado varias veces cuanto poseía y había tenido que empeñar ó vender hasta la ropa. Acababa de ocurrirle uno de esos contratiempos y pasaba las noches, temporalmente, en la casa de Rjanoff, y los días en mi casa.

Me encontró en el dintel de la puerta y sin preámbulo alguno empezó á contarme lo que había ocurrido la noche última en la casa de Rjanoff. No había llegado aún á la mitad del relato, cuando aquel hombre, viejo ya, que tantas cosas había visto en su vida, rompió bruscamente á llorar y volvió el rostro hacia la pared interrumpiendo su narración.

He aquí lo que me contó; y debo advertir que todo era absolutamente exacto, según comprobé sobre el terreno, en donde recogí más detalles, con los que completo la descripción de lo acaecido.

En el cuerpo del edificio, piso bajo, número 32, en donde dormía mi amigo, había, entre los huéspedes nocturnos, miserables mujeres que por cinco kopeks se entregaban al que las quería, y una lavandera de treinta años, rubia, pacífica, bastante hermosa, pero enfermiza.

La patrona de aquel departamento es querida de un barquero. Él ejerce su oficio durante el verano, y en el invierno viven alquilando camas para payar la noche, á razón de tres kopeks «in almohada y de cinco con ella.

La lavandera vivió allí algunos meses con tranquilidad, pero en sus últimos tiempos todo el mundo se quejaba de ella porque no dejaba dormir á nadie con su tos.

Una vieja de ochenta años, que ya chocheaba y que vivía también allí, la tomó entre ojos y la injuriaba sin tregua ni descanso porque no la dejaba dormir en toda la noche con su tos de cabra.

La lavandera lo sufría todo con resignación porque debía algunos alquileres y le convenía no armar escándalo alguno. La salud no le permitía trabajar sino de vez en cuando; le iban faltando las fuerzas y la deuda con su patrona iba aumentando.

En la última semana no había podido trabajar ni un solo día y con su tos, que no cesaba, había estado molestando á todos y muy especialmente á la vieja que no salía á la calle para nada.

Hacía cuatro días que la patrona se habla negado á tener más tiempo en su casa á la lavandera, que le debía ya sesenta kopeks, deuda que no esperaba cobrar. Todas las camas estaban alquiladas y los inquilinos se quejaban unánimente de aquella tos inoportuna.

Cuando la patrona despidió á la lavandera y le mandó que saliera de la habitación, la vieja se llenó de alegría y empujó á la infeliz para que se marchara. Ésta lo hizo así, pero á la hora se encontraba do vuelta, y la patrona no tuvo valor para expulsarla de nuevo, y así pasaron uno, dos, y hasta tres días.

— ¿A dónde he de ir?—exclamaba la lavandera.

Pero al tercer día, el amante de la patrona, un moscovita que no descuidaba sus intereses, avisó á un agente de policía. Llegó éste armado de sable y de pistola, y con buenos modales y con buenas palabras puso á la lavandera en mitad de la calle.

Era un día de marzo muy sereno, muy claro, pero de mucho frío. Corrían los arroyos; los porteros rompían el hielo; los trineos saltaban sobre la nieve helada y crujían al tocar en las piedras del piso. La pobre lavandera tomó la pendiente terriza bañada por el sol y, siguiéndola, llegó hasta la iglesia y se sentó al sol en el atrio; pero cuando el sol empezó á ponerse y los charcos empezaron A formar helada costra, sintió frío y tuvo miedo.

Se, levantó y se fué arrastrando... ¿hacia dónde?... Hacia su casa, hacia la única habitación que tuvo en sus últimos tiempos... Daba algunos pasos; descansaba un poco; volvía á emprender la marcha... Empezaba a obscurecer cuando llegó: se fué hacia la puerta, entró por ella, .se fué deslizando, dio un gemido y cayó.

Pasó por allí un hombre y luego otro.

—Sin duda está borracha.

Y pasó un tercero que tropezó con ella y fué á decirle al portero:

—Ahí, en la entrada, hay una mujer borracha: por poco me rompo la cabeza al tropezar con ella: quitarla de ahí.

El portero se acercó á ella.

¡Estaba muerta!

III

Tal fué lo que me contó mi amigo. Cualquiera creerá que he inventado ambos hechos: el encuentro con la prostituta de diez y seis años, y la historia de la lavandera; pero se engañará: los dos pasaron realmente la misma noche: no recuerdo la fecha exacta, pero sí que en marzo de 18...

Después de oír el relato de mi amigo, me trasladó á la prevención y luego á la casa de Rjanoff para conocer detalles de la muerte de la lavandera.

El día estaba claro y espléndido: veíanse brillar en la sombra los helados cristales de la nieve, pero en la plaza de Chamovnitschesk, el sol fundía la nieve y el agua empezaba á correr. Algo brillaba por la parte del río: al otro lado de éste se veía, teñidos de color azul, los árboles del parque Neskutschny: los gorriones de rubio plumaje, que tan escasos son en invierno, abundaban, haciéndose notar por lo exuberante de su alegría. Los hombres transitaban alegremente, no obstante el excesivo trabajo que denunciaban sus rostros. Oíanse las campanas tocar á vuelo, y mezclados á su tañido, los disparos en los cuarteles, el silbido de las balas y el chasquido de éstas al dar en el blanco.

Entré en la prevención. Varios agentes de policía armados, que había en el portal, me encaminaron al despacho de su jefe. Éste, armado también de sable y pistola, interrogaba á un anciano andrajoso y trémulo que permanecía en pie delante de él y en tal extremo de debilidad, que no acertaba á articular perceptiblemente respuesta á lo que se le preguntaba. Cuando concluyó con el viejo, se volvió hacia mí. Le pregunté por la mujer de la víspera. En un principio, me escuchó con atención: luego se echó á reír al ver que yo ignoraba el motivo por que se las detenía, y sobre todo, porque me admiré de su juventud.

—Dispensad, —me dijo alegremente; —pero las hay por todas partes de doce, trece y catorce años.

A mis preguntas referentes á la mujer de la víspera, me contestó, según creo recordar, que se la había debido enviarla con otras al comité.

A mi pregunta relativa al sitio en que se las hacía pasar la noche, me contestó de una manera vaga, y en cuanto á la que concretamente le indicaba yo, no la recordaba. ¡Eran tantas las que pasaban por allí cada día!

En el número 32 de la casa de Rjanoff, encontré al sacristán leyendo junto á la muerta. La habían recogido y acostado en el lecho que antes ocupaba, y los vecinos, aunque todos ellos pobres y miserables, habían hecho una cuestación para pagar los derechos parroquiales y para comprar un ataúd y una mortaja. El sacristán leía en la obscuridad. Una mujer, cubierta con un mantón, hallábase de pie con una vela en la mano: de pie también y con otra vela parecida, permanecía un hombre (un caballero deberíamos decir),

que vestía buen pardesú, camisa almidonada y botas relucientes. Era el hermano de la muerta, al que se le había dado aviso.

Pasé por delante del cadáver, y dirigiéndome al cuarto de la patrona, pedí á ésta detalles de todo lo ocurrido.

La patrona se asustó de mis preguntas: era evidente que tenía miedo, no fuera que intentaran acusarla de algo; pero se fué confiando poco á poco, empezó á hablar y acabó por contármelo todo. Al salir me fijé en la muerta. Todos los muertos son hermosos; pero aquélla lo era muy particularmente, y estaba conmovedora en el ataúd: tenía el rostro limpio y pálido; los ojos cerrados y algo abultados; las mejillas hundidas; los cabellos rubios y claros en el nacimiento de la frente, y por último, una expresión de languidez dulce, pero no triste, como la del que demuestra admiración por algo.

Y, en efecto, si los vivos no ven, loa muertos se admiran.

IV

El mismo día en que yo tomaba notas de todo esto, se daba en Moscou un gran baile.

A las nueve de aquella noche salí de mi casa. El sitio en que vivo está rodeado de fábricas. Salí después de oír los silbidos que, pasados seis días de una labor incesante, indicaban al personal que disponía de un día libre.

Cruzábame con los obreros ó les pasaba delante, al dirigirse ellos á las tabernas ó á los *traktirs*: muchos iban ya beodos, y algunas mujeres los acompañaban.

Habito, como llevo dicho, en un barrio de fábricas. Todas las mañanas A las cinco, oigo un silbido, luego otro, y después un tercero y un décimo allá á lo lejos: aquellos silbidos denuncian que empieza el trabajo para los niños, para las mujeres y para loa viejos. A las ocho, segunda tanda de silbidos: ésta significa media hora de descanso. A las doce, tercera tanda; una hora para la comida, y á las ocho, la cuarta para indicar la salida de los talleres.

Por una casualidad, además de la fábrica de cerveza contigua a mi casa, las otras tres fábricas más próximas no producen sino objetos de uso femenil.

En una, en la más cercana, no se hacen más que medias: otra es de sedería, y la tercera de perfumes y de pomadas.

Pueden escucharse los silbidos de las máquinas, sin darles otro carácter que la indicación de horas. —Ya se oye el silbido: es hora de salir á pasear. Pero también pueden considerarse en lo que realmente determinan. El de las cinco significa que seres humanos, con frecuencia acostados uno al lado del otro, hombres y mujeres revueltos en un sótano húmedo, se levantan en

la obscuridad y se apresuran á entrar en un local lleno de máquinas que empiezan á moverse con ruido, para dedicarse á un trabajo del que no perciben el fin ni la utilidad que pueda tener para ellos, y para trabajar así una, dos tres horas y hasta doce ó más al día. Se acuestan, se vuelven á levantar, y al trabajo otra vez, á aquella faena para ellos estúpida, que no hacen sino por necesidad.

Y así transcurren las semanas, una tras otra con la interrupción de los días festivos. Y yo veo á esos obreros, á quienes se les ha dejado libres un día de fiesta, que salen á la calle, llena por todas partes de tabernas y de mujeres públicas, y que, ebrios, tirando el uno del otro, cogidos por los brazos, arrastran consigo á las mujeres, semejantes á la que yo vi llevar á la prevención, toman copas yendo de taberna en taberna, se injurian, discurren por las calles, y hablan sin saber lo que dicen. Había visto muchas veces oleadas de obreros de fábrica y me apartaba de ellos, pudiendo contener apenas mis censuras por su proceder; pero desde que oigo todos los días los silbidos y comprendo su verdadera significación, de lo único que me admiro es de que no se prostituyan más.

Observé, al seguir mi camino, á aquellos obreros. Se esparcieron por las calles hasta cerca de las once, hora en que empezó á disminuir el movimiento hasta que no se vieron más que algunos borrachos aquí y allá, y grupos de hombres y de mujeres que eran llevados á la prevención.

V

Es posible que se diviertan alegremente en los bailes; pero no me lo explico. Cuando vemos en la sociedad y entre nosotros á un hombre que no ha comido y que tiene frío, nos avergonzamos de estar alegres y no podemos seguir estándolo hasta que aquél ha satisfecho la necesidad que sentía de alimento y de calor: esto sin contar con que no concibe uno que pueda haber personas que sean capaces de divertirse con un placer que hace sufrir á otros. Nos hace daño la alegría de los pilletes, de los muchachos de índole perversa, que se complacen en amarrar una lata al rabo de un perro, y nos hace más daño aun que eso haga reír.

¡Qué ceguedad es la nuestra, que no vemos en nuestros placeres la lata que amarramos en la cola de todas esas gentes, que sufren para que nosotros gocemos!

Esas mujeres que van á un baile con un traje de ciento cincuenta rublos, no han nacido en un salón de baile ni en casa de ninguna modista célebre: todas ellas han habitado en algún pueblo y han visto mujiks. Cualquiera de ellas ha tenido una doncella cuyo padre y cuyos hermanos son pobres que, para ganar ciento cincuenta rublos destinados á la isba, emplean toda su existencia, toda una vida de trabajo asiduo: ella lo sabe, y sabiéndolo,

¿cómo lleva sobre su desnudo cuerpo esa isba que es el sueño dorado del hermano de su criada?

Demos por supuesto que no haya podido hacer tal observación; pero sí la de que los bombones y las flores, los encajes y los vestidos no se hacen por sí mismos y que se necesitan personas que los hagan. No creo que haya mujer que pueda ignorar qué seres son los que hacen todo eso, en qué condiciones, y por qué lo hacen, ni que ignore que la modista, de quien tan disgustada se muestra, no le ha confeccionado el traje por deferencia hacia ella, sino por necesidad, lo mismo que los encajes, las flores y los terciopelos.

Puede suceder qué tan ofuscado tengan el cerebro, que tampoco se detengan en reflexionar sobre eso; pero, á lo menos, se lijarán en que cinco ó seis Hervidores de uno y otro sexo, viejos, respetables, A veces enfermos, se privan de dormir y se molestan por su causa: esto no puedo ignorarlo, por qué ha visto sus rostros fatigados y serios, como tampoco ha podido ignorar que aquella noche en que el termómetro marcaba 28 grados bajo cero, el cochero la pasó casi toda ella sentado en el pescante.

Pero me consta que nada de eso ven; y desde el momento en que esas jóvenes, hipnotizadas por el baile, no lo ven, sería injusto condenarlas. Las pobrecillas hacen lo que los adultos juzgan bueno; pero ¿cómo explicarán los adultos su crueldad para con sus semejantes?

Estos, los adultos, dirán siempre lo mismo en su descargo:

—No violento á nadie: los objetos los compro, y en cuanto á las personas, las alquilo. En comprar y alquilar, no hay nada de malo. No violento á nadie: pago á todos lo que me piden por servirme; ¿qué de malo hay en eso?

Por aquellos días entré en casa de uno de mis amigos: al pasar por la primera pieza, quédeme sorprendido al ver dos mujeres sentadas á una mesa, porque mi amigo era soltero. Una era amarilla y flaca con aire de jamona, y vendría á tener treinta años; tenía echado un chal por los hombros, y rápidamente, con gran rapidez, hacía algo con sus manos y sus dedos encima de la mesa temblando nerviosamente como si padeciera un ataque. A su lado se sentaba una joven que hacía igualmente algo, con el mismo temblor nervioso.

Me acerqué y miré atentamente lo que hacían: ambas clavaron en mí sus ojos pero no se detuvieron en su faena: estaban liando cigarrillos. La mujer trituraba el tabaco con las palmas de las manos, lo echaba en una maquinilla, daba vueltas á ésta y arrojaba el cigarrillo hecho á la jovencita, la cual hacía las cabecillas, y concluido uno, lo dejaba para tomar otro; pero todo ello hecho con una rapidez, con una tensión imposible de describir; aquella rapidez me sorprendió.

—Hace catorce años que no hago otra cosa, —dijo la mujer.

— ¿Y es penoso ese trabajo?

— Sí: me ha hecho enfermar del pecho: el olor es muy penetrante.

No necesitaba haberlo dicho, pues bastaba mirar á la joven: ésta no hacía más que tres años que trabajaba, pero, al verla, se reconocía en ella un organismo vigoroso en camino de arruinarse. Mi amigo, excelente persona y liberal, había alquilado aquellas mujeres para que le hiciesen cigarrillos á razón de dos rublos y medio el millar.

Es hombre de dinero y lo cambia por trabajo. ¿Qué tiene eso de malo? Él se levanta á mediodía: desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada, invierte el tiempo en jugar á los naipes ó en tocar el piano: se alimenta con manjares delicados: todos los trabajos que pasan los demás, redundan en provecho suyo. Imaginó un nuevo placer, el del cigarrillo: aun recuerdo cuando empezó á fumar.

Allí están una mujer y una joven que apenas pueden cubrir sus necesidades transformándose en máquinas, y que pasan su vida entera respirando tabaco y destruyendo con ello su salud. Él tiene dinero, que no ha ganado con su trabajo, y prefiere jugar á las cartas á hacerse sus cigarrillos. Da dinero á aquellas mujeres con la única condición de que continúen viviendo tan penosamente como viven; es decir, para que sigan haciendo cigarrillos.

A mí me gusta la limpieza y doy el dinero á condición, únicamente, de que la lavandera lave la camisa que me quito ó mudo dos veces al día, y estas camisas agotan las últimas fuerzas de la lavandera, y se muere.

¿Qué mal hay en todo eso? Los que compran y alquilan no necesitan de mi concurso para obligar á los demás á que sigan fabricando terciopelos y bombones: ellos seguirán alquilando, por su sola cuenta, á las mujeres para que les hagan cigarrillos y á las lavanderas para que les laven la ropa. ¿A qué, entonces, privarse de terciopelos, de bombone0, de cigarrillos ni de camisas limpias, ya que está así establecido para siempre? Este es el razonamiento que oigo á menudo, casi siempre: es el mismo que hace la multitud cuando, enloquecida, destruye algo: es el mismo que inspira á los perros cuando uno de ellos, arrojándose sobre otro, lo derriba y los demás se arrojan sobre el caído y lo hacen pedazos á dentelladas. Puesto que la cosa empezó y ya se consumó el estrago, ¿por qué no aprovecharme yo de él?

Pero ¿qué sucederá si yo llevo la camisa sucia y hago por mí mismo los cigarrillos? ¿Le quitará eso trabajo á alguien?—preguntan los que quieren justificarse.

Si no estuviésemos tan lejos de la verdad, causaría rubor contestar á tal pregunta; pero estamos pervertidos de tal modo, que ésta nos parece completamente natural, y por rubor que nos cueste, debemos contestarla.

— ¿Qué diferencia habrá si yo llevo la camisa una semana en vez de llevarla un día y si confecciono los cigarrillos por mí mismo, ó no fumo, en vez de mandar que me los hagan?

—Pues la siguiente: que la lavandera y la confeccionadora de cigarrillos gastarán menos sus fuerzas, y que el dinero que yo daba por el lavado y por la confección de cigarrillos puedo dárselo á esas mismas obreras ó á otras á quienes el trabajo haya agotado, y que, en vez de trabajar más de lo que sus fuerzas les permiten, tendrán en lo sucesivo la posibilidad de descansar y de tomar una taza de té.

He oído replicar á esto que si yo llevo sucia la ropa y no fumo para dar el importe de ello á los pobres, no por eso se les sacrificará menos, porque una gota de agua en el mar no sirve de nada, y á esta objeción los ricos y los partidarios del lujo han debido sonrojarse.

Más vergüenza causa aún responder á objeción semejante, pero hay que responder á ella, y como la objeción es rutinaria, la respuesta será sencilla.

Dicen que la acción de uno solo es una gota de agua caída en el mar. ¡Una gota de agua caída en el mar!

Cuenta una leyenda indica que un hombre dejó caer en el mar una perla, y que cogió un cubo y se puso á sacar agua y á arrojarla en la orilla; que siguió trabajando en ello sin descanso, hasta que al séptimo día el espíritu del mar temió que el hombre acabase por secar éste y le devolvió la perla.

Si nuestro mal social, que es la opresión del hombre, fuese el mar, bien merecería la perla que hemos perdido que sacrificáramos la vida para agotar el océano de dicho mal. El espíritu del mundo se asustaría y se sometería, antes, quizá, que el espíritu del mar. Pero el mal social no es un océano, sino una fétida fosa de inmundicias que rellenamos con las nuestras cuidadosamente. Nos bastaría con despertarnos, comprender lo que hacemos y no tenerles cariño á esas inmundicias nuestras, para que ese mar, que nosotros hemos formado, quedara pronto seco y para que poseyésemos en el acto la perla inestimable de la *vida fraternal, humana*.

LA VIDA DEL CAMPO

I

Pero ¿qué hacer? ¿No somos nosotros los que hemos hecho eso?— Nosotros no. ¿Entonces quién?

De la misma manera que los niños cuando rompen algo dicen que ellos no han sido, que aquello se ha roto solo, así decimos nosotros no haberlo hecho, que sin duda se ha hecho por sí mismo, y añadimos que al residir nosotros en las ciudades, sostenemos y alimentamos á quienes en ellas habitan, puesto que remuneramos su trabajo y sus servicios.

Pero nada de eso es verdad, y he aquí por qué. No tenemos que hacer otra cosa que mirarnos á nosotros mismos y ver cómo vivimos en el campo, y como sostenemos y alimentamos en él á las gentes.

Acaba el invierno en la ciudad; llega la semana de Pascuas. En los bulevares, en los jardines, en los parques y en el río, músicas, teatros, paseos, variadas iluminaciones y fuegos artificiales; pero, en el campo, algo mejor todavía: los aires son más puros; los árboles y las flores son más frescos; el campo es verde y frondoso. Ha llegado el momento de trasladarse al campo en donde todo se esparce y todo florece Y la mayor parte de los ricos se van al campo á respirar aquellos aires sanos y á contemplar los campos y los bosques embellecidos. Y allí, entre aquellos pobres mujiks andrajosos, que se mantienen con pan y cebolla; que trabajan diez y ocho horas al día y que no duermen lo que necesitan dormir, allí van á instalarse los ricos.

Nadie ha enseñado nada á aquellos mujiks: allí no hay almacenes ni fábricas: no se encuentran tampoco brazos desocupados como abundan en las ciudades. Las gentes no se bastan allí para realizar las faenas del verano, y aunque nadie huelga, suele perderse parte de la cosecha por no poder ser levantada á tiempo: hombres, mujeres, niños y ancianos, todos trabajan más, pero mucho más de lo que sus fuerzas les permiten.

¿Y cómo ordenan los ricos su vida en el campo?... De la manera siguiente:

Si tienen ya casa antigua, edificada en tiempo de los siervos, la restauran y la decoran; pero si no la tienen, hacen construir una de dos ó tres pisos. Las habitaciones, en número de doce á veinte, y aun de más, tienen una altura de techos de 4"25 metros: se las entarima bien; se les ponen grandes cristales en todas las puertas y ventanas; se alfombran y se llenan de muebles de gran precio. Se hacen limpiar de piedras los alrededores de la casa; se allanan; se improvisan jardines; se trazan parques inmensos, y á veces invernáculos, y se establecen globos reflectores.

Y he ahí como una honrada familia de caballeros ó de *tchinovniks*, va á vivir al campo. Los individuos de la familia y sus huéspedes llegan á mediados de junio, habiéndose dedicado hasta entonces á estudiar y á sufrir los exámenes: llegan á mediados de junio, es decir, en la época de la siega, y permanecen en el campo hasta septiembre, ó sea hasta que se almacena el fruto recogido. Como casi todas las personas del gran mundo, habitan el campo desde que dan principio los grandes trabajos agrícolas, pero no ven su terminación que se prolonga hasta fin de septiembre, en cuya fecha se cavan las patatas; se marchan cuando empieza á decaer la faena.

En derredor suyo y á su lado se realiza en aquel periodo el rudo trabajo agrícola de verano, trabajo tan rudo, que no se puede formar exacta idea de él quien no lo haya hecho por sí mismo, siquiera haya oído hablar de' él ó lo haya visto. Y, sin embargo, las familias ricas viven lo mismo que en la ciudad.

Empieza la siega allá por San Pedro, cuando los aldeanos no tienen para comer más que pan y cebolla, y *kvas* (sidra) para beber. La siega es la operación más importante del mundo. Casi todos los años, y por falta de brazos y de tiempo, se queda por segar una parte, y corren los henos el peligro de que la lluvia los eche á perder. Según la mayor ó menor rapidez con que se ejecuten las operaciones agrícolas, los rendimientos supondrán un veinte por ciento más ó menos en favor del pobre pueblo. Un buen rendimiento constituye la carne para los viejos y la leche para los niños.

Así es que, para todos en general y para cada uno de los segadores en particular, la cuestión se resuelve en pan para el invierno, y en leche para sí y para sus hijos. Todos lo saben; todos, hasta los chicos: ninguno ignora que se trata de un asunto capital, y que es preciso trabajar hasta donde humanamente lo permitan las fuerzas; llevar el cántaro del kvas al campo donde trabaja el padre y, cambiándolo de mano, correr descalzo, lo más de prisa posible, á dos verstas del pueblo para llegar á la hora de la comida y que el padre no riña. Todos saben que, desde la siega hasta el almacenaje del fruto, el trabajo no guardará fiestas y que no hay que pensar en descansar durante ese tiempo.

Pero no se trata únicamente de la siega: es preciso además remover la tierra y rastrillarla. Las mujeres tejen, hacen la hornada y lavan: los mujiks van al molino, á la ciudad, al juzgado para sus asuntos y á casa del alcalde ó de su teniente: conducen los carros y dan pienso á los caballos durante la noche. Todos, viejos, jóvenes y hasta los enfermos, suministran sus últimas fuerzas. Apenas si se permiten tomar algunos momentos de descanso antes de haber terminado su tarea. Las mujeres trabajan de la misma manera, muchas de ellas encinta y otras muchas criando.

El trabajo es excesivo é interesante. Todos se agotan en un supremo esfuerzo; todos gastan en aquella faena, no solamente lo economizado en muchos días, sino también los últimos restos de su despensa. No estaban gordos al empezar los trabajos al estío, pero todos están flacos al terminarlos, por consecuencia de su ruda labor.

II

He aquí un pequeño grupo de segadores: un anciano, su sobrino, joven casado, y un zapatero de viejo, flaco y musculoso. Esta siega es el pan para el invierno de los tres. Trabajan infatigablemente y sin darse punto de reposo desde hace ya dos semanas. La lluvia ha suspendido su trabajo. Después de la lluvia y cuando el viento ha secado la mies, deciden colocarla en hacinas, y para hacerlo más de prisa, hácese ayudar cada uno por dos mujeres.

El anciano trae á su mujer que ya tiene cincuenta años y está gastada por el trabajo y por once partos, y que además es sorda, todo lo cual no le impide trabajar aun bastante bien, y trae igualmente á una hija suya de trece años, de baja estatura, pero robusta y diestra. El sobrino hace venir á su mujer, alta y fuerte como un verdadero mujik, y á su cuñada, casada con un soldado, y encinta á la sazón. El remendón llama á su mujer, una obrera vigorosa, y á su madre, anciana de ochenta años que se gana la vida mendigando.

Todos rivalizan en ardor y trabajan desde el amanecer hasta la noche en pleno mes de junio. Cada hora de labor tiene un precio inestimable. ¡Qué fastidio tener que abandonar el trabajo para ir á buscar agua ó sidra!—Un chicuelo, el nieto de la vieja, traerá el agua.

La vieja, preocupada por el deseo de no ser despedida del trabajo, empuña el rastrillo con manos crispadas, y hace visibles esfuerzos, siquiera le cueste trabajo moverse. El chiquillo, encorvado por el peso y trotando á paso corto con sus pies descalzos, lleva el cántaro del agua, pasándolo de una mano á otra, cántaro que pesa más que él. La chica carga sobre sus hombros una gavilla de heno casi tan pesada como ella, da algunos pasos, se detiene y la deja caer, pues resulta que no tiene bastantes fuerzas para llevarla. La mujer de cincuenta años rastrilla infatigablemente; después, con el chal caído de un lado, carga heno y lo lleva con paso vacilante y respirando con dificultad. La vieja de los ochenta años no hace más que rastrillar, como ya se dijo, pero aun esto es superior á sus fuerzas: arrastra con trabajo sus pies calzados con *lapti*, y con semblante enfurruñado y aire sombrío, mira ante sí como un enfermo desahuciado ó como un hombre que va á morir. El viejo la envía, á propósito, separada de los demás, á rastrillar cerca de las hacinas, para que trabaje menos; pero no interrumpe su faena,

y con el mismo semblante sombrío y meditabundo, trabaja tanto como los demás.

El sol se oculta detrás del bosque; pero aun no se ha conseguido poner en orden los haces y falta aun bastante para ello. Todos comprenden que ya es hora de dar de mano al trabajó; pero nadie lo dice esperando á que lo diga otro.

Por fin, el zapatero, comprendiendo que estaban agotadas las fuerzas de todos, propone al viejo dejar para el día siguiente la formación de las hacinas, y éste consiente en ello: y sin perder momento corren las mujeres á recoger sus efectos, los cántaros y las horcas de aventar; y la vieja se agacha con presteza en el mismo sitio en que estaba de pie; se acuesta luego, mirando siempre ante sí con la misma mirada mortecina; pero las mujeres se ponen en marcha, y, al verlas, pónese de pie dando un gemido, y se arrastra en seguimiento suyo.

Y todas estas escenas se reproducirán en julio, cuando los mujiks, faltos de sueño, sieguen durante la noche la avena para que el grano no salte; cuando las mujeres se levanten antes de rayar el día para preparar las ataduras de hierba retorcida; cuando aquella anciana se encargue de todo el trabajo de la casa; cuando las mujeres embarazadas y las jóvenes se sientan agotadas; cuando los brazos de todos, y los caballos y los carros sean insuficientes para acarrear aquel trigo que ha de alimentar á todo el mundo, aquel trigo que tiene en Rusia un consumo diario de millones de fanegas, para que las gentes vivan.

III

Y nosotros vivimos absolutamente como si no existiera relación alguna entre la lavandera muerta, la prostituta de diez y seis años, la tensión excesiva de las cigarreras, la pesada é insoportable labor de las viejas y de los niños mal alimentados y agobiados por la fatiga: vivimos como si no existiera relación alguna entre su vida y la nuestra.

Se nos figura que el dolor es una cosa y otra cosa nuestra vida.

Leemos la descripción de la vida de Roma y nos admiramos de la crueldad de Lúcido, el hombre sin corazón que se atiborraba de manjares y de vinos delicados cuando el pueblo se moría de hambre. Meneamos la cabeza sorprendidos ante la barbarie de nuestros abuelos que, señores de siervos campesinos, creaban entre ellos bandas de música y teatros, y desde lo alto de nuestra olímpica grandeza, nos admiramos de su inhumanidad. Isaías dijo:

«V. 8. —Maldición sobre vosotros los que juntáis casa con casa y añadís tierras á tierras hasta que os falta espacio. ¿Seréis los únicos que habitéis la tierra?

»11. —Maldición sobre vosotros, que os levantáis por la mañana para dedicaros á los placeres de la mesa y para beber hasta la noche, hasta que se os suben á la cabeza los vapores del vino.

»12. —El laúd y el arpa, las flautas y los tambores, juntos á los vinos más deliciosos, se encuentran en vuestros festines: no os preocupa la obra del Señor ni consideráis las obras de sus manos.

»18. —Maldición sobre vosotros, que os valéis de la mentira como de cuerdas, para arrastrar una larga serie de iniquidades, y que tiráis tras de vosotros del pecado, como los tirantes tiran del carro.

»20. —Maldición sobre vosotros, los que decís que el mal es el bien, y que el bien es el mal; que dais á las tinieblas el nombre de luz, y á la luz el nombre de tinieblas; que hacéis pasar por dulce lo que es amargo y por amargo lo que es dulce.

>21. —Maldición sobre vosotros, los que sois sabios á vuestros propios ojos y los que sois prudentes ante vosotros mismos.

»22. —Maldición sobre vosotros los que sois poderosos para beber vino y valientes para emborracharos».

Leemos estas palabras, y se nos figura que no aluden á nosotros. Leemos en el Evangelio de San Mateo, III, 10: «Y el hacha amaga ya las raíces de los árboles.

Todo árbol, pues, que no produzca buen fruto, será cortado y arrojado al fuego».

Y estamos convencidos absolutamente de que nosotros somos el árbol que produce buen fruto, y que las anteriores palabras no se refieren á nosotros, sino á otras gentes perversas.

Y dice Isaías:

«VI, 10. —Cegad el corazón de ese pueblo; ensordeced sus oídos; cerradle los ojos, por miedo de que sus ojos vean, de que sus oídos oigan y de que su corazón comprenda y se conviertan á mí y yo los cure.

»11. -Y ¡Señor!—le dije, — ¿hasta cuándo durará vuestra cólera?—Hasta que las ciudades queden desoladas y sin ciudadanos, las casas sin habitantes y la tierra desierta, — contestó».

Leemos, y estamos absolutamente convencidos de que esas palabras admirables no se contraen á nosotros, sino á otro pueblo, y no vemos que

se han dicho para nosotros. Ni vemos, ni oímos, ni comprendemos. ¿Por qué sucede así?

Dios, ó esta ley de la naturaleza por la cual fue ron creados el mundo y los hombres, procederá bien ó procederá mal; pero la situación de los hombres en el mundo es tal, desde que lo conocemos, que, desnudos, sin vello en el cuerpo, sin cueva donde abrigarse, incapaces de hallar el sustento en los campos, como Robinsón en la isla, todos tienen la necesidad de luchar sin tregua ni reposo contra la naturaleza para cubrir sus carnes, para hacerse sus vestidos, para rodearse de un cercado, para levantar un techo sobre su cabeza, para preparar sus alimentos con el objeto de saciar su hambre dos ó tres veces al día, y con ella la de sus hijos, demasiado débiles para trabajar y la de los ancianos.

Es indiferente el lugar y la época en que nos fijamos para observar la vida de los hombres, en Europa, en América, en China, en Rusia: examinemos todo el género humano, ó una de sus partes, en los tiempos antiguos, en la edad nómada ó en nuestro tiempo con los motores de vapor, las máquinas de coser, la agricultura perfeccionada y la luz eléctrica, y por todas partes veremos la misma cosa, esto es; que los hombres, trabajando hasta no poder más, no pueden ganar lo suficiente para ellos, para sus hijos y para sus ancianos; no pueden ganar bastante para atender á sus vestidos, á su albergue y á su manutención, y que la mayor parte, hoy como antes, mueren faltos de recursos ó que, para obtener éstos, sucumben á un trabajo desproporcionado A sus fuerzas.

En donde quiera que habitemos, si trazamos en torno nuestro un círculo de mil verstas, de cien, de una sola versta de radio y nos ponemos á considerar la vida de las personas comprendidas en ese círculo, encontraremos niños miserables, ancianos de uno y otro sexo, mujeres paridas, enfermos y seres débiles, que se afanan más de lo que sus fuerzas les permiten, que no tienen ni los alimentos ni el descanso necesario para poder vivir, y que, como es natural, mueren prematuramente, y veremos seres, en la fuerza de su edad, sucumbir al peso de una labor fatigosa y mortal.

Vemos, desde que el mundo existe, que los hombres luchan contra sus comunes necesidades, á costa de increíbles esfuerzos, privaciones y sufrimientos, y que no pueden vencerlas...

ACERCA DEL DESTINO DE LA CIENCIA

Y DEL ARTE

I

La justificación de que cualquiera puede emanciparse del trabajo, se apoya en la ciencia experital positiva. He aquí lo que dice la teoría científica:

«No existe más que un método seguro para estudiar las leyes que rigen la vida de las sociedades humanas, y ese método es la ciencia positiva crítica.

»No existe más que la sociología, basada en la biología, como ésta lo está en todas las ciencias positivas, que pueden formular las leyes de la vida del género humano. El género humano, ó las sociedades humanas, son organismos ya formados, ú organismos en formación, sometidos á todas las leyes de la evolución de los organismos.

»Una de estas leyes esenciales es la distribución de las funciones entre las diferentes partículas de los órganos. Si los unos mandan y los otros obedecen; si los unos viven en la abundancia y los otros en la estrechez, ello consiste, no en que Dios lo haya dispuesto así, ni porque el gobierno sea expresión de las necesidades sociales, sino en que, en las sociedades como en los organismos, la vida del ser entero tiene, por condición necesaria, la división del trabajo: los unos ejecutan, en las sociedades, el trabajo muscular; los otros, el trabajo intelectual».

En esta doctrina se apoya la justificación favorita de nuestro tiempo.

No hace aún mucho que dominaba en la esfera de los sabios la filosofía del espíritu, la filosofía de Hégel, cuyas conclusiones eran que todo lo que existe es racional; que no hay ni bien ni mal; que el -hombre no tiene que luchar contra el mal, puesto que no existe, y que debe concretarse á demostrar su inteligencia: éste, en el servicio militar; aquél, en la magistratura, y el otro, en el arte de tocar el violín, etc.

Existían, sin embargo, numerosas y distintas expresiones de la sabiduría humana, conocidas todas en el siglo XIX. Eran conocidos Rousseau y Léssing, Spinoza y Bruno: era conocida también la sabiduría antigua; pero nada quería saber de ella la multitud.

No se puede decir que el éxito de Hégel estuviese en relación con lo armonioso de su teoría: existían teorías no menos armónicas, como las de Descartes, Leibnitz, Fichte y Schopenháuer. La única causa de que fuese por mucho tiempo esta teoría filosófica la doctrina de todo el mundo, fué la de que se ajustaba, por sus consecuencias, á los vicios de los hombres. Trataba

de establecer que todo era natural, que todo era bueno, y que nadie era culpable de nada. .

El hegelianismo era la base de todo cuando yo empecé á vivir: se respiraba en el aire; se leía en los artículos y en las revistas de los periódicos; en los cursos de historia y de derecho; en las novelas, en los tratados, en las artes, en los sermones, y en la conversación particular. El hombre que no conocía á Hégel no tenía derecho para hablar: el que deseaba conocer la verdad, necesitaba estudiar á Hégel. Todo descansaba en él, en su filosofía, y no han transcurrido aún cuarenta años y ya nadie se acuerda de él, como si Hégel no hubiera existido nunca. Y lo más sorprendente es que el hegelianismo ha dejado de existir sin que nadie lo haya refutado ni destruido, no: tal como era es; pero careció repentinamente de finalidad y de objeto á los ojos de los sabios.

Hubo un tiempo en que los doctores hegelianos instruían solemnemente á la multitud, y en que ésta, sin comprender nada, creía en todo ciegamente, encontrando en aquella filosofía la confirmación de lo que juzgaba beneficioso para sí misma, y persuadida de que lo que consideraba obscuro y contradictorio era, en la alta cima de aquella filosofía, claro como la luz del sol Pero llegó el momento en que la teoría aquella resultó gastada y en que apareció en su lugar otra; un tiempo en que la multitud, desdeñando la teoría antigua y dirigiendo la mirada á los santuarios misteriosos de los sacrifica-dores, se convenció de que en aquélla no había más que palabras obscuras y conceptos absurdos. Todo eso ha pasado en los tiempos que yo recuerdo.

Pero los poseedores de la ciencia actual dirán que todo eso ocurrió porque aquella teoría era un conjunto de absurdos del periodo teológico y metafísico; que ahora existe una ciencia positiva y crítica que no puede engañar, porque se apoya en la instrucción y en la experiencia; que ahora nuestros conocimientos no son ya inseguros como lo fueron antes, y que únicamente marchando por ese camino es como podrán resolverse todos los problemas humanos.

Verdad es que eso mismo decían los antiguos; que nuestros antepasados no eran imbéciles, y que entre ellos florecieron grandes talentos: eso mismo decían los hégelianos, según recuerdo, con no menos seguridad ni con menos aplauso de la multitud que se decía ilustrada y entre la que figuraban nombres que no desdecían de nuestros Hertzen, Stankevitch y Belinski.

Pero entonces ¿cómo explicar el fenómeno de que los sabios hayan profesado con tanta seguridad doctrinas tan falsas como absurdas, y que la multitud las acogiera con tanto entusiasmo? La única razón, la causa única

era la de que aquellas doctrinas justificaban á los hombres de los errores de su vida.

II

Un adocenado publicista inglés, cuyas obras, perfectamente nulas, ha olvidado todo el mundo, escribió un tratado sobre la población, en cuyo tratado consignó la imaginaria ley de que las substancias alimenticias no guardaban la relación debida con el incremento de la población, y estableciendo la ley al amparo de fórmulas matemáticas desprovistas de fundamento, la dio á luz. Dada la ligereza y la nulidad del libro, se debió suponer que no llamase la atención de nadie y que cayese en profundo olvido como todas las obras sucesivas del mismo autor; pero sucedió precisamente lo contrario, y aquel publicista llegó á adquirir gran reputación, que conservó cerca de medio siglo.

¡Malthus! ¡La teoría de Malthus! El incremento de la población siguiendo una progresión geométrica, en tanto que las substancias alimenticias seguían una progresión aritmética. ¡El remedio natural y racional significado por el decaimiento de la procreación! Toda una serie de verdades científicas, indudables, que no se demostraban y que servían, como axiomas, para demostraciones ulteriores. Esto, en cuanto á las personas ilustradas y de ciencia; pues en cuanto á la multitud, á la generalidad de las gentes ociosas, esos se limitaban á admirar humildemente las grandes leyes de Malthus. ¿Y cómo sucedió eso?

Debiera creerse que se trataba una teoría científica que nada de común tenía con los instintos de la multitud; pero sólo puede juzgarlo así quien se imagine que dicha ciencia tiene algo de independiente y de infalible como la Iglesia, y no quiera ver que no es otra cosa, en realidad, que una invención de gentes superficiales y descarriadas que no conceden importancia al fondo de las ideas, sino á la etiqueta de la ciencia.

Basta deducir las consecuencias prácticas de la teoría de Malthus, para ver que dicha teoría era la más aplicable al hombre con fines determinados. Las consecuencias que de ella se derivan directamente, son éstas:

La situación desgraciada de los obreros lo es en virtud de una ley inmutable, independiente de los hombres, y si hay algún culpable de ello, son los mismos obreros hambrientos. ¿Por qué los tontos vienen al mundo sabiendo que no tendrán que comer en él?

En favor de tan precioso resultado para la gente ociosa, todos los sabios cerrarán los ojos en lo que concierne á la irregularidad y á la arbitrariedad absolutas de semejantes conclusiones desprovistas de pruebas, en tanto que la multitud de las gentes de letras, es decir, de los ociosos, comprendiendo por instinto á donde conducen aquellas conclusiones,

adopta la teoría con entusiasmo, le imprime el sello de la verdad, ó lo que es lo mismo, el de la ciencia, y la sigue durante medio siglo.

¿No es ésta la causa que explica la seguridad de los heraldos del positivismo y la humilde sumisión de la multitud á lo que ellos predican? Parece extraño, á primera vista, que la teoría científica de la evolución pueda justificar á las gentes de su falsedad, y natural parece que no se ocupara sino en observar los fenómenos; pero todo eso no es más que pura apariencia.

Lo mismo acontecía con la doctrina de Hégel en proporciones más vastas que en particular con la doctrina de Malthus. El hegelianismo parecía no ocuparse más que en las construcciones lógicas sin relación alguna con la vida de los hombres, de igual modo que la teoría de Malthus parecía no tener otro objeto que los hechos estadísticos; pero repito que todo eso no era más que pura apariencia.

La ciencia contemporánea trata también de hechos únicamente, y los observa; pero ¿de qué hechos? ¿Por qué se ocupa en unos y no en otros?

Los secuaces de la ciencia contemporánea repiten á cada paso, solemnemente y con seguridad de expresión: «No estudiamos más que los hechos», y se imaginan que sus palabras tienen algún sentido. Estudiar únicamente los hechos resulta imposible, porque son *innumerables*, en el sentido propio de la palabra, los hechos dignos de estudio. Antes de estudiar los hechos, es preciso establecer una teoría según la cual se les estudie, es decir, que se eligen entre la masa innumerable de hechos, estos ó aquellos. Y tal teoría existe y está clara y explícitamente formulada, siquiera los secuaces de la ciencia contemporánea á veces lo ignoren, ó á veces finjan ignorarlo. Siempre sucedió lo mismo con todas las doctrinas reinantes y directoras. La teoría suministra siempre los elementos constitutivos de cada doctrina, y los llamados sabios no hacen más que descubrir las consecuencias ulteriores de aquellos elementos, una vez suministrados. De igual modo, la ciencia contemporánea eligió los hechos en conformidad con los elementos de una teoría que conocía á veces, que á veces no quiere conocer y que en ocasiones desconoce en absoluto. Y sin embargo, esa teoría existe.

III

Vedla aquí:

El género humano en su totalidad constituye un organismo vivo: los hombres son las diferentes partículas de órganos, cada uno de los cuales tiene su misión especial que sirve al organismo entero. Del mismo modo que las células, constituidas en organismo, se distribuyen el trabajo en la lucha por la existencia, desarrollando tal facultad, restringiendo tal otra y

formando órganos especiales para satisfacer mejor las necesidades de todo el organismo, y de igual manera que los animales sociables, como las hormigas y las abejas, dividen el trabajo, dedicándose la hembra á poner los huevos, los zánganos á fecundarlos y las abejas jóvenes á trabajar por la vida del enjambre, así también sucede con el género humano y con las sociedades humanas.

Para hallar la ley de la vida del hombre, es preciso estudiar las leyes de la vida y de la evolución de los organismos, y en esa vida y en esa evolución de los organismos, tropezamos con la ley de diferenciación y de integración; con la ley que determina que todo fenómeno soporte otras consecuencias además de la consecuencia inmediata; con la ley de la instabilidad, con la de la homogeneidad, etc., etc. Todo eso parece muy pueril; pero basta con deducir las consecuencias de todas esas leyes para comprender en seguida que esas leyes tienden al mismo fin que tendían las de Malthus.

Todas ellas tienen por objeto único hacer ver esa distribución de la actividad que existe en las sociedades humanas como organismo, es decir, con carácter necesario, y por consecuencia, para considerar la falsa situación en que nos encontramos los que nos hemos emancipado del trabajo, no á la luz de la razón y de la justicia, sino como un hecho inevitable que confirma la ley general.

La filosofía del espíritu justificaba la crueldad y la abominación; pero sólo de una manera filosófica y, por lo tanto, falsa, mientras que la ciencia demuestra todo eso de una manera científica, é indubitable por consiguiente.

¿Y cómo no acoger tan bella teoría? Basta considerar la sociedad humana como un campo de observación, para que yo pueda estar convencido de que mi actividad, cualquiera que sea la forma que adopte, es una actividad funcional del organismo del género humano, sin que necesite preocuparme de si es ó no justo que, al aprovecharme del trabajo de otro, haga yo únicamente lo que me plazca, ni si la división del trabajo entre la célula del cerebro y la de los músculos, es ó no equitativa. ¿Cómo no admitir, pues, una teoría tan seductora que permite guardarnos la conciencia en el bolsillo de una vez para siempre, y vivir una vida animal sin freno alguno, al amparo de un apoyo científico firmísimo, según nuestro tiempo?

Y ved de qué modo se fundamenta hoy, en esa doctrina nueva, la justificación de la ociosidad y de la crueldad de los hombres.

IV

Esta doctrina se abrió paso no hace aún mucho tiempo; hará unos cincuenta años, y fué su principal fundador el sabio francés Augusto Comte.

Augusto Comte, hombre á la vez sistemático y religioso, se apoderó, bajo la influencia de los descubrimientos fisiológicos de Bichat, completamente nuevos entonces, de la antigua idea, emitida ya por Menenio Agrippa, de que las sociedades humanas, y hasta la humanidad entera, pueden ser consideradas como un todo orgánico, y los hombres como partículas de órganos diferentes, cada uno de los cuales órganos tiene funciones determinadas y especiales cooperativas del organismo entero.

Agradó de tal modo esta idea á Augusto Comte, que se dedicó á edificar sobre ella un sistema filosófico, y tan lejos le llevó este sistema, que olvidó en absoluto que el punto de partida de su teoría no era otra cosa que un bello símil muy á propósito en un apólogo; pero que en manera alguna podía servir de base á una ciencia. Como sucede á menudo, Comte tomó por axioma una hipótesis que le sedujo, é imaginó luego que toda su teoría estaba edificada sobre cimientos sólidos.

Su teoría tiende á establecer que, siendo el género humano un organismo, no se puede saber lo que es el hombre ni cuales deben de ser sus relaciones con el mundo, si no se conocen las propiedades de aquel organismo. Para conocer estas propiedades, puede el hombre hacer observaciones sobre los demás organismos inferiores y sobre su vida, y obtener de ellos inducciones.

Así, pues, en primer lugar, el método verdadero y único de la ciencia, según Augusto Comte, es el método inductivo y toda la ciencia reconoce como base única la experimentación; y en segundo lugar, el objeto y la jerarquía de las ciencias constituyen una ciencia nueva: la del organismo imaginario del género humano, ó sea la sociología.

De este modo de considerar la ciencia en general, se derivaba que todas las ciencias anteriores eran falsas, y que toda la historia del género humano, desde el punto de vista de la evolución intelectual, se dividía, hablando propiamente, en dos periodos: el periodo teológico y metafísico que comprendió desde el principio del mundo hasta Augusto Comte, y el periodo actual, el de la ciencia única y verdadera, el positivismo que comenzó con Augusto Comte.

Todo eso era de una gran perfección y no reconocía más que un solo defecto, á saber: que todo el edificio estaba construido sobre arena, esto es, sobre la afirmación arbitraria é inexacta de que el género humano es un organismo. Dicha afirmación es arbitraria, en cuanto que no tenemos más derecho para admitir la existencia del organismo humano, no susceptible de observación, que para afirmar la existencia de cualquiera otro ser quimérico é invisible; y es inexacta en cuanto á que á la noción del género humano, ó sea á la noción de los hombres, vaya unida la idea de organismo, toda vez

que el género humano carece del carácter esencial de los organismos; esto es: de la sensibilidad ó de la conciencia[6].

Pero no obstante lo arbitrario y falso de la tesis fundamental de la filosofía positivista, los llamados sabios no han dejado de acogerla con entusiasmo.

Es de notar, á este propósito, que de las dos partes de la obra entera de Augusto Comte: filosofía positiva y filosofía político positiva, los sabios no acogieron más que la primera, la que justificaba, con nuevas razones deducidas de la experiencia, el mal existente en las sociedades humanas. En cuanto a la segunda parte, la que trata de los deberes morales del altruismo, deberes derivados de la asimilación del género humano á un organismo, tan poca importancia le concedieron, que la declararon nula y anticientífica.

Sucedió en esto lo mismo que con las dos partes de la obra de Kant. La crítica de la razón pura fué bien acogida por el mundo de los sabios; pero la crítica de la razón práctica, la que contiene la esencia de su moral, la rechazaron.

En la obra de Kant proclamaron, como científico, únicamente lo que justificaba el mal reinante.

Pero la filosofía positiva aceptada por el público, filosofía fundada en una teoría arbitraria y falsa, era inconsistente por sí misma y, por lo tanto, instable, y no hubiera podido subsistir por sí sola. Y he aquí que en el número de todos aquellos ociosos del pensamiento, entre los secuaces de aquella filosofía, surgió esta otra afirmación, también arbitraria y falsa, á saber: Que los seres vivientes, es decir, los organismos, se formaban los unos de los otros y no sólo uno de otro, sino uno de varios; esto es, que en un periodo de tiempo muy largo, al cabo de millones de años, por ejemplo, no solamente pueden descender de un común antecesor nuestro un ganso y un pez, sino que de un enjambre de abejas se puede formar un buey ú otro animal cualquiera. Y el mundo sabio acogió con favor todavía más grande tan arbitraria y falsa afirmación; arbitraria, en cuanto que nadie ha visto jamás cómo unos organismos engendran á los otros, razón por la cual la hipótesis del origen de las especies será siempre una hipótesis y nunca un hecho experimental; y falsa, por cuanto la solución del problema del origen

---

6 Decimos que el elefante y la bacteria son organismos, tan sólo porque suponemos en dichos «eres, por analogía, las mismas asimilaciones, las mismas sensaciones ó sea la misma conciencia que tenemos y sentimos nosotros; pero, en las sociedades humanas y en el género humano, no existe ese carácter esencial, y por lo tanto, aunque dejando á un lado ese carácter esencial encontremos otros caracteres que sean comunes al género humano y al organismo, no es justa U asimilación del género humano á un organismo.

(Nota del autor)

de las especies, por los principios de la sucesión y de la adaptación al medio en un período de tiempo infinitamente largo, no es en modo alguno una solución, sino una manera nueva de plantear el problema en otra forma.

En la teoría de Moisés, quedó establecida por la voluntad de Dios y por su poder infinito la variedad de las especies vivas; pero, en la teoría de la evolución, aquella variedad de seres vivientes es el resultado de la casualidad y de las diversas influencias de la sucesión y del medio en un periodo de tiempo infinitamente largo. La teoría de la evolución, hablando en términos muy claros, no afirma más que esto: que, en un periodo de tiempo infinitamente largo, de lo que queráis puede salir todo lo que queráis. El problema no ha sido, pues, resuelto: subsiste lo mismo aunque planteado de diferente modo: la voluntad ha sido sustituida por la casualidad, y el coeficiente de lo infinito ha sido llevado de la potencia al tiempo.

Pero esta nueva afirmación corrobora la de Augusto Comte, y, por otra parte, teniendo en cuenta la ingenua confesión del propio autor de la teoría darvinista, éste inspiró la idea de su sistema en la ley de Malthus y edificó sobre ella su teoría de la lucha de los hombres y de los demás seres vivientes por la existencia, como ley fundamental de todo ser animado. Pero no necesitaba más la turba de ociosos para su justificación.

Dos teorías instables, incapaces de tenerse en pie, se apuntalaban la una á la otra y adquirían las apariencias de la estabilidad. Ambas entrañaban esta conclusión, preciosa para la multitud: Los hombres no tienen la culpa del mal que existe en las sociedades humanas: el orden existente es precisamente el que debe existir. Y la nueva teoría fué aclamada por la multitud con una confianza y un transporte nunca vistos ni conocidos.

Y sobre estas dos tesis arbitrarias y falsas, aceptadas como dogmas, se elevó la nueva doctrina científica.

Spéncer, en una de sus primeras obras, la formulaba así:

«Las sociedades y los organismos se parecen:

En que, formados por pequeñas agrupaciones, acrecen insensiblemente su masa hasta alcanzar á veces un desarrollo seis mil veces mayor que el de su masa primitiva.

»2.o Que en tanto que, en su origen, es tal su estructura,-que se les puede considerar como desprovistos de ella, al desarrollarse toman una estructura que cada vez va siendo más complicada.

»3.º Que aun cuando en su periodo rudimentario primitivo apenas existe entre las partes dependencia alguna, ésta va estableciéndose gradualmente y de un modo recíproco, y acaba por ser tan sólida, que la actividad y la vida de cada parte no pueden existir sin la actividad y la vida de las demás.

«4.o Que la vida y el desarrollo de la sociedad son independientes de la vida y del desarrollo de cada una de las unidades que la forman, y duran mucho más tiempo: estas unidades nacen, se desarrollan, obran, se reproducen y mueren, en tanto que el cuerpo político, compuesto por esas unidades, continua viviendo una generación tras otra, desenvolviendo su masa, su actividad funcional y sus progresos».

Más adelante indica las diferencias de los organismos y de las sociedades; demuestra que esas diferencias son tan sólo aparentes, y añade que los organismos y las sociedades son semejantes en absoluto.

V

Todo hombre de buen sentido no puede menos de preguntarse:

—Pero ¿de qué habláis? ¿Cómo puede ser el género humano un organismo ó semejante á un organismo? Decís que las sociedades se asemejan á los organismos por esos cuatro caracteres; pero no es así. Os limitáis á tomar algunos caracteres del organismo, y en ellos embutís á las sociedades humanas.

Citáis cuatro caracteres de similitud, y luego tomáis los puntos diferenciales, los reducís á meras apariencias y deducís, en conclusión, que las sociedades humanas pueden ser consideradas como organismos.

Pero eso no es más que un juego de dialéctica perfectamente ocioso. Con igual razón puede introducirse lo que se quiera en los caracteres del organismo. Yo tomo lo primero que se me ocurre: una selva, por ejemplo, que se la siembra en la planicie y crece cada día más.

«1. º Formada en su origen por pequeñas agregaciones, acrece imperceptiblemente su masa, etcétera». Lo mismo sucede con los campos cuando se hacen en ellos plantaciones, que poco á poco se convierten en alto bosque.

«2. º Su estructura, sencilla en un principio, se complica cada vez más, etc.» Lo mismo le sucede á la selva: en un principio los abedules; después los sauces y los nogales que crecen derechos y que entrelazan luego sus ramas.

» 3. º La dependencia de las partes se hace tan sólida, que la vida de cada una de ellas depende de la vida activa de las demás, etc.» Lo mismo le ocurre á la selva: el peral da abrigo á los troncos de los arbustos: si lo cortáis, se helarán éstos. Las mojoneras abrigan del viento; los semilleros continúan las especies; los grandes árboles copudos prestan sombra, y la vida de un árbol depende de la de otro.

«4. º Los individuos pueden morir, pero el todo sobrevive». Igual le ocurre á la selva: ésta no llora por la pérdida de ningún árbol.

Al demostrar que podéis, con idéntica razón, y en virtud de esa teoría, considerar la selva como un organismo, os figuráis haber demostrado á los partidarios de la doctrina orgánica la falsedad de su definición; pero no hay nada de eso. La definición que dan del organismo es de tal modo inexacta, de tal manera amplia, que pueden hacer entrar en ella lo que quieran.

—Sí, —dirán, —-hasta la selva puede ser considerada como un organismo. La selva es la acción recíproca de individuos que se conservan el uno por el otro; un agregado cuyas partes pueden confundirse en una dependencia cada vez más estrecha, y que, como el enjambre de abejas, puede llegar á ser un organismo.

—Pero entonces —diréis —los pájaros, los insectos, las hierbas de esa selva que obran los unos en los otros y que se conservan los unos por los otros, ¿podrán ser considerados también como partes componentes, con los árboles, de un organismo único?

Y también lo admitirán. Todas las colecciones de seres animados obran las unas sobre las otras y se conservan las unas por las otras; luego pueden, según sus teorías, ser consideradas como organismos. Podéis afirmar la dependencia y la acción recíproca entre todo cuanto queráis, y afirmar, en virtud de la evolución, que, en un periodo de tiempo infinitamente largo, de aquello que queráis puede salir cuanto queráis.

Y lo más sorprendente es que esa misma filosofía positiva preconiza, como el único medio de llegar á la verdadera ciencia, el método científico determinado por ella, entendiendo por tal el sentido común.

Y ese sentido común la condena á cada paso. Desde que los papas comprendieron que nada de santos quedaba ya en ellos, empezaron á llamarse Padres santos.

Desde que la filosofía comprendió que nada de sensato quedaba ya en ella, empezó á llamarse lo que juzga que hay de más sensato, esto es, filosofía científica.

VI

La división del trabajo es la ley de todo lo existente, y así, debe regir á las sociedades humanas.

Posible es que así sea; pero surge esta pregunta: ¿Esa distribución del trabajo que ahora veo en la sociedad humana, es verdaderamente la que debe ser? Y si encuentro fuera de razón é injusta cualquiera distribución del trabajo, no habrá ciencia alguna en el mundo que pueda demostrarme y convencerme de que debe existir lo que yo considero injusto y falto de razón. La distribución del trabajo es una condición de la vida de los organismos y de las sociedades humanas; pero ¿qué es lo que en éstas se

debe considerar como distribución orgánica del trabajo? Por más que la ciencia estudie la distribución del trabajo en las células de los gusanos, sus observaciones no obligarán al hombre á reconocer como legítima una distribución del trabajo que rechacen su razón y su conciencia.

Por convenientes que sean los argumentos que suministra la división del trabajo en las células de los organismos observados, el que aun no haya perdido la razón dirá que un hombre no ha nacido para tejer indiana toda su vida, y que eso no es la división del trabajo, sino la opresión del hombre. Spéncer y otros aseguran que existen pueblos de tejedores y que, por consiguiente, el tejido resulta de una distribución orgánica del trabajo: los tejedores son, pues, un efecto de esa distribución. Pudiera decirse eso, si los pueblos de tejedores se hicieran por sí mismos; pero todos sabemos que no se hacen ellos, sino que los hacemos.

Trátase ahora de saber si hemos hecho á los tejedores siguiendo la ley orgánica ó cómo.

He aquí un grupo de gentes que viven y se sostienen como es costumbre en el campo. Un hombre instala una fragua y compone su carreta: llega un vecino suyo y le ruega que componga también la suya, ofreciéndole en cambio su trabajo ó dinero. Llegan luego un tercero, y un cuarto, y en aquella sociedad se establece una distribución del trabajo con motivo de la fragua. Otro hombre ha instruido bien á sus hijos: su vecino le lleva los suyos y le ruega que se los eduque lo mismo, y ahí tenéis un maestro.

Pero el herrero y el maestro han llegado á serlo y continúan siéndolo, únicamente porque les han rogado que lo sean, y continuarán en su oficio en tanto que se les ruegue que lo ejerzan. Si sucede que hay muchos herreros y muchos maestros ó que resultan innecesarios sus servicios, dejan al punto su oficio, como dicta el buen sentido, y como Ocurre siempre allí donde nada turba la regular distribución del trabajo, al dejar el oficio vuelven á la agricultura. Al hacer esto, obedecen á su razón y á su conciencia, y por eso nosotros, dotados de conciencia y de razón, convenimos en que es justa esa distribución del trabajo.

Pero si ocurre que los herreros tienen poder para obligar á otros á que trabajen para ellos y continúan forjando herraduras cuando no hay necesidad de ellas, y que los maestros siguen enseñando cuando no tienen discípulos á quienes enseñar, es evidente para todo ser dotado de razón y de conciencia como lo es el hombre, que aquello no es ya la división del trabajo, sino la usurpación del trabajo de otro. Y á eso es á lo que llama particularmente la filosofía la división del trabajo.

La causa de la miseria económica de nuestro tiempo está en lo que los ingleses llaman *overproduction*, ó sea exceso de producción, cuando

fabrican en cantidad excesiva objetos que no se sabe dónde colocar ó que nadie necesita.

Sería insólito que un zapatero, por ejemplo, creyese que las gentes estaban en el deber de alimentarlo porque él siguiera fabricando, sin darse punto de reposo, zapatos que aquéllas no necesitaran en mucho tiempo; pero ¿qué decir de esas gentes que no cosen, que no producen nada que sea útil para nadie, cuya mercancía no encuentra comprador, y que no piden con menos afán ni menos resueltamente, arguyendo sobre la división del trabajo, que se las mantenga bien y que se las vista mejor? Puede haber y hay hechiceros cuyos oficios son solicitados y de quienes se adquieren polvos y frascos; pero es difícil imaginar lo que sería de los brujos cuyos sortilegios á nadie aprovechasen y que pidieran atrevídamente que los mantuviesen. Esto es lo que pasa en el mundo y todo ello ocurre en virtud de esa falsa noción de la división del trabajo, que se apoya, no en la razón y en la conciencia, sino en la observación, división que los llamados sabios proclaman con tanta unanimidad. La división del trabajo ha existido siempre, y existe en efecto; pero no es justa más que cuando está basada en la razón y en la conciencia, y no en la observación. Y la conciencia y la razón de todos los hombres resuelven esa cuestión de una manera sencilla, segura y unánime de este modo: La división del trabajo es justa únicamente, cuando la actividad especial de un hombre es de tal modo necesaria á las gentes, que estas mismas, al reclamar sus servicios, le ofrecen espontáneamente alimentarlo en pago del servicio que les presta; pero cuando un hombre puede vivir, desde su infancia hasta los treinta años de edad, á expensas de los demás, prometiendo hacer algo útil, que nadie necesita, cuando haya aprendido á hacerlo, y cuando, desde los treinta años hasta que muere, puede vivir del mismo modo, prometiendo siempre hacer algo de lo que nadie necesita, eso no será la división del trabajo, sino la usurpación del trabajo de otro por el más fuerte, usurpación que tuvo en otro tiempo diferentes nombres; que los filósofos llamaron «las formas necesarias de la vida», y que hoy la filosofía científica llama «la división orgánica del trabajo».

La filosofía científica no tiene otra significación. Esa filosofía ha llegado á ser hoy la dispensadora de las patentes de ociosidad, por ser la que analiza y determina en sus templos lo que son la actividad parásita y la actividad orgánica del hombre en el organismo social. ¡Como si cada hombre no estuviera en estado de conocerlo por sí mismo de un modo más justo y más natural con sólo consultar á su razón y á su conciencia! Se les figura á los partidarios de la filosofía científica que no debieran existir dudas en este punto, puesto que la única actividad orgánica es la suya: ellos son los agentes de la ciencia y del arte, las células más preciosas del organismo: las del cerebro.

VII

Los seres racionales han distinguido siempre el bien del mal, desde que el mundo existe; aprovechándose de los esfuerzos de sus predecesores; luchando contra el mal; buscando el camino más recto y mejor, y avanzando por dicho camino. Y siempre encontraron ante sí, cerrándoles el paso, á los factores de la mentira con la pretensión de demostrarles que es preciso tomar la vida tal como ella es. Los seres racionales, á costa de esfuerzos y de luchas, se han ido emancipando de la mentira poco á poco, cuando he aquí que un nuevo personaje, el peor de todos, les intercepta el camino: ese personaje es la mentira científica.

Esa nueva mentira es, en el fondo, lo mismo que las antiguas: su objeto esencial es reemplazar la actividad de la razón y de la conciencia, que es la nuestra y la de nuestros antepasados, por otra cosa externa denominada observación, en la mentira científica.

El lazo de esta ciencia consiste en que, después de haber mostrado á los hombres las alteraciones más groseras de la actividad de la razón y de la conciencia, tiende á destruir en ellos la creencia en la razón y en la conciencia misma y á persuadirles que todo lo que se dicen á sí mismos, como todo lo que decían á los espíritus más privilegiados, la razón y la conciencia desde que el mundo existe, todo ello es condicional y subjetivo.

—Es preciso desechar todo eso, —dicen. —Por medio de la razón no se puede llegar al conocimiento de la verdad sin correr el riesgo de engañarse: hay otro camino más seguro de llegar á él, medio casi mecánico, y es el de estudiar los hechos.

Mas para estudiar los hechos es necesario tomar por base la filosofía científica; es decir, una doble hipótesis sin fundamento: el positivismo y la evolución que se dan por verdades indubitables. Y la ciencia reinante declara, con solemnidad engañosa, que no es posible la solución de los problemas de la vida sino por medio del estudio de la naturaleza, y especialmente del de los organismos. Y la juventud crédula, seducida por la novedad de este dogma, que la crítica no ha destruido ni siquiera tocado aún, se apresura á estudiar esos fenómenos en las ciencias naturales por ese único camino que según la ciencia reinante, puede conducir al esclarecimiento de los problemas de la vida. Pero cuanto más avanzan los jóvenes en ese estudio, más y más

lejos de ellos retrocede la posibilidad y hasta el deseo de resolver aquellos problemas; y cuanto más se acostumbran, no tanto á observar como á creer bajo la fe de su palabra en las observaciones de otro, en las células, en los protoplasmas, en la cuarta existencia de los cuerpos, etc., más oculto queda el fondo tras de la forma, y tanto más pierden la conciencia del bien y del mal y la facultad de comprender esas expresiones y determinaciones del

bien y del mal que el género humano ha elaborado en el curso de su vida entera. Cuanto más se asimilan esa jerga especial científica y esos términos condicionales que no tienen sentido alguno general y humano; cuanto más se enredan en el laberinto de observaciones que nada esclarecen, tanto más pierden la facultad de pensar independientemente y la de comprender el pensamiento de otro, humano y espontáneo, que se encuentra fuera de su talmud. Pero lo peor es que pasan sus mejores años en desacostumbrarse de la vida, es decir, del trabajo; en habituarse á considerar como legítima su situación; en convertirse en parásitos incapaces de un esfuerzo físico cualquiera; en dislocarse el cerebro, y en acabar por ser los eunucos del pensamiento. Y á medida que acrece su estupidez, adquieren tal confianza en sí mismos que los aleja de toda posibilidad de reintegrarse á la simple vida del trabajo, al pensamiento sencillo, claro y humano. La división del trabajo existe, y existirá siempre, sin duda alguna, en la sociedad humana; pero la cuestión, para nosotros, no es el saber si existe y existirá, sino el saber cómo hacer que sea justa. Tomar por criterio la observación es, por ese mismo hecho, rechazar todo criterio: cualquier distribución de trabajo que veamos y que nos parezca justa, la encontraremos justa, en efecto; que es á lo que conduce la filosofía científica preponderante. ¡La división del trabajo!

Los unos están dedicados al trabajo intelectual y espiritual; los otros, al trabajo físico muscular... ¡Con qué seguridad afirman esto!... Ellos prefieren pensar y creen que con ello realizan un cambio de servicios absolutamente justo.

Pero tanto hemos perdido de vista el deber por efecto de nuestra ceguera, que hasta hemos olvidado á nombre de qué realizamos nuestro trabajo, y que hemos hecho de ese mismo pueblo, a quien quisiéramos servir, el objeto de nuestra actividad científica y artística. Lo estudiamos y lo describimos por gusto y para distracción nuestra y nos hemos olvidado de que no lo debemos estudiar y describir, sino servir. Todos hemos perdido de vista el deber que nos incumbe: tampoco hemos observado que lo que intentábamos hacer en el dominio de las ciencias y de las artes, lo han hecho ya otros, y que nuestro lugar estaba ocupado. Sí: mientras que disputábamos, bien sobre la generación espontánea de los organismos, bien sobre el espiritismo; ahora sobre la forma de los átomos, luego sobre la pangénesis, después sobre el protoplasma, etc., el pueblo reclamaba su alimento espiritual, y los frutos secos de la ciencia y del arte, bajo la dirección de especuladores á quienes no guiaba más que el incentivo de la ganancia, suministraron y suministran al pueblo ese alimento espiritual.

Ved ahí que, desde hace cuarenta años en Europa y unos diez en Rusia, se deslizan por millones los libros, los cuadros y las canciones; que se abren librerías y que el pueblo mira, canta y recibe un alimento espiritual que no

procede de nosotros á quienes correspondía dárselo; y nosotros que de tal modo justificamos nuestra ociosidad, lo presenciamos cruzados de brazos. Pero no debemos seguir con los brazos cruzados, porque va á faltarnos la última justificación. Somos especialistas: cada uno de nosotros tiene su función particular: somos el cerebro del pueblo: él nos sostiene y nosotros le enseñamos; pero ¿qué le hemos enseñado y qué seguimos enseñándole? Él ha estado esperando años y décadas y siglos, y nosotros discutíamos, nos instruíamos el uno al otro, y nos divertíamos olvidando completamente al pueblo; y tanto lo habíamos olvidado, que otros han debido enseñarle y distraerle sin que ni siquiera en esto fijáramos la atención. Hemos hablado tan inconsideradamente de la distribución del trabajo, que hemos dado, sin reparo alguno, como única excusa, los pretendidos servicios que hemos prestado á nuestro pueblo.

VIII

La ciencia y el arte se han reservado el derecho á la ociosidad y al goce de los trabajos de otro, y han fracasado en su misión. Y el fracaso proviene tan sólo de que sus adeptos, apoyándose en el principio falsamente extendido de la división del trabajo, se han arrogado el derecho de usurpar el trabajo de otro: han perdido el sentimiento de su misión al proponerse como objetivo, no el interés del pueblo, sino el interés de la ciencia y del arte, y se han dejado arrastrar á la ociosidad y á una depravación menos sensual que intelectual.

Dicen:

—La ciencia y las artes han prestado grandes servicios al género humano.

Es cierto; pero no porque los adeptos á la ciencia y al arte vivan á costa del pueblo trabajador amparados por la división del trabajo, sino á pesar de eso.

La república romana no fué poderosa porque sus ciudadanos tuviesen la facultad de no hacer nada, sino porque había en ella muchos valientes, y lo mismo pasa con la ciencia y con las artes. Si la ciencia y las artes han prestado grandes servicios al género humano, no es porque sus adeptos antes y ahora hayan tenido la posibilidad de emanciparse del trabajo, sino porque ha habido genios que, sin usar de esa facultad, han hecho progresar al género humano.

La clase de sabios y de artistas que, apoyándose en una falsa distribución del trabajo, reclama el derecho de usurpar el trabajo de otro, no puede asegurar la expansión de la verdadera ciencia ni del arte verdadero, porque la mentira no puede producir la verdad.

Tal es la idea que tenemos formada de nuestros representantes favoritos, debilitados en el trabajo intelectual, que nos admira y extraña la idea de ver á un sabio ó á un artista labrando las tierras ó acarreando estiércol. Nos parece que todo se habría perdido; que toda su ciencia quedaría sepultada en el terruño; que las grandes imágenes artísticas que en el cerebro lleva concebidas, olerían á estercolero, y tan acostumbrados estamos á eso, que no nos parece extraño ver al servidor de la ciencia, es decir, al servidor y maestro de la verdad, obligar á que los demás hagan para él lo que él pudiera hacer por sí mismo y pasarse él la mitad de su tiempo en comer bien, en fumar, en hablar, en murmurar del liberalismo, en leer periódicos y novelas, y en frecuentar los teatros: no nos parece extraño ver á nuestro filósofo en el café, en la comedia, en el baile, ni encontrarlo en compañía de esos artistas que dulcifican y ennoblecen nuestras almas, y que pasan su vida en beber, en jugar á las cartas, en frecuentar las casas de trato, ó en otras cosas peores.

Las ciencias y las artes son cosas muy bellas; pero, justamente porque son bellas, es preciso no afearlas aliándolas de un modo forzado á la depravación, es decir, emancipándolas del deber que tiene todo hombre de subvenir con el trabajo de su vida á la vida de otro.

—La ciencia y las artes hacen progresar al género humano.

Sí; pero no porque los adeptos á la ciencia y á las artes se libren, al amparo de la división del trabajo, del deber humano más necesario y más indubitable: el de trabajar con sus propias manos en la lucha común del género humano con la naturaleza.

—Pues precisamente esa división del trabajo que libra á los sabios y á los artistas del cuidado de preparar sus alimentos, es lo que ha hecho posible ese maravilloso progreso de las ciencias, que vemos en nuestro tiempo,—objetarán algunos.—Si todos hubiéramos de arar la tierra, no hubiéramos obtenido esos *grandiosos* resultados que obtiene nuestra época; esos progresos *milagrosos* que han aumentado de tal modo el poder del hombre sobre la naturaleza; esos descubrimientos que c*autivan de tal modo el espíritu humano* y aseguran la navegación: no habría ni vapores, ni caminos de hierro, ni puentes *admirables*, ni túneles, ni motores de vapor, ni telégrafo, ni fotografía, ni teléfono, ni máquinas de coser, ni fonógrafos, ni electricidad, ni teléfonos, ni telescopios, ni espectroscopios, ni microscopios, ni cloroformo, ni cura de Lissner ni ácido fénico.

No enumero todo aquello de que se enorgullece nuestro siglo. Esa enumeración y esos transportes de entusiasmo ante sí mismo y ante las propias proezas se los encuentra en casi todos los periódicos y en todos los libros populares. Esos transportes se reproducen con tanta frecuencia, que estamos todos convencidos de que la ciencia y las artes no han florecido

nunca tanto como hoy; y todas esas maravillas se las debemos á la división del trabajo; ¿á qué negarlo?

Supongamos que el progreso de nuestro siglo sea en verdad grandioso, admirable, milagroso: supongamos que somos unos mortales tan felices, que vivimos en época extraordinaria; pero tratemos de evaluar esos progresos, no según el entusiasmo que nos producen, sino según el principio que busca su justificación en dichos progresos: el de la división del trabajo.

Confesamos que todos esos progresos son admirables; pero, por una casualidad desgraciada, que los mismos sabios hacen constar, esos progresos no han mejorado hasta hoy, antes bien han empeorado, la situación del mayor número, esto es, la del pueblo trabajador.

Si el trabajador puede ir en camino de hierro en vez de ir á pie, ese camino de hierro le incendió su monte, le quitó su trigo en sus barbas y lo sumió en un estado parecido á la esclavitud, supeditándolo al capitalista.

Si, gracias á los motores de vapor y á las máquinas, puede adquirir el trabajador por módico precio una indiana algo fuerte, esos motores y esas máquinas le han quitado el dinero ganado con su trabajo, y lo han reducido á la esclavitud absoluta, supeditándolo al fabricante.

Si tiene teléfonos, telescopios, versos, novelas, teatros, bailes, sinfonías, óperas, galerías de cuadros, etc., no ha mejorado por eso la vida del trabajador, porque todo lo enunciado resulta inasequible para él, por efecto de esa misma desgraciada casualidad.

Así es que, hasta el presente, y los hombres de ciencia convienen en ello, todos esos progresos extraordinarios, todas esas maravillas de la ciencia y del arte, en nada han mejorado la vida del trabajador y tal vez la hayan empeorado. , Ahora bien: si medimos la realidad de los progresos obtenidos por las ciencias y las artes, no por el entusiasmo que nos inspiran, sino por el principio en que se apoya la división del trabajo, ó sea el interés del pueblo trabajador, veremos que carece de fundamento sólido ese entusiasmo que sentimos y á que voluntariamente nos entregamos.

El mujik tomará el camino de hierro; la mujer comprará la indiana; se tendrá en la isba una lámpara en vez de una tea y el mujik encenderá la pipa con una cerilla, todo lo cual es más cómodo, pero ¿con qué derecho he de decir que el ferrocarril y las fábricas han prestado un servicio al pueblo?

Si el mujik toma la vía férrea, compra la lámpara, la indiana y los fósforos, es únicamente porque nadie se lo impide; pero todos sabemos que la construcción de los caminos de hierro y de las fábricas no ha tenido nunca por objeto el interés del pueblo. ¿Por qué, pues, aducir como pruebas de

servicios hechos al pueblo por esos establecimientos las comodidades accidentales de que puede hacer uso el trabajador?

No hay mal que no produzca algún bien. Tras un incendio, puede uno calentarse y encender la pipa con un tizón; pero ¿se deberá decir por eso que el incendio es útil?

IX

Los amigos de la ciencia y del arte podrían decir que su actividad es útil al pueblo, si se propusieran servir á éste en vez de servir, como lo hacen, al gobierno y á los capitalistas. También podríamos decirlo nosotros, si tuviesen por objetivo el interés del pueblo; pero no sucede así. Todos los sabios están abstraídos ejerciendo de sacrificadores: descubren los protoplasmas, las análisis espectrales de los astros, etc.; pero ¿qué hacha es la mejor hacha? ¿Qué hoz es la más cómoda? ¿Cómo se amasa mejor el pan? ¿Con qué clase de harina? ¿Dónde encontrarla? ¿Cómo calentar el horno? ¿Cómo construir las cocinas? ¿Qué alimentos, qué bebidas tomar? ¿Qué vajilla es la más cómoda y la más económica en condiciones determinadas? ¿Qué setas se pueden comer y cómo cultivarlas? ¿Cómo prepararlas más fácilmente? De nada de eso se cuida la ciencia, y sin embargo, *ése es su objeto*.

Sé que, por esencia, la ciencia debe ser inútil, es decir, sólo la ciencia para la ciencia; pero ese es un efugio evidente. El objeto de la ciencia es servir á los hombres. Hemos inventado el telégrafo, el teléfono y el fonógrafo; pero ¿qué hemos mejorado en la vida, en el trabajo del pueblo? Hemos contado dos millones de pequeños escarabajos. ¿Hemos domesticado un solo animal desde los tiempos bíblicos en que nuestras especies estaban domesticadas hacía ya mucho tiempo? El alce, el ciervo, la perdiz, el estornino y la ortega de los bosques aun siguen en estado salvaje. Los botánicos han encontrado la célula, y en las células el protoplasma, y en el protoplasma algo, y en este algo otra cosa todavía. Estos descubrimientos es evidente que no terminarán pronto porque no tienen fin, y por eso carecen de tiempo los sabios para ocuparse en cosas de utilidad para el pueblo. De ahí que, desde los tiempos del antiguo Egipto y de la Judea, en que se cultivaban el trigo y las lentejas, hasta nuestros días, no se haya descubierto ninguna planta nueva, excepto la patata, que haya venido á aumentar la alimentación del pueblo, y la patata no la debemos á la ciencia. Se han inventado los torpedos, los aparatos do-simétricos, etc.; pero la rueca, el bastidor para tejer, el torno para hilar, la carreta, el hacha, el trillo, el rastrillo, la aportadera, la garrucha del pozo, siguen lo mismo que en los tiempos de Rurik, y si algo ha sufrido ligera modificación, no se la debe á los hombres de ciencia.

Lo mismo ocurre con el arte.

Hemos elevado una multitud de personas al rango de grandes escritores, y los hemos pasado por el tamiz, y hemos amontonado las críticas sobre sus trabajos, y los críticos sobre las críticas, y las críticas sobre las críticas de críticas: hemos reunido galerías de cuadros, y hemos estudiado minuciosamente las diversas escuelas del arte, y tantas y tales son las sinfonías y las óperas, que nos es difícil ya recordarlas; pero ¿qué hemos añadido á nuestras leyendas populares, á nuestros cuentos y á nuestras canciones? ¿Qué cuadros le hemos dado al pueblo? ¿Qué música? En Nikolskoya se publican libros y se hacen cuadros para el pueblo y en Tula harmónicas; pero ni aquí ni allá hemos contribuido á nada.

Lo más chocante y más evidente es la falsedad de la tendencia de nuestra ciencia y de nuestras artes, especialmente en esos dominios en que, por su objeto mismo, ciencia y artes parece que deberían ser de utilidad al pueblo, y en que, por efecto de su falsa tendencia, se muestran más bien perjudiciales que útiles. El ingeniero, el médico, el profesor, el pintor, el escritor, por su misma especialidad, parece que deberían servir al pueblo; pero ¿en qué? Gracias á la tendencia actual, únicamente pueden causarle perjuicios.

El ingeniero y el mecánico necesitan del capital para trabajar. Sin capital nada pueden hacer. Sus conocimientos son de tal índole que, para aplicarlos, les es necesario capital, en grandes cantidades, y la explotación del trabajador, y esto sin contar con que ellos están acostumbrados á gastar de mil quinientos á dos mil rublos al año, por lo menos, y que no pueden ir, por consiguiente, á un pueblo donde nadie tiene medios para remunerarlos de ese modo: la naturaleza misma de su ciencia los hace imposibles para servir al pueblo. El ingeniero puede determinar por cálculos matemáticos el arco de un puente; calcular la potencia de un motor, etc.; pero, ante las simples necesidades del trabajador, se halla á obscuras. ¿Cómo mejorar las condiciones del arado y de la carreta? ¿Cómo atravesar un arroyo? Todo eso corresponde á las condiciones de existencia del trabajador, y de todo eso el ingeniero no entiende una palabra, ni lo comprende siquiera: el último mujik sabe más que él de semejantes cosas. Dadle talleres con muchos operarios, haced venid máquinas del extranjero, y entonces él dará instrucciones; pero, dadas las condiciones de un trabajo común á millones de personas, encontrar los medios de facilitar el trabajo, eso ni lo sabe ni puede saberlo, porque sus estudios, sus costumbres y sus necesidades lo separan de tal misión.

Peor aun es la situación del médico. Toda su ciencia está combinada de modo que no pueda tratar sino á las personas que no hagan nada. Necesita un número considerable de cosas caras, de instrumentos, de medicinas, de condiciones higiénicas. Ha estudiado con los profesores eminentes de la capital, cuyos clientes pueden cuidarse en la clínica ó adquirir las máquinas

necesarias para servirse de ellas en su casa: pueden dejar en cualquier momento el norte por el mediodía, ó ir á tal ó cual establecimiento balneario. Su ciencia es tal, que cualquier médico de distrito se queja de la carencia de recursos para atender al pueblo trabajador, demasiado pobre para asegurar al enfermo condiciones higiénicas; y ese mismo médico declara con sentimiento que carece de hospitales y que no puede obtener buenos resultados, falto como está de practicantes. ¿Y qué prueba todo esto? Prueba que la mayor desgracia del pueblo, en el que se engendran, propagan y perpetúan las enfermedades, es la falta de recursos necesarios á la vida. Y he ahí como la ciencia, bajo la bandera de la división del trabajo, llama á sus combatientes en socorro del pueblo.

La ciencia médica ha concentrado todos sus esfuerzos en las clases ricas: se ha impuesto por tarea asistir á las personas que pueden procurárselo todo, y pretende cuidar, por los mismos medios, alas que carecen de todo; pero faltan los recursos y ¿de dónde tomarlos? Del pueblo que está enfermizo, contaminado y exhausto. Y los defensores de la medicina popular van diciendo que el desarrollo del mal es menor ahora. Es evidente que se desarrolla menos porque si, lo que no quiera Dios, hubiese veinte médicos, comadronas y practicantes por distrito, como ellos quieren, en vez de dos, la mitad del distrito sucumbiría bajo el peso del cuerpo médico que habría que sostener, y pronto no quedaría nadie á quien asistir.

La adaptación de la ciencia al pueblo, de que hablan los defensores de aquélla, ha de verificarse de una manera muy distinta, y esa adaptación, tal como debe ser, no ha empezado todavía: empezará cuando el hombre de ciencia, ingeniero ó médico, cese de considerar legítimo exigir por sus honorarios, no ya cientos de miles de rublos, sino mil ó quinientos rublos; cuando viva en medio de los trabajadores, en las mismas condiciones de existencia que éstos y aplique su saber á las cuestiones de mecánica, higiene y medicina populares.

Pero hoy la ciencia, que se nutre á expensas del pueblo trabajador, ha olvidado por completo las condiciones de existencia de ese pueblo ó las ignora, y se irrita al ver que sus conocimientos especulativos no tienen aplicación en el pueblo.

El dominio de la medicina, como el de la higiene, se halla aún inexplorado. Las cuestiones relativas á la mejor manera de vestir, de calzar, de resistir la humedad, el frío, de lavarse, de alimentar á los niños y de fajarlos ó envolverlos, etc., conforme á las condiciones de existencia del pueblo trabajador, aun no han sido planteadas ni resueltas.

Lo mismo sucede con la pedagogía. Hoy, como antes, la ciencia ha arreglado las cosas de manera que no pueden adquirir instrucción más que

los ricos, y que el profesor, como el ingeniero y como el médico, se fija involuntariamente en el dinero.

Y no puede ser de otro modo, porque una escuela modelo (por regla general, cuanto mejor organizada para enseñar está una escuela, más cara resulta), con bancos atornillados, esferas amulares, mapas, biblioteca, métodos para los discípulos, profesores y pasantes, exige tal gasto, que para hacer frente á él sería necesario duplicar los impuestos. Eso es lo que la ciencia pide.

El pueblo tiene necesidad de dinero para atender á sus trabajos, y tanto más lo necesita cuanto más pobre es.

Dicen los defensores de la ciencia:

—La pedagogía presta ya grandes servicios al pueblo y con el tiempo se desarrollará y los prestará mejores.

Sí; y cuando se desarrolle y en vez de veinte escuelas por distrito haya ciento, todas ellas científicas, y el pueblo tenga que pagarlas, se empobrecerá más aún, y necesitará todavía más del trabajo de sus hijos.

— ¿Qué hacer entonces?—preguntan.

El gobierno fundará escuelas; decretará la enseñanza obligatoria como en Europa; pero los recursos los tendrá que facilitar el pueblo, como en todas partes; y el pueblo sufrirá cada vez más, y descansará menos, y la instrucción forzosa no será verdadera instrucción. Hay un verdadero camino de salvación: que el profesor viva en las mismas condiciones que el trabajador y enseñe en cambio de la retribución que se le dé libre y espontáneamente.

X

Tal es la tendencia falsa de la ciencia que la desvía de su misión, que consiste en servir al pueblo.

Pero esa falsa tendencia no se evidencia en nada tan visiblemente como en la actividad del arte que, por su índole, debiera ser accesible para el pueblo. La ciencia puede invocar aún la excusa estúpida de que trabaja para sí misma y que, cuando los sabios la hayan desarrollado, se hará accesible al pueblo; pero el arte debe ser accesible para todos, y más aun para aquellos en cuyo nombre se ejerce. Y nuestro arte, tal como es, acusa gravemente á sus adeptos de que no saben, ni pueden, ni quieren servir al pueblo.

El pintor, para la ejecución de sus grandes obras, tiene necesidad de un estudio ó taller en que cabrían cuarenta zapateros ó carpinteros, cómodamente, en tanto que hoy lo hacen en malas cuevas, helados de frío

ó ahogados de calor. Pero no es eso todo: necesita el auxilio de la naturaleza, de la indumentaria y de los viajes. Se derrochan millones para dar impulso á las artes, y los productos de esas artes no son asequibles ni necesarios al pueblo.

Los músicos, para expresar sus grandes ideas, necesitan reunir doscientos hombres esmeradamente vestidos y luciendo corbatas blancas, y el vestuario y atrezzo de una ópera cuentan centenares de miles de rublos. Y las producciones de este arte no pueden provocar en el pueblo, suponiendo que alguna vez alcance á gozar de ellas, más que inquietud y fastidio.

Los escritores y los autores parece que no debieran necesitar ni talleres ni naturaleza, ni orquesta ni cantores; pero el escritor, el autor, aparte de una habitación confortable y de las delicias de la vida, necesita para la ejecución de sus grandes obras hacer viajes, ver palacios, estudiar gabinetes, frecuentar bibliotecas, gozar del arte, hacer visitas, concurrir á teatros y á conciertos, tomar baños, etc., etc, Si no ganan por si mismos el dinero necesario para atender á sus gastos, se les pensiona para que escriban mejor. Y luego, esas obras que tan caras resultan, siembran el hambre entre el pueblo y no le sirven de nada.

Pero ¿qué sucedería si, como dicen los amigos de las ciencias y de las artes, se multiplicasen los productores del alimento espiritual y fuese necesario crear en cada pueblo talleres, organizar orquestas, mantener á los escritores en las condiciones de existencia que los adeptos del arte juzgan precisas? Creo que los trabajadores prescindirían pronto y para siempre de las sinfonías, de los versos y de las novelas, con tal de no tener que mantener á tanto ocioso.

Y después de todo, ¿qué necesidad tienen los pueblos de semejantes artistas? No hay isba que no tenga sus esculturas y sus imágenes: no hay mujik ni mujer que no cante: muchos poseen una harmónica: todos cuentan historias y recitan versos, y la mayor parte leen.

¿Cómo, pues, se ha establecido tal desacuerdo entre dos cosas hechas la una para la otra, tan complementarias como la cerraja para la llave, y que no se vea la posibilidad de unirlas?

Decid á un pintor que pinte cuadros de cinco kopeks, prescindiendo de tener estudio, ni indumentaria, ni contemplar la naturaleza, y os contestará que prefiere renunciar al arte, tal como él lo comprende. Decidles al poeta y al escritor que prescindan de componer poemas y de escribir novelas y que se concreten á coleccionar cantos populares, leyendas y cuentos accesibles á la gente indocta, y os contestarán que estáis loco.

El pueblo se utilizará de las ciencias y de las artes cuando los hombres de ciencia y los artistas, viviendo entre el pueblo y como el pueblo, sin

reivindicar derecho alguno, ofrezcan á ese pueblo sus servicios, y cuando dependa de la voluntad del pueblo remunerarles ó no.

Dícese que la actividad de las ciencias y de las artes ha contribuido al progreso del género humano, entendiendo por actividad lo que hoy así se denomina, lo cual es como decir que la agitación desordenada que impide la marcha de un buque en dirección determinada, contribuye al movimiento de ese buque; cuando no hace otra cosa que perjudicarle. La división del trabajo, que ha llegado á ser en la época actual la condición de la actividad de la ciencia y del arte, ha sido y sigue siendo la causa principal de la lentitud con que progresa el género humano.

La prueba de ello es que todos los partidarios de la ciencia reconocen que los beneficios que ésta y las artes producen no son accesibles á las masas trabajadoras por efecto de la mala distribución de las riquezas. La irregularidad de esta distribución, lejos de atenuarse á medida que las ciencias y las artes adquieren mayor vuelo, se va agravando más. Dichos partidarios afectan sentir y lamentar vivamente esa desgraciada circunstancia, independiente de su voluntad; pero esa circunstancia desgraciada ha sido provocada por ellos, por cuanto la irregularidad en la distribución de las riquezas no reconoce otro origen que la teoría de la distribución del trabajo, preconizada por los partidarios de la ciencia y del arte.

La ciencia proclama la división del trabajo como ley inmutable: ve que la distribución de las riquezas, que descansa en la distribución del trabajo, es injusta y hasta funesta, y afirma que su actividad, que proclama la susodicha división, conducirá á los hombres á la felicidad.

Sigúese de esto que los unos usurpan el trabajo de los otros; pero que, si lo usurpan por mucho más tiempo y en proporciones más considerables, cesará esa injusta distribución de riquezas, ó lo que es lo mismo, la usurpación del trabajo ajeno.

Figurémonos ver á unos hombres colocados junto á un manantial cuya fluidez acrece sin cesar, dedicados á impedir que se acerquen á él los que padecen sed, diciéndoles que son ellos los que producen aquella agua y que pronto quedará estancada en cantidad suficiente para que todo el mundo beba, y figurémonos que el agua corre y corre incesantemente sin detenerse ni estancarse saciando la sed de todo el género humano. Lo que ocurre es que el agua no se produce por la actividad de los hombres que rodean el manantial, como ellos aseguran, sino que corre y se esparce á lo lejos, á pesar del esfuerzo de aquellos hombres por detener su curso.

Siempre existieron una ciencia y un arte verdaderos, y fueron verdaderos no porque así se titularan. A los que pretenden ser representantes de la ciencia y del arte en una época determinada, les parece que han realizado,

realizan y, sobre todo, que realizarán pronto, en el acto mismo, cosas admirables, milagrosas, y que antes que ellos no existían ni la ciencia ni el arte. Así ha ocurrido con los sofistas, con los escolásticos, con los alquimistas, con los cabalistas, con los talmudistas, y así ocurre hoy con los partidarios de la ciencia para la ciencia y del arte para el arte.

XI

—Pero ¡la ciencia! ¡El arte!... ¿Negáis la ciencia y el arte? ¿Es decir que negáis aquello por lo cual vive el género humano?

Tal es siempre, no la réplica, sino el subterfugio de que se valen para rechazar mis argumentos sin examinarlos.

— ¡Niega la ciencia! ¡Niega el arte! ¡Quiere retrotraer á los hombres al estado salvaje! ¿A qué, pues, discutir con él?

Eso es injusto. No tan sólo no niego la ciencia ni niego el arte, sino que en nombre de la verdadera ciencia y del verdadero arte digo lo que digo. Y lo que digo, lo digo únicamente para hacer posible al género humano su salida de ese estado salvaje en que le precipita la falsa ciencia de nuestros tiempos.

La ciencia y el arte son tan necesarios á los hombres, y quizá más necesarios aún, que el comer, el beber y el vestir; y tan necesarios son, no porque hayamos decidido que lo sean, sino porque lo son realmente.

Si á los hombres les presentaran heno para" saciar su apetito animal, lo rechazarían, por más que se les dijera que aquel era el alimento que necesitaban, é inútil fuera que se les dijese:

— ¿Por qué no comes heno, siendo así que éste es el alimento que te hace falta?

El alimento es necesario, pero puede ocurrir que lo que al hombre se le ofrezca no sea tal alimento.

Y eso es precisamente lo que ocurre con nuestra ciencia y con nuestro arte. Nos parece que si á una palabra griega le añadimos las terminaciones *logia ó grafía*, y á eso le llamamos ciencia, será ciencia, en efecto, y que si á cualquier cosa obscena, como á una danza de mujeres desnudas, le damos por denominación una palabra griega *coreografía*, y decimos que eso es el arte, arte ha de ser precisamente; pero, por más que digamos que el contar los insectos, el analizar la composición química de las estrellas de la vía láctea, el pintar las ninfas de las aguas y los cuadros de historia y el escribir novelas y sinfonías constituye la ciencia y el arte, no lo será en tanto que como tal ciencia y tal arte no lo juzguen y acojan aquellos para quienes lo hemos hecho, y hasta hoy no lo han acogido en manera alguna,

Si solamente á unos les estuviera permitido producir los alimentos y prohibido á todos los demás, ó éstos se vieran en la absoluta imposibilidad de producirlos, imagino que se rebajaría la clase y condición de los alimentos, y que si el monopolio de ellos residiera en los aldeanos rusos, no habría para el consumo del género humano más que el pan negro, la sopa de coles y el kvas, que es lo que más frecuentemente comen y lo que más les gusta.

Y lo mismo sucedería con la actividad superior humana de las ciencias y de las artes, si el monopolio le estuviese reservado á una sola clase; pero con una diferencia: el alimento corporal no puede ser muy desnaturalizado: el pan y la sopa, aunque no son alimento delicado, se comen sin dificultad; en tanto que el alimento espiritual puede ser desnaturalizado en grande escala. Hay quienes pueden digerir durante mucho tiempo alimentos espirituales inútiles, indigestos y hasta ponzoñosos; hay hasta quienes pueden intoxicarse con el opio y con el alcohol intelectuales, y ése es el alimento que le ofrecen á las masas.

Sí, eso es lo que ha sucedido entre nosotros; y ha sucedido porque la situación de los partidarios de la ciencia y del arte en nuestro tiempo y en nuestro mundo es privilegiada, y porque la ciencia y el arte representan, no la total actividad intelectual de todo el género humano consagrando sus mejores fuerzas á la ciencia y al arte, sino la actividad de un pequeño grupo de personas que han hecho de ello un monopolio y que se llaman los iniciados en la ciencia y en el arte, cuya noción desnaturalizan y que, habiendo perdido el sentimiento de su misión, se ocupan únicamente en arrancar de su penoso fastidio al pequeño círculo de ociosos en cuyo centro viven.

XII

Los hombres habían comprendido siempre la ciencia en su sentido más sencillo y más amplio. La ciencia, es decir, el conjunto de todos los conocimientos adquiridos por el género humano, ha existido y existe siempre, y sin ella es imposible la vida. A esa ciencia no es ya posible atacarla ni defenderla. Pero es tan variado el dominio de la ciencia general del linaje humano, desde el arte de explotar una mina de hierro hasta el conocimiento de cómo se mueven los astros, que el hombre se pierde, como en un laberinto, en esa multiplicidad de conocimientos actuales y en su *infinidad*, si no tiene un hilo conductor que le permita coordinarlos y clasificarlos, según el grado de su importancia y significación. Antes de empezar á estudiar cualquier cosa, debe decidir si el objeto de su estudio es de importancia para él, más importante y más necesario que los otros objetos de estudio innumerables de que está rodeado. Antes de estudiar un objeto, debe, pues, decidir el hombre por qué estudiará aquél y no otros;

pero estudiarlos todos, como los partidarios de la filosofía científica proclaman en nuestro tiempo, sin considerar lo que resultará de aquel estudio, es cosa absolutamente imposible, porque el número de - objetos para estudiar es *infinito*, y algunos de los objetos que estudiásemos no tendrían ninguna importancia ni significación alguna.

Por eso en los antiguos tiempos, y aun en los modernos hasta la aparición de la filosofía científica, la sabiduría superior de la humanidad consistía en encontrar el hilo conductor que permitiese coordinar las ciencias y determinar las que eran de primera importancia y las que no© tenían sino una importancia secundaria. Y esta ciencia, reguladora de todas las otras, fué llamada por todos la ciencia por excelencia, Tal ciencia existió siempre, antes de nuestra época, en las sociedades humanas desprendidas de la barbarie primitiva. Desde que el mundo existe han aparecido sabios en todos los pueblos que elaboraban la ciencia por excelencia, la ciencia de saber lo que más le importa al hombre conocer. Esta ciencia tenía siempre por objeto determinar el destino, y por lo tanto, el verdadero bien de cada uno en particular y de todos en general. Esta era la ciencia que servía de hilo conductor para establecer la importancia respectiva de todas las demás; era la ciencia de Confucio, de Budha, de Sócrates, de Mahoma y de otros; la ciencia como la comprendía y la comprende todo el mundo, excepto nuestro circulo de los llamados sabios. No sólo había ocupado siempre esta ciencia el primer lugar, sino que era la única que determinaba la importancia de todas las otras, y lo ocupaba, no porque los sacrificadores falaces, maestros en dicha ciencia, le atribuyesen tal significación, como creen los pretendidos sabios de nuestro tiempo, sino porque efectivamente, como pueden todos reconocerlo por la experiencia interior y por el razonamiento, sin la ciencia del destino y del verdadero bien del hombre, no puede existir ninguna otra, por ser *infinito* el número de los objetos susceptibles de estudio (Subrayo la palabra *infinito* tomándola en su sentido propio). Sin esta ciencia es imposible hacer una elección acertada, y todas las demás ciencias y todas las artes se convierten, como se han convertido entre nosotros, en una diversión perjudicial y ociosa.

El género humano, desde su origen, ha vivido con la ciencia del destino y del verdadero bien de los hombres. Verdad es que, para un observador superficial, esta ciencia del verdadero bien parece diferente entre los budhistas, brahmines, judíos, cristianos, confucianos y musulmanes; pero donde quiera que veamos á los hombres sacudir su estado salvaje, allí encontraremos esa ciencia,

Pero he aquí que de repente surgen en nuestros días hombres que aseguran y establecen que aquella ciencia, reguladora hasta aquí de todas las ciencias humanas, lo obstruye todo.

Trátase de construir un edificio: un arquitecto presenta el primer plano, otro arquitecto un segundo plano y otro, además, un tercero. Los tres planos coinciden en lo esencial y sólo se diferencian en algún detalle; así es que, en opinión de todos, el edificio quedará sólidamente edificado, observando en su ejecución cualquiera de los tres planos presendos. Pero he aquí que llegan personas que aseguran que lo esencial para la construcción es prescindir de planos y que se edifique *así*, á simple vista; y á este *así* le llaman filosofía científica, la más exacta. Niegan toda la ciencia al negar la averiguación del destino y del verdadero bien de los hombres; y á esta negación de la ciencia le dan el nombre de ciencia.

La humanidad ha producido, desde que existe, grandes talentos, quienes, á vueltas con las exigencias de la razón y de la conciencia, se han preguntado:

— ¿En qué consiste el bien, el destino y el bien, no únicamente el mío, sino el de cada hombre? ¿Qué quiere de mí la fuerza que me ha engendrado y que me impulsa, y qué quiere de cada uno de los demás? ¿Qué debo hacer para llenar los deberes que me imponen el interés particular y el interés general?... Yo soy un todo—se han dicho—y una partícula de algo inmenso, infinito. ¿Cuáles son mis concomitancias con las partículas semejantes á mi, que son los demás hombres, y con el todo, que es el mundo?

' Y atentos á la voz de su conciencia y de su razón como á los descubrimientos hechos por sus antecesores y sus contemporáneos, que se habían formulado las mismas preguntas, dedujeron aquellos grandes talento3 doctrinas sencillas, claras, accesibles para todos y eminentemente prácticas.

A esos hombres se les encuentra en todas las filas, desde la primera hasta la última; de tales hombres está lleno el mundo. Todo el que vive se pregunta cómo podrá conciliar su aspiración hacia la vida individual con la conciencia y la razón: y por medio de ese trabajo común se elaboran con lentitud, pero sin interrupción, nuevas formas de la vida más en armonía con las exigencias de la razón y de la conciencia.

XIII

Surge de pronto una nueva casta de hombres que dicen:

—Todo eso son bagatelas. Hay que dar de lado á todo eso. Eso es el método deductivo del entendimiento (Nadie ha podido comprender aun en qué consiste la diferencia entre la deducción y la inducción). Esas son las fórmulas del periodo teológico y metafísico.

Todo lo que los hombres han descubierto por el camino de la experiencia interior; lo que se han transmitido los unos á los otros respecto á la ley de su vida (de su actividad funcional, como dicen en su jerga), todo lo que desde el comienzo del mundo han hecho por ese camino los grandes espíritus del género humano, todo son bagatelas sin importancia alguna.

De esta nueva doctrina resulta lo siguiente: Sois una célula, pero, como veis, al propio tiempo que célula, sois una actividad funcional rigurosamente determinada que no solamente observáis, sino que sentís en vuestro interior: sois una célula pensante é inteligente y, por lo tanto, le podéis preguntar á otra célula parlante si siente también lo mismo que sentís y confirmar de ese modo, una vez más, vuestra experiencia; podéis aprovecharos ó utilizaros de lo que las células parlantes que antes que vos han existido, han elaborado sobre el mismo punto, y tenéis millones de células cuya conformidad con las células que han consignado por escrito sus pensamientos confirma vuestras observaciones; pero todo eso no tiene importancia alguna; todo eso procede de un método falso y malísimo.

Y he aquí, ahora, cuál es el método científico, el único verdadero: Si queréis conocer vuestro destino y vuestro verdadero bien, el destino y el verdadero bien del género humano en general y de cada hombre en particular, debéis, ante todo, dejar de escuchar la voz y las exigencias de la conciencia y de la razón que se manifiestan en vos y en cada uno de vuestros semejantes: debéis dejar de creer en todo lo que dicen los grandes maestros del género humano acerca de la razón y de la conciencia, considerar todo eso como bagatelas y comenzar de nuevo. Y, para comprenderlo todo, debéis examinar con el microscopio los movimientos de los microbios y de las células en los gusanos, ó lo que es más sencillo, creer lo que os digan acerca de ello los adeptos, provistos de una patente de infalibilidad. Y observando los movimientos de esos microbios y de esas células, ó leyendo lo que otros hayan observado, atribuiréis á esas células sentimientos humanos; determinaréis luego lo que desean; hacia dónde corren; cuáles son sus costumbres, y de esas observaciones (de las que cada palabra contiene un error de expresión ó de pensamiento) deduciréis, por analogía, lo que sois y cuál es vuestro destino y en qué consiste vuestro verdadero bien, y lo mismo respecto á las células semejantes á la vuestra. Para conoceros, debéis estudiar, no solamente el gusano que veáis, sino las substancias microscópicas que distinguís apenas, y las transformaciones sucesivas de los seres que nadie ha visto nunca y que vos no veréis ciertamente jamás. Lo mismo ocurre con el arte. ¡El arte!... En donde está la verdadera ciencia, está siempre su expresión.

Los hombres veían, desde que existen, en la expresión de las diferentes ciencias la principal expresión del destino y del verdadero bien del hombre, y la expresión de esta ciencia era el arte en el sentido estricto de la palabra.

Desde que el mundo existe, hubo siempre naturalezas vibrantes, apasionadas por el problema de la dicha y del destino del hombre, que expresaron en el salterio ó en la lira, por la palabra ó por la imagen, su lucha y la lucha humana contra las mentiras que los desviaban de su verdadera misión, y expresaron sus sufrimientos en esa lucha y sus esperanzas en el triunfo del bien, y sus desesperaciones cuando el mal triunfaba, y sus éxtasis al sentir inminente la victoria definitiva del bien.

Desde que los hombres existen, el verdadero arte, altamente apreciado por ellos, no era otra cosa que la expresión de la ciencia del destino y del verdadero bien del hombre.

Siempre, hasta estos últimos tiempos, el arte se consagraba al estudio de la vida y entonces era apreciado por los hombres, sobre todo lo demás.

Pero al mismo tiempo que á la ciencia verdadera del destino y del verdadero bien substituía la ciencia de todo lo que uno quiere, el arte desaparecía con aquélla, por cuanto es una parte de la actividad humana.

El arte ha existido en todos los pueblos y existirá mientras que lo que llamamos religión sea mirado como la ciencia única. En nuestro mundo europeo, el arte se refugió en la iglesia, y fué el arte verdadero en tanto que ésta representó la ciencia del destino y del verdadero bien y que su doctrina fué considerada como la ciencia verdadera; pero, desde que el arte salió de la Iglesia para dedicarse á la ciencia y que la ciencia se dedicó á cualquier cosa, el arte perdió toda su importancia, y á pesar de sus derechos testimoniados por su antigua gloria y de la absurda afirmación del arte para el arte, que únicamente prueba que hemos perdido el sentimiento de su misión, el arte se ha convertido en un oficio que proporciona á las personas sensaciones agradables, y que se confunde fatalmente con las artes coreográfica, culinaria, capilar y otras, cuyos adeptos se llaman artistas, con el mismo título que los poetas, los pintores y los músicos de nuestro tiempo.

Si miras detrás de ti, verás en un periodo de millares de años y en la masa de millares de millones de personas que han vivido, emergir algunas decenas escasas de Confucios, de Budhas, de Solones, de Sócrates, de Salomones, de Sénecas y de Horneros. Verdad es que hubo pocos de ellos entre los hombres, siquiera entonces el género humano entero, y no una sola casta, contribuyese á formar á aquellos verdaderos sabios y verdaderos artistas, productores del pasto espiritual. No en vano los estimó tanto la humanidad, y los sigue estimando todavía.

Pero hoy se dice, por los que lo dicen, que todos aquellos grandes maestros antiguos de la ciencia y del arte no son ya necesarios. Hoy, los maestros de la ciencia y del arte cabe fabricarlos en virtud de la ley de la división del trabajo, y hemos fabricado en diez años más que los que han nacido entre los hombres desde el principio del mundo. Hoy tenemos la

corporación de los sabios y de los artistas, que nos prepara, siguiendo un procedimiento perfeccionado, todo el pasto espiritual que el género humano necesita, y esa corporación lo prepara en tan gran cantidad, que ya no tenemos precisión de invocar á los predecesores antiguos ni modernos. Hay que barrer de nuestra inteligencia y de nuestra memoria la actividad del periodo teológico y metafísico: la verdadera y razonable actividad vio la luz hará unos cincuenta años, y durante esos cincuenta años hemos fabricado tantos hombres grandes, que se cuentan lo menos diez por cada ciencia, y hemos creado tantas ciencias (verdad es que se las ha creado, como dijimos, con gran facilidad, añadiendo á una palabra griega las terminaciones *logia* ó *grafía* y dando á la palabra compuesta el título de ciencia), hemos creado tantas ciencias, que no bolo le es imposible á un hombre conocerlas ya, sino que hasta le es imposible retener en la memoria la nomenclatura de las existentes, pues bastaría á formar, por sí sola, un gran diccionario, no obstante lo cual, siguen creándose todos los días ciencias nuevas.

Han hecho nuestros llamados sabios lo que aquel profesor finlandés que enseñaba á los niños la lengua de Finlandia en vez de la francesa. La enseñaba perfectamente; pero, por desgracia, excepto yo, nadie la comprendía y tocios dijeron que aquello eran inútiles bagatelas.

Eso, por otra parte, puede explicarse también de este modo: Si los hombres no comprenden toda la utilidad de la filosofía científica, es porque aun se hallan bajo la influencia del periodo teológico, de aquel periodo pretérito en que el pueblo entero, y lo mismo entre los judíos que entre los chinos, lo mismo entre los indios que entre los griegos, comprendían todo cuanto les decían sus grandes maestros.

Pero, cualesquiera que fuesen las causas, el hecho es que las ciencias y las artes existieron siempre, y que mientras verdaderamente existieron, fueron necesarias y accesibles á todos los hombres. Nosotros producimos algo á que damos el nombre de ciencias y de artes, pero resulta que ese algo que producimos no es necesario ni accesible á los hombres, y de ahí que, por lindas que sean las cosas que producimos, no tenemos el derecho de darles el nombre de ciencias y de artes.

XIV

—Pero eso que hacéis—me dirán—no es más que dar otra definición más restringida de la ciencia y del arte, definición en desacuerdo con la ciencia: la actividad científica y artística fué siempre la misma y sigue siendo la misma que tuvieron los Galileo, los Homero, los Bruno, los Miguel Ángel, los Beethoven y todos los sabios y artistas de igual ó de menor cultura que sacrificaron su vida á la ciencia y al arte y que fueron y siguen siendo los bienhechores del género humano.

He ahí lo que se dice y se redice, tratando de olvidar el nuevo principio en que se apoyan la ciencia y el arte para reivindicar hoy una situación privilegiada, y lo que nos permite decidir, con pruebas y en escala cierta, si la actividad que toma el nombre de ciencia y de arte tiene ó no el derecho de enorgullecerse así.

Cuando los sacrificadores de Egipto ó de Grecia

elaboraban sus misterios, ignorados de la multitud, y decían que aquellos misterios contenían en sí toda la ciencia y todo el arte, yo no hubiera podido comprobar, por sus servicios prestados al pueblo, la verdad de su ciencia, de aquella ciencia que se apoyaba, según ellos decían, en lo sobrenatural; pero hoy tenemos una definición muy precisa y muy clara de la actividad de la ciencia y del arte, definición que excluye todo lo sobrenatural: la ciencia y el arte se enderezan á consagrar la actividad del cerebro del género humano al servicio de la sociedad ó del género humano en su totalidad.

Esta definición de la ciencia y del arte por la doctrina nueva, es absolutamente justa; pero, desgraciadamente, la actividad de las ciencias y de las artes actuales no se compagina con ella. Los unos producen cosas nocivos; los otros, cosas inútiles, y los demás cosas indiferentes que no convienen más que á los ricos. No abrigan los propósitos consignados en su definición, y tienen, por lo tanto, tan poco derecho á considerarse los representantes de la ciencia y del arte, como un clérigo pervertido, que no llenase los deberes por él contraídos, tendría en considerarse como el depositario de la verdad divina.

Y es evidente la causa por la cual los actuales partidarios de la ciencia y del arte no han realizado ni pueden realizar su misión: no la realizan, porque han convertido en derechos sus deberes.

La actividad científica y artística, en el verdadero sentido de la palabra, es únicamente fecunda, cuando se reconoce tan sólo deberes y no derechos. Solamente por ser así y porque tal es su naturaleza, estima en tan alto precio su actividad el género humano. Los seres que estén llamados á servir á los demás por medio de un trabajo espiritual, no verán en ese trabajo más que un deber, y lo cumplirán á pesar de las dificultades, las privaciones y los sacrificios.

El pensador y el pintor no deben cernerse en la serenidad de las alturas olímpicas, como hemos dado en creer: el pensador y el pintor deben sufrir con los hombres para salvarlos y para consolarlos, y sufren más porque viven en una inquietud, en una agitación perpetuas: podrían descubrir y expresar lo que diese á los hombres la felicidad; lo que los librase de sus sufrimientos; lo que los consolase; pero aun no han descubierto nada; no han expresado nada en tal sentido, y mañana quizá sea demasiado, tarde,

porque habrán muerto. Por eso serán siempre el sufrimiento y el sacrificio el premio del pensador y del artista.

El pensador y el pintor no serán los que, educados en un establecimiento en que se tiene el encargo de formar el sabio ó el pintor (y en el que, hablando con propiedad, forman un destructor de la ciencia ó del arte), reciban el diploma ó título de garantía, sino los que, sin haber querido pensar en ello ni expresar lo que sienten en sus almas, no puedan dejar de hacerlo obligados por la presión de dos fuerzas insuperables: el impulso interior y la necesidad de los hombres.

No hay pensadores ni artistas bien alimentados, gordos, ni satisfechos de sí mismos: la actividad espiritual y su expresión realmente necesaria á los demás, es la misión más penosa del hombre, la cruz, como se dice en el Evangelio, y el síntoma único, inevitable de la vocación real es la abnegación, el sacrificio de sí mismo para manifestar la fuerza puesta en el hombre que tiene la misión de ser útil á otros. No se forma sin un gran esfuerzo el fruto espiritual.

Dar á conocer el número de cochinillas que hay en el mundo, examinar las manchas del sol, escribir novelas y óperas, puede hacerse sin sufrir; pero enseñar á los hombres su verdadero bien, renunciando por completo á sí mismo y sacrificándose por el prójimo, no se puede hacer sin gran abnegación.

Cristo no murió en vano en la cruz, ni los mártires sufren en vano por el triunfo de su causa.

Pero nuestra ciencia y nuestro arte están garantidos, galardonados con diplomas y títulos y todos tienen, además, el cuidado de garantirlos mejor haciéndolos cada vez menos adaptables al servicio de los hombres.

Existen dos caracteres indubitables de la verdadera ciencia y del verdadero arte: el primero, interior, es que el servidor de la ciencia y el del arte cumplen sus deberes con abnegación y no por interés; y el segundo, exterior, es que la obra del servidor de la ciencia ó del arte sea accesible á todos los hombres cuyo bien tiene presente.

Allí donde los hombres coloquen su destino y su verdadero bien, allí será la ciencia el estudio de ese destino y de ese bien verdadero, y SI arte la expresión de dicho estudio. Lo que entre nosotros se llama la ciencia y el arte es el producto de espíritus y de sentimientos ociosos que tienen por objeto halagar espíritus y sentimientos no menos ociosos; son ciencia y arte incomprensibles que nada dicen al pueblo, porque no han tenido en consideración para nada el bien del pueblo.

XV

Por mucho que se remonten nuestros conocimientos acerca de la vida de la humanidad, encontramos siempre, y por todas partes, una doctrina dominante que toma el falso nombre de ciencia y que vela á, los hombres el sentido de la vida, en vez de descubrírselo. Así sucedió entre los griegos con los sofistas; luego á los cristianos con los místicos; á los gnósticos con los escolásticos; á los judíos con los cabalistas y los talmudistas, y así por todas partes hasta nuestros días. ¡Qué dicha más especial la de vivir en una época privilegiada en la que esta actividad intelectual que se llama ciencia no incurre en el error, y se halla, según aseguran, en camino de verdadero progreso! ¿Provendrá, acaso, esa dicha especial de que el hombre no puede ni quiere ver su fragilidad? Pero ¿por qué no han quedado más que palabras de todas aquellas ciencias sofistas, cabalísticas y talmudistas, y nosotros somos tan especialmente dichosos? Los síntomas son los mismos; igual contento de sí propio, la misma ciega seguridad que nosotros; pero nosotros, nosotros estamos en el camino cierto, y es para nosotros, únicamente para nosotros, para quienes empieza el presente. Pero esta expectación en que estamos de algo extraordinario que descubriremos pronto, muy pronto, rasga el velo de nuestros errores no menos que ese mismo síntoma principal: la sabiduría reside en nosotros; la masa del pueblo no la comprende, no la aprovecha, ni tiene necesidad de comprenderla ni de aprovecharla.

Nuestra situación es muy grave; pero ¿por qué no mirarla de frente?

Ya es tiempo de que nos corrijamos y nos juzguemos. No somos más que eruditos y fariseos que nos hemos sentado en el solio de Moisés; que hemos arrebatado las llaves del reino de los cielos, y que no queremos entrar en ellos ni dejar que los demás entren. Nosotros, los sacrificadores de la ciencia y del arte, somos los peores embusteros y tenemos menos derecho á nuestra situación privilegiada que los sacrificadores más trapaceros y más malvados, puesto que nada la justifica.

Los sacrificadores podían aspirar á su situación; decían que le enseñaban á la gente el camino de la vida y de la salvación; pero nosotros los hemos substituido y no enseñamos á los hombres ni aun el camino de la vida: es más, reconocemos que no es necesario enseñarles nada: lo único que enseñamos á nuestros hijos es nuestro propio talmud ó sea la gramática grecolatina, para que puedan continuar á su vez esta misma vida de parásitos que nosotros llevamos.

Decimos ahora:

—Había castas y ya no las hay.

Pero ¿qué significación tiene ese aserto siendo así que los unos trabajan y los otros no?

Haced venir á un indio ignorante de nuestra lengua y hacedle ver la vida europea y la nuestra, y reconocerá las dos castas principales que existen en su país, perfectamente distintas: la de los trabajadores y la de los que no trabajan; y en este país como en el suyo, el derecho de no trabajar, consagrado por un privilegio particular que denominamos la ciencia y el arte, y, en general, la instrucción.

Y he ahí como esa instrucción, con la atrofia de la razón que es consecuencia de ella, nos ha conducido a esta singular demencia de espíritu que hace que no echemos de ver lo que es tan claro y tan indudable.

XVI

Pero ¿qué hacer? ¿Qué es lo que debemos hacer?

Esta pregunta, que implica la confesión de que nuestra vida es mala é ilegítima, y además la excusa de no poderla enmendar nunca, esta pregunta la he oído y la oigo por todas partes.

He consignado mis sufrimientos, mis investigaciones, las respuestas que me he dado á esta pregunta. Soy un hombre como los demás, y si por algo me distingo de otro hombre ordinario de nuestro círculo, es, en primer lugar, porque he contribuí-do más que él á formar la falsa doctrina di nuestro mundo: he recibido más elogios de los adeptos á la doctrina imperante y por eso me he pervertido más que los otros y he seguido el camino errado.

Y por esa razón espero que la solución del problema que he encontrado para mí, satisfaga á todos los hombres sinceros que se hayan hecho ó se hagan la misma pregunta.

Ante todo, á la pregunta « ¿Qué hacer?» me he contestado: No mentir á los demás ni á mí mismo, y no temer la verdad condúzcame adonde quiera.

Todos sabemos lo que es mentir á los demás y no tememos mentirnos á nosotros mismos, siendo así que la peor mentira, la mentira más cínica echada á otro no es nada, en sus consecuencias, comparada con la mentira que se echa uno á sí mismo, puesto que amoldamos á ella nuestra vida.

De esta mentira hay que guardarse mucho para contestar á la pregunta « ¿Qué hacer?»

Y, en efecto, ¿cómo responder á esta pregunta « ¿Qué hacer?» cuando todo lo que hago, cuando mi vida entera reconoce por base la mentira, cuando yo presento esa mentira, como si fuera la verdad, á los demás y á mí mismo? No mentir en ese sentido es no temer la verdad; es no imaginar

ni acoger los efugios imaginados por los hombres para ocultarse uno á sí mismo las obligaciones de la razón y de la conciencia; es no tener miedo á romper con los que nos rodean, para permanecer fiel á esa conciencia y á esa razón; es no temer el estado á donde la verdad pueda conducir, en la convicción de que, por horroroso que ese estado sea, no puede serlo tanto como el que reconoce por base la mentira. No mentir, en nosotros, personas privilegiadas, trabajadores del pensamiento, es no temer la comprobación.

Quizá sea tan grande tu deuda que no puedas pagarla; pero, por grande que sea, todo es preferible á seguir siendo insolvente. Por mucho que hayas avanzado por el mal camino, todo es preferible á avanzar por él un paso más. La mentira echada á los demás no pasa de ser incómoda. Todo se resuelve mejor y más pronto por la verdad que por la mentira. La mentira echada á los demás embrolla las cosas y retrasa su solución; pero la mentira que uno se echa, erigida en verdad, pierde nuestra vida entera.

Si el hombre, metido en mal camino, lo considera como el verdadero, cada paso que da por él lo aleja de su objetivo; si ese hombre, después de haber avanzado mucho por tan falsa vía, se percata u oye decir que va descaminado, y se asusta de verse ya tan lejos y trata de convencerse de que continuando por ella es posible que llegue á dar con el buen camino, jamás llegará á dar con éste.

Si el hombre se desanima ante la verdad; si al ver ésta no la reconoce; si considera la mentira como la verdad, entonces jamás sabrá lo que debe hacer. Nosotros, los hombres ricos, privilegiados y, según dicen, instruidos, tan internados nos hallamos en la falsa ruta, que necesitamos, ó mucha audacia ó sufrir muchos contratiempos y disgustos en esa falsa ruta para volver sobre nosotros mismos y reconocer la mentira en que vivimos.

Yo, gracias á los sufrimientos que pasé en el falso camino que seguía, reconocí la mentira de nuestra vida, y al reconocer que iba equivocado, concebí la audacia de ir, al principio solamente con el pensamiento, por donde me llevaran la razón y la conciencia, sin considerar por dónde me llevarían; y he obtenido la recompensa de mi audacia.

Todos los fenómenos de la vida, que me rodeaban, complicados, discordantes y confusos, se esclarecieron súbitamente, y mi situación, antes extraña y penosa, hízose de pronto natural y cómoda.

Y ya en esta nueva situación, surgió mi actividad bajo su verdadera forma, no la de antaño, sino una actividad nueva, mucho más tranquila, mucho más grata y alegre. Lo que antes me espantaba, empezó á atraerme. Por eso creo que el que se pregunte sinceramente: « ¿Qué hacer?» y al contestarse no se engañe á sí mismo y vaya á donde la razón le lleve, tendrá decidida la cuestión.

Con tal de que no se mienta á sí mismo, sabrá cómo, dónde y qué hacer.

XVII

Una cosa que puede entorpecer la investigación es el falso orgullo y la alta opinión de sí mismo y de su situación, y eso me pasó á mi, y por eso la segunda respuesta, derivada de la primera, á la pregunta «¿Qué hacer?» consiste para mí en humillarme en toda la acepción de la palabra, ó sea en apreciar de otra manera distinta mi situación y mi actividad; en reconocer, en vez de la utilidad y de la importancia de mi actividad, su peligro y su flaqueza; en vez de mi instrucción, mi ignorancia; en lugar de mi bondad y de mi moralidad, mi inmoralidad y mi dureza, y en vez de mi grandeza, mi pequeñez.

Digo que, además de la obligación de no mentirme necesitaba humillarme, porque aunque la una cosa es derivación de la otra, estaba tan arraigada en mí la falsa idea de mi grandeza, que hasta que no me humillé sinceramente, hasta que no rechacé tan falsa opinión de mí mismo, no podía ver bien toda la extensión de la mentira en que vivía. Únicamente cuando me humillé, cuando dejé de considerarme como un hombre aparte y me vi igual *á todos* los hombres, fué cuando vi claro el camino.

Hasta entonces no había podido contestar á la pregunta: « ¿Qué haré?» pregunta que, á la verdad, no estaba hecha en debida forma.

Antes de humillarme, me la había formulado de este modo:

« ¿Qué actividad elegir para mí, para un hombre que ha recibido la instrucción y la enseñanza que yo he recibido? ¿Cómo compensar, por medio de esa instrucción y esa enseñanza, lo que he tomado y tomo del pueblo?»

La pregunta estaba mal hecha, por cuanto entrañaba la falsa idea de que yo no era un hombre como los demás, sino un ser aparte, llamado á servir á las gentes con mi instrucción y mi talento, fruto de una práctica de cuarenta años. Yo me hacía la pregunta, pero, en el fondo, la tenía contestada previamente porque ya tenía determinado el género de actividad que más me agradaba y más me impelía á servir á los hombres. Hablando con propiedad, me preguntaba:

— ¿Cómo yo, tan buen escritor, que he adquirido tantos conocimientos científicos, he de emplearlos en interés del pueblo?

Y ved aquí cómo debe hacerse la pregunta, cómo se le podría hacer á un rabino sabio que hubiese estudiado el Talmud y hubiese aprendido el nombre de las letras de todos los libros santos y todas las filigranas de su ciencia: ved aquí cómo debí formularla, tanto para mí como para el rabino.

—¿Qué haré yo que, por mi condición desgraciada, he pasado los mejores años escolares estudiando gramática, geografía, ciencias jurídicas, retórica

y práctica, historia, lengua francesa, sistemas filosóficos, el piano y ejercicios militares, en vez de endurecerme en la fatiga; yo, que he empleado los mejores años de mi vida en ocupaciones ociosas y estragadas? ¿Qué debo hacer, á pesar de esas desgraciadas condiciones de mi pasado, para liquidar mi deuda con esas gentes que durante todo ese tiempo me han alimentado y vestido y que aún siguen alimentándome y vistiéndome?

Si, después de humillado, se me hiciera la pregunta: « ¿Qué debe hacer un hombre tan pervertido?» la respuesta sería fácil.

—Esforzarse, ante todo, en sostenerse honradamente; es decir: aprender á no vivir á costa ajena, y una vez aprendido, servir á los demás en toda ocasión con manos, pies, cerebro y corazón en todo y por todo lo que los hombres necesiten.

Por eso digo que además de la obligación de no mentirse á sí mismo ni mentir á los otros, el hombre de nuestro círculo necesita humillarse, despojarse del orgullo que despiertan en nosotros la instrucción, la educación y el talento; reconocerse, no como un bienhechor del pueblo, ó como el que se digna compartir con el pueblo el tesoro de sus conocimientos adquiridos, sino como un culpable, como un hombre pervertido é inútil que desea corregirse y, sin hacerle bien, dejar únicamente de ultrajarle y de injuriarle.

Oigo decir con frecuencia á jóvenes que están en desacuerdo con mi teoría:

— ¿Y qué debo yo hacer para ser útil, ahora que he terminado mis estudios en la Universidad ó en otro establecimiento?

Esos jóvenes preguntan, pero en el fondo de sus almas sienten el orgullo que les causa la instrucción que han recibido y que desean servir al pueblo con ella. Por eso se guardarán mucho de examinar sincera, honrada y escrupulosamente lo que ellos llaman su instrucción, y de preguntarse si es buena ó si es mala; pero, si lo hacen, renegarán de ella y volverán á estudiar de nuevo, que es lo que necesitan.

Esos jóvenes no pueden contestar á la pregunta « ¿Qué hacer?» porque, para ellos, la pregunta debe hacerse de este otro modo:

—¿Cómo yo, abandonado é inútil, que por mi desgraciada condición he perdido los mejores años de mi vida en el estudio del talmud científico, estudio que pervierte el alma y el cuerpo, cómo puedo corregirme de mi error y hacerme útil á los hombres?

Pero he aquí cómo se la hacen ellos:

— ¿Cómo yo, que he adquirido tantas ciencias hermosas, me haré útil á los hombres por medio de ellas?

De ahí que ninguno de esos hombres responderá jamás á la pregunta « ¿Qué hacer?» en tanto que no se haya humillado. Y la penitencia no es terrible como no lo es la verdad, sino alegre y provechosa. Basta acoger sinceramente la verdad y humillarse con toda franqueza, para comprender que no hay nadie que tenga ni pueda tener en el mundo y en la vida derechos, ventajas ni caracteres distintos; que por el contrario los deberes no tienen ni fin ni límites, y que el primero, el más indubitable deber del hombre, es el de su participación en la lucha con la naturaleza en pro de su vida y de la vida de los demás.

XVIII

Y este conocimiento del deber del hombre es lo que constituye el fondo de la tercera respuesta á la pregunta:

« ¿Qué hacer?»

Yo me esforzaba en decirme la verdad y en arrancar de mi corazón los últimos vestigios de la falsa idea que tenía de la importancia de mi instrucción y de mi talento, humillándome francamente; pero una nueva dificultad me impidió aún satisfacer la pregunta: « ¿Qué hacer?» Debía hacer tantas cosas diferentes, que necesitaba una indicación sobre lo que debería hacer con preferencia á lo demás, y esa indicación la encontré en el sincero arrepentimiento del mal en que vivía.

« ¿Qué hacer, qué hacer más especialmente?» Esto es lo que todos preguntan y lo que yo me pregunté también, hasta que me di cuenta de que, no obstante la alta idea que había formado de mi misión, el primero y más ineludible de mis deberes era el de alimentarme, vestirme, calentarme y abrigarme por mí mismo, y luego servir á mi prójimo, porque desde la creación del mundo ése ha sido el primero y el más ineludible deber de todo hombre.

En efecto, cualquiera que sea la misión que el hombre se asigne: gobernar un pueblo; defender á sus compatriotas; celebrar el culto; enseñar á los demás; inventar medios para hacer más agradable la vida; descubrir las leyes del universo; encarnar las virtudes eternas en las formas del arte, etc., el deber que se impone á un hombre razonable de tomar parte en la lucha contra la naturaleza para asegurar su vida y la de otros, será siempre el primero y el más ineludible de sus deberes.

Este deber es el primero de todos porque nada le es más necesario al hombre que su vida, y le es preciso conservarla para defender á los demás hombres, enseñarles y hacerles más dulce la existencia, en tanto que mi

alejamiento de la lucha y mi usurpación del trabajo de otro constituían un atentado mortal contra la vida ajena. Por eso resulta insensata la pretensión de querer servir la vida de los hombres; y no es posible decir que yo presto servicio á la humanidad si con mi género de vida la perjudico ostensiblemente.

La lucha contra la naturaleza para conquistar los medios de existencia, será siempre el primero y el más ineludible de los deberes del hombre, porque ese deber es la misma ley de la vida cuya violación arrastra detrás de sí, como castigo inevitable, la destrucción de la vida, sea corporal, sea razonable, del hombre. Cuando éste se emancipa del deber de luchar, viviendo solo, en seguida es castigado con la destrucción de su cuerpo: cuando se emancipa de él obligando á los otros á que ocupen su puesto, es castigado en seguida con la destrucción de su vida razonable, es decir, de la vida que tiene un sentido razonable.

Por el contrario, el hombre encuentra en el mero cumplimiento de ese deber una satisfacción completa de las necesidades de su naturaleza, tanto corporales como espirituales: se alimenta, se viste, se cuida de sí y de los suyos, y eso labra la satisfacción de sus necesidades corporales: alimentar, vestir y cuidar al prójimo es lo que labra la satisfacción de sus necesidades espirituales. No es legítima ninguna otra forma de actividad, como no concurra á la satisfacción de esas necesidades, porque en la satisfacción de ellas reside toda la vida del hombre.

Tan desnaturalizado estaba por mi pasada vida y tan oculta anda por el mundo esta primera é indubitable ley de Dios ó de la naturaleza, que la ejecución de ella me pareció extraña, monstruosa, hasta vergonzosa inclusive, como si la ejecución de una ley eterna é indubitable pudiera ser extraña, inconcebible y vergonzosa, y no lo fuera su violación.

Desde luego supuse que para realizar el propósito, era preciso un arreglo: cierta organización; la asociación de personas unánimemente penetradas de las mismas ideas; el consentimiento de la familia, y la vida del campo: luego pensé que era vergonzoso exhibirse ante el mundo haciendo una cosa tan insólita en nuestra sociedad como el trabajo físico, y no sabía cómo arreglármelas.

Pero me bastó comprender que no era yo quien debía dar á mi actividad una forma determinada, sino que esta actividad era la llamada á sacarme de la falsa situación en que me encontraba y llevarme á la situación natural que debiera ocupar, y la llamada también á corregir la mentira dentro de la cual vivía yo, y me bastó, repito, conocer todo eso, para que todas las dificultades se allanaran.

No había que pensar en arreglo alguno, ni en prepararme, ni en obtener el consentimiento de los demás, porque, cualquiera que fuese mi situación,

habría siempre personas obligadas á alimentarse, á vestirse y á calentarse, y yo con ellas, y porque en todas partes y en todos los casos, podría yo hacerlo por mí mismo para mí y para ellas, contando con tiempo y fuerzas para realizarlo. En cuanto á sentir vergüenza por la realización de un trabajo tan insólito como singular á los ojos del mundo, no lo temía, porque de lo que la tenía ya era de no haberlo emprendido aún.

XIX

Al llegar á tener esta convicción y al empezar á obtener el resultado práctico de la misma, me vi plenamente recompensado de no haber retrocedido ante las consecuencias de la razón y de haberme dejado llevar á donde ellas me empujaban. Al llegar á dicho resultado práctico, me admiró la facilidad y sencillez con que se iban resolviendo todas esas cuestiones que tan difíciles y complicadas me parecieron antes.

A la pregunta « ¿Qué debo hacer?» surgía la respuesta más natural y apropiada: que, ante todo, debía preparar mis utensilios de cocina, mi hornilla, el agua que necesitara, mis vestidos, todo aquello que hubiera menester y pudiera yo preparar por mí mismo.

A la pregunta: « ¿No encontrarán los demás extraño que yo haga eso?» me respondí que aquella extrañeza les duraría una semana, al cabo de la cual lo que les parecería ya extraño sería que yo volviera á mis antiguas costumbres.

Respecto á la pregunta: «¿Será preciso organizar algún trabajo físico ó fundar alguna sociedad en un pueblo para el cultivo de la tierra?» me contesté que no había necesidad de nada de eso, porque si el trabajo tiene por objeto satisfacer necesidades y no el adquirir por virtud de él los medios de vivir ocioso y de usurpar el trabajo de otro (que es á lo que tiende el de las gentes que apilan el dinero), ese trabajo atrae naturalmente de la ciudad al pueblo y del pueblo al campo, en donde es más fructuoso y alegre. No era necesario organizar sociedad alguna, porque el trabajador va espontáneamente á sumarse con la sociedad de trabajadores ya formada.

Respecto á la pregunta: « ¿Absorberá ese trabajo todo mi tiempo y entorpecerá el ejercicio de esta actividad intelectual á la que tengo cariño y estoy acostumbrado y que, en mis momentos de presunción, juzgo que no es inútil para los demás?» la respuesta que me di fué la más inesperada. La energía de mi actividad intelectual, una vez emancipada de todo lo superfluo, aumentó y seguía acreciendo en relación con mi energía corporal. Resultó que, consagrando al trabajo corporal ocho horas, aquella mitad del día que antes empleaba en luchar penosamente contra el fastidio, me quedaban aun otras ocho, de las que sólo necesitaba cinco para el trabajo intelectual. Deduje que si yo, escritor fecundo que no había hecho otra cosa

que escribir en cuarenta años y que llevo escritos trescientos pliegos de impresión, me hubiese atenido al trabajo físico como un obrero y, exceptuando las noches de invierno y los días feriados, hubiese consagrado diariamente cinco horas á leer y á estudiar sin escribir más que dos páginas por día (yo escribía á veces un pliego entero de impresión), aquellos trescientos pliegos los hubiese escrito en catorce años. Y deduje, por último, algo que me admiró: el cálculo aritmético más sencillo que puede hacer un niño de siete años y que jamás había hecho yo hasta entonces. Un día completo tiene veinticuatro horas; damos ocho horas al descanso, y quedan diez y seis. Si un trabajador del pensamiento consagra cinco á su tarea intelectual, y es mucho hacer ¿en qué empleará las once horas restantes?

Y resultó que el trabajo físico no excluía el ejercicio de la actividad intelectual, sino que aumentaba su dignidad y la estimulaba.

En cuanto á la pregunta: «¿Me priva este trabajo físico de los placeres inocentes que son naturales al hombre, como los goces artísticos, las adquisiciones de la ciencia, la sociedad del mundo, y en general, las dulzuras de la vida?» Y obtuve todo lo contrario: cuanto más intenso era el trabajo, cuanto más se acercaba á los trabajos de la tierra que por groseros se juzgan, más sensible era á los goces del arte y de las ciencias; más estrechas y cordiales se hacían mis relaciones con los hombres, y más gustaba de las dulzuras de la vida.

A la pregunta (que con tanta frecuencia he oído hacer á personas no del todo sinceras): « ¿Qué resultado esperar de mi gota infinitesimal de trabajo físico personal, en el mar del trabajo común á que concurro?» obtuve la misma respuesta satisfactoria é inesperada. Resulta que bastó con hacer del trabajo físico la costumbre de mi vida para que se desprendiesen de mí, sin esfuerzo alguno de mi parte, mis queridas costumbres mentirosas y mis gustos de ociosidad y molicie.

Sin hablar de la costumbre que hace del día noche y de la noche día, ni de la comida, el vestido y la pulcritud meticulosa, imposibles en realidad y que estorban al trabajo físico, la calidad de los alimentos y la necesidad de una buena mesa se modificaron por completo.

En vez de los manjares escogidos, raros, complicados, cargados de especias, que antes tomaba, me aficioné á los platos más sencillos: potaje de coles, *kacha* (polenta), pan moreno, y té con un terrón de azúcar en la boca.

De este modo se fueron transformando poco á poco mis necesidades, como consecuencia de mi vida obrera, sin hablar de la influencia que en mí ejercieron los trabajadores ordinarios, gente que se contentaba con poco y con la cual contraje relaciones durante mi trabajo físico: de suerte que mi gota de agua personal en el mar del trabajo común, se hacía cada vez más

grande á medida que me acostumbraba y me asimilaba los conocimientos técnicos: de igual modo iba disminuyendo la necesidad que sentía del trabajo de los demás á medida que mi propio trabajo se hacía más fecundo; y mi vida se fué encaminando sin esfuerzos y sin privaciones hacia una sencillez tal, como no la hubiera podido imaginar antes de cumplir con la ley del trabajo.

Resultó que las necesidades más imperiosas de mi vida, especialmente las de vanidad y distracción, las creaba y sostenía la ociosidad: con el trabajo físico desapareció la vanidad y no necesité distracciones, puesto que tenía el tiempo agradablemente ocupado y resultó que, después de la fatiga, el simple reposo que disfrutaba tomando té, leyendo un libro ó hablando con los míos, era incomparablemente más agradable para mí que el teatro, los naipes, el concierto y la sociedad del mundo; más agradable que todas esas cosas necesarias al que está ocioso, y que tan caras cuestan.

A la pregunta: «¿No altera ese trabajo insólito la salud que se necesita para servir á los hombres?-» resultó que, cuanto más intenso era el trabajo, más vigoroso, bueno, alegre y ocurrente me sentía, contra las afirmaciones rotundas que hicieran los médicos eminentes de que el trabajo físico intenso, sobre todo á mi edad, puede acarrear las más graves consecuencias y que eran preferibles la gimnasia sueca, el masaje y otros procedimientos destinados á reemplazar las condiciones naturales de la vida del hombre.

Resultó probado indudablemente que, como todos esos artificios del espíritu humano denominados: periódicos, teatros, conciertos, visitas, bailes, tarjetas, novelas, etc., que no son más que medios para sostener la vida espiritual del hombre fuera de las condiciones naturales del trabajo para otro que son las propias, los artificios higiénicos y médicos imaginados por el espíritu humano para la alimentación, la bebida, el cubierto, la ventilación, la calefacción, el vestido, los baños, el masaje, la gimnasia, el tratamiento por la electricidad y todo lo demás, no son otra cosa que medios para sostener la vida corporal del hombre fuera de sus condiciones naturales de trabajo.

Resultó que todos aquellos artificios del espíritu humano para hacer agradable la vida de los ociosos son idénticos á los que los hombres pudieran inventar para fabricar, en un local cerrado herméticamente, por medio de aparatos mecánicos, de vaporizadores y de plantas, un aire mejor para la respiración, cuando bastaría para ello abrir la ventana.

Todas las invenciones de la medicina y de la higiene se asemejan, en conjunto, á un maquinista que, después de haber calentado bien una caldera de vapor, que no funciona, y de haberle cerrado todas las válvulas,

inventara un medio para impedir que reventara. En vez de dedicarse tanto y tan mal á organizar placeres, *confort* y procedimientos médicos é higiénicos para curar á los hombres de sus enfermedades espirituales y corporales, sólo hace falta una cosa: cumplir con la ley de la vida y hacer lo que es propio, no solamente del hombre, sino del animal, esto es: devolver en forma de trabajo muscular la energía recibida en forma de alimentos, ó hablando en lenguaje vulgar: Gana el pan que comes; no comas sin trabajar, ó, según comes, así trabaja,

XX

Y cuando hube comprendido todo eso, me pareció singular. A través de una serie continua de dudas, de investigaciones, por una laboriosa rectificación del pensamiento, había llegado á esta verdad extraordinaria: que si el hombre tiene ojos, es para (pie mire con ellos: que si tiene oídos, es para que oiga: que si tiene piernas es para que ande: que si tiene brazos y espina dorsal articulada, es para que los ejercite trabajando; y por último, que si el hombre no emplea sus miembros en el uso á que están destinados, tanto peor será para él.

Yo llegué á la conclusión de que nos ha sucedido á todos los privilegiados lo que les pasó á los caballos de un amigo mío. Uno de sus servidores, poco inteligente en caballos, recibió orden de su amo de llevarle á las cuadras los mejores caballos que encontrase en la feria: los eligió entre muchos: los metió en un buen establo; les echó avena y les dio agua; pero temiendo que alguien estropeara á tan preciosos animales, no se decidió á confiar su cuidado á nadie, ni se atrevió á montarlos ni á dejar que los sacaran á paseo. Todos los caballos se recargaron, se llenaron de vejigas y otros alifafes y no sirvieron luego para nada.

Lo mismo ocurre con nosotros; pero con la diferencia de que á los caballos no se les puede engañar y que para impedir que salgan, hay que atarlos, en tanto que á nosotros es la mentira la que nos encadena con sus funestos lazos y la que nos retiene en una situación de todo punto contraria á nuestra naturaleza.

Nos hemos forjado una vida contraria á la naturaleza moral y física del hombre y empleamos todas las fuerzas de nuestro ingenio en persuadir al hombre de que aquella es la verdadera vida. Todo eso que llamamos cultura, ó sean ciencias, artes y el perfeccionamiento de las cosas agradables á la vida, son otras tantas tentativas para engañar las necesidades morales del hombre: todo eso que llamamos higiene y medicina, son otras tantas tentativas para engañar las necesidades físicas naturales de la naturaleza humana.

Pero esos engaños tienen sus límites y ya vamos acercándonos á ellos.

—Si así es la verdadera vida, vale más no vivir, — dice la filosofía reinante, á ejemplo de Schopenháuer y de Hartmann.

—Si así es la vida, vale más no vivir, —dice el número creciente de suicidas en la clase privilegiada.

—Si la vida es así, vale más no nacer, - dicen los • artificios inventados por la medicina para la destrucción de la fecundidad en la mujer.

Léese en la Biblia como ley para la humanidad:

—Tú ganarás el pan con el sudor de tu rostro, y tú parirás con dolor.

—Pero nosotros lo hemos cambiado todo»—como dice el extravagante personaje de Moliere, proclamando que el hígado está á la izquierda. Nosotros lo hemos cambiado todo: las gentes no necesitan trabajar para alimentarse: todo se hará por medio de máquinas, y las mujeres no deben parir. La medicina enseñará los medios para ello, y aun habrá sobra de gente en el mundo.

Vaga por el distrito de Krapivenski un mujik andrajoso. Durante la guerra era comprador de trigo, dependiente del contratista de víveres. En contacto con éste, viendo fácil y risueña la vida, se volvió loco: se figuró que podía vivir sin trabajar y que tenía entre sus manos una cédula del emperador. Ese mujik se titula ahora *el príncipe militar serenísimo Blochine, proveedor de los víveres de guerra de todos los cuerpos*, y dice de sí «que ha pasado por todos los grados», y que, después de servir en los cuerpos militares, debe recibir del emperador un banco abierto, vestidos, uniformes, equipos, caballos, criados, té, guisantes y toda clase de víveres. Parece un verdadero cómico; pero, para mí, es horrible la significación de su locura. Cuando se le pregunta si quiere trabajar algo, contesta siempre con arrogancia:

—Gracias: los aldeanos arreglarán eso.

Cuando se le replica que los aldeanos no querrán hacerlo, replica:

—El *arreglo* no es difícil para los aldeanos (Por regla general, habla con afectación).

—Hoy se inventan máquinas, —dice, —para facilitar el trabajo de los aldeanos. Ya no tropezarán con dificultades.

Cuando se le pregunta para qué vive, contesta:

—Para callejear.

Miro siempre á este hombre como quien mira un espejo: en él me veo yo mismo y veo á toda nuestra clase. Pasar por todos los grados para vivir callejeando y recibir letra abierta en un Banco, mientras que los aldeanos, á quienes la invención de las máquinas allana todas las dificultades, arreglan

todos los negocios: tal es la fórmula de la religión insensata de las gentes de nuestro mundo.

Cuando preguntamos lo que debemos hacer, no preguntamos nada: afirmamos únicamente (sin tener los escrúpulos del serenísimo príncipe Blochine, que ha pasado por todos los grados y ha perdido por completo la razón) que no queremos hacer nada. El que tenga sentido común no puede decir eso, porque, por una parte, todo cuanto consume ha sido producido por la mano de los hombres, y por otra parte, todo hombre sensato, tan luego como se ha levantado de la cama y ha tomado el desayuno, siente la necesidad de trabajar con las piernas, con los brazos y con el cerebro. Para encontrar trabajo basta quererlo: el que considera vergonzosa toda ocupación, como la *barinia* que ruega á su huésped que no se moleste en abrir la puerta y que espere á que ella llame á un criado para que lo haga, ése es el único que puede preguntarse: « ¿Qué hacer en particular?»

No es lo esencial inventar un trabajo, porque los hay de sobra para uno mismo y para los demás, sino desprenderse de esta opinión criminal, referente á la vida, de «que uno come y duerme por propio placer» y asimilarse esta otra con la cual ha crecido y vive el trabajador: «Que el hombre es, ante todo,

una máquina que se conserva por medio del alimento; que es imposible y vergonzoso comer sin trabajar en el estado más impío y más contrario á la naturaleza, y por lo tanto, el más peligroso, el más análogo á la sodomía».

Téngase conciencia de esto, y el trabajo no faltará, y será siempre regocijado y responderá á las necesidades del cuerpo y del espíritu.

XXI

Mi nueva vida me ofreció el siguiente aspecto:

El día está dividido por las comidas en cuatro partes, para cada hombre, ó en cuatro tirones, como dicen los mujiks: El primero, hasta el desayuno: el segundo, desde el desayuno hasta la comida; el tercero, desde ésta hasta merienda, y el cuarto, desde la merienda hasta la cena.

La actividad del hombre, que es para él una necesidad, por impulso de la naturaleza, se divide en cuatro géneros: Primero, la actividad de la fuerza muscular, ó sea el trabajo de las manos, las piernas y las espaldas, trabajo penoso que hace sudar; segundo, la actividad de los dedos y de los puños, que constituye la habilidad del oficio; tercera, la actividad del espíritu y de la imaginación; y cuarta, la tendencia á asociarse con los demás hombres, ó sea la sociabilidad.

También se dividen en cuatro partes los bienes de que el hombre hace uso: En primer lugar, los productos de un trabajo penoso, como son el pan,

el ganado, las casas, los pozos, los estanques, etc.; en segundo lugar, los productos de los diferentes oficios, como son los vestidos, las botas, los utensilios, etc.; en tercer lugar, los productos de la actividad intelectual, como son las ciencias, las artes, etc.; y en cuarto lugar, las relaciones establecidas entre los hombres.

Deduje que lo mejor sería desarrollar diariamente las cuatro formas de la actividad y disfrutar de las cuatro clases de bienes de que el hombre hace uso, de modo que una parte del día, el primer tirón, estuviese dedicado al trabajo penoso; el segundo, al trabajo intelectual; el tercero, al de un oficio, y el cuarto, á las relaciones sociales.

Creí que sólo de esa manera se aboliría la falsa división del trabajo que reina en nuestra sociedad y que en su lugar se establecería una justa distribución, que no turbara la felicidad del hombre.

Yo, por ejemplo, me he ocupado toda la vida en el trabajo intelectual. Yo me decía que dividía mi trabajo de tal suerte que los *originales*, es decir, mi trabajo del espíritu era mi ocupación esencial, y que las demás ocupaciones necesarias las encargaba (ú obligaba á hacer) á otros. Pero este arreglo, que parecía muy cómodo para el trabajo intelectual, era, por el contrario, perfectamente incómodo, aun prescindiendo de mi injusticia.

Toda mi vida había subordinado mis comidas, el sueño y mis distracciones á las horas que dedicaba á aquella tarea esencial, y fuera de ella nada hacía.

De esto resultaba, en primer término, que restringía mi campo de observación: con frecuencia carecía de medios de estudio; á menudo me proponía describir la vida de las gentes (objetivo acostumbrado de toda la actividad intelectual) y reconocía la insuficiencia de mi saber, viéndome obligado á instruirme y á interrogar, sobre cosas familiares, á cualquiera menos absorto que yo en una tarea especial.

En segundo término, que me sentaba á escribir sin sentir interiormente la menor necesidad de hacerlo, y nadie me pedía originales por el mérito que pudieran tener mis pensamientos, sino por mi firma, para el reclamo: trataba de exprimir la imaginación, y á veces producía algo malo, y otras nada, y esto me desconsolaba y entristecía.

Pero desde que reconocí la necesidad del trabajo físico y grosero y el trabajo de un oficio, variaron las cosas. Mis ocupaciones eran, sin duda, modestas, pero ciertamente útiles, regocijadas é instructivas para mí, y no las dejaba para coger la pluma, sino cuando sentía la necesidad de hacerlo ó cuando me pedían verdaderamente originales.

De tales demandas dependía entonces la índole de mi obra especial, y por lo tanto, su utilidad. Así, resultaba que aquellos trabajos físicos, necesarios

para mí como para todo hombre, no solamente no impedían mi actividad especial, sino que eran la condición necesaria de la utilidad, bondad y regocijo de aquella actividad.

La organización del pájaro obedece á la necesidad que tiene de volar, de andar, de picotear, de mirar, y cuando hace todo eso, se le ve satisfecho y alegre, y entonces es un pájaro. Lo mismo ocurre con el hombre: cuando anda, vuelve, se levanta, se sienta y trabaja con los ojos, los dedos, los oídos, la lengua y el cerebro, se siente satisfecho, y únicamente entonces es un hombre.

El que haya reconocido la misión que tiene de trabajar, se sentirá impulsado naturalmente hacia esa alternativa del trabajo que conduce á la satisfacción de sus necesidades exteriores é interiores, y no cambiará ese orden alternado más que cuando sienta en sí un impulso irresistible hacia una tarea exclusiva, exigida por sus demás ocupaciones.

Es tal la esencia natural del trabajo, que la satisfacción de todas las necesidades del hombre reclama esa misma alternativa de las diversas formas del trabajo que hace de éste, no una carga, sino un placer. La falsa creencia de que el trabajo es una maldición, es la única que ha podido persuadir á los hombres á eximirse de él en sus diferentes formas, es decir, á usurpar el trabajo de otros, porque el trabajo especial de los unos impone á los otros una ocupación forzada, y esto es lo que han dado en llamar la división del trabajo.

XXII

Estamos tan acostumbrados á nuestro falso punto de vista respecto á la organización del trabajo, que nos parece que sería mejor para el zapatero, el mecánico, el escritor ó el músico, verse libres del trabajo propio del hombre; pero en donde no se ejerza violencia sobre el trabajo de otro, en donde se borre la falsa creencia en las delicias de la ociosidad, ni uno siquiera huirá el hombro al trabajo físico necesario á la satisfacción de sus necesidades, porque esa tarea especial no es un placer, sino un sacrificio que el hombre se impone en pro de su vocación y de sus semejantes.

El zapatero de pueblo, si abandona el acostumbrado y alegre trabajo de la tierra por el de fabricar ó remendar el calzado de sus vecinos, es únicamente porque le gusta coser: sabe que nadie puede hacerlo mejor que él y que sus convecinos se lo agradecen; pero, no obstante esto, no puede sentir el deseo de renunciar para toda su vida á la alegre alternativa del trabajo.

Lo mismo les sucede al *starosta*, al mecánico, al escritor y al sabio.

Nosotros somos los que, con nuestras ideas desnaturalizadas, nos imaginamos que, si al tenedor de libros se le envía á ser mujik y que si á un ministro se le deporta á Siberia, se les causa un perjuicio, cuando en realidad lo que se hace es colmarlos de beneficios, por cuanto se les hace dejar un trabajo penoso, especial, y tomar la alegre alternativa del trabajo.

En una sociedad natural, ocurren las cosas de otro modo. Conozco un mir[7] en donde los aldeanos no necesitan de nadie. A uno de los habitantes del mir, más instruido, que los otros, le pedían que leyese por las noches, para lo cual se preparaban durante el día. Él condescendía voluntariamente, pero se fatigó con aquel trabajo exclusivamente intelectual y se puso enfermo: los habitantes del mir se compadecieron de él y le rogaron que se fuera á trabajar al campo.

Aunque se considere el trabajo como la médula y la alegría de la vida, el fondo, la base de la vida será siempre la lucha contra la naturaleza, es decir, el trabajo de los campos, el trabajo de los oficios, el trabajo intelectual y las relaciones sociales. Ya no se verá la derogación de una ó de varias formas de este trabajo, ni de trabajo especial, más que en el caso de que el hombre de un trabajo especial, encariñado con él y sabiendo que lo hace mejor que los demás, se sacrifique por la satisfacción inmediata de necesidades que le sean expuestas debidamente.

Únicamente esa ó parecida noción del trabajo y la natural distribución del mismo que de ella se deriva, destruyen el anatema que nuestra imaginación hace pesar sobre él; y todo trabajo se convierte en júbilo, porque el hombre, ó realizará una faena indudablemente útil y alegre y de ningún modo fatigosa, ó tendrá la conciencia de que se sacrifica en una tarea exclusiva y más difícil, pero útil para la dicha de los demás.

—Pero la división del trabajo es más ventajosa. — ¿Por qué es más ventajosa?—Tiene más cuenta hacer zapatos y tejer indianas, tan de prisa y tanto como sea posible. —Pero ¿quién hará esos zapatos y tejerá esas indianas? Los que de generación en generación no hacen más que alfileres. ¿Cómo puede reportar esto ventajas á los hombres? Si se trata de fabricar alfileres é indianas, pase; pero de lo que se trata es de los hombres, de su felicidad, y la felicidad de los hombres está en la vida, y la vida es el trabajo. ¿Y cómo puede reportarles ventaja á los hombres la necesidad de un trabajo doloroso y fuerte? Una sola cosa hay que tenga para ellos más ventaja, la misma que deseo para mí: alguna dicha y la satisfacción de todas estas necesidades físicas y espirituales, de estas aspiraciones de la conciencia y de la razón que son innatas en mí.

Y he aquí que he llegado á convencerme de que, para la satisfacción de mis necesidades, no tenía que hacer más que curarme de la locura en que

7 Colectividad de habitantes de un mismo pueblo.

vivía antes con el loco de Krapivenski, de esa locura que consiste en creer que algunos escapan á la necesidad del trabajo y que «otros lo arreglarán todo»; y que para curarme, no tenía que hacer más que lo que e3 propio del hombre, es decir, trabajar satisfaciendo las necesidades de la propia naturaleza.

Y al convencerme de ello, me convencí también de que el trabajo, así comprendido, se divide por sí mismo en diferentes partes, de las que cada una tiene su encanto, y que, lejos de agobiarnos, nos descansan la una de la otra. Yo he dividido al tun tun, y sin ánimo de defender la propiedad y la justicia de esa división, el trabajo según las necesidades que tengo en la vida, en cuatro partes, correspondientes á los cuatro *tirones* de que se compone la jornada, procurando satisfacer dichas necesidades, y he aquí las respuestas que me he dado á la pregunta « ¿Qué hacer?»

l. º—No mentirme á mí mismo, por descarriada y separada que esté mi vida del verdadero camino que la razón abre á mis ojos.

2. º—Dejar de creer en la legitimidad de mi vida, en mi superioridad y en que soy diferente de los demás hombres, y reconocer y confesar que soy culpable.

3. °—Cumplir la ley eterna é indubitable del hombre por el trabajo de todo mi ser, sin avergonzarme jamás por ninguna clase de trabajo, y luchar contra la naturaleza para asegurar mi vida y la de los demás.

SOBRE EL TRABAJO Y EL LUJO

I

He acabado ya con lo que personalmente me atañe; pero no puedo resistir al deseo de añadir algunas palabras aplicables á todo el mundo, y de comprobar, por medio de consideraciones generales, las conclusiones particulares á que he llegado. Quiero decir por qué me parece que muchos de nuestra esfera social deben venir á donde yo he venido y lo que ocurriría si vinieran, aunque fuese en corto número.

Creo que muchos vendrán adonde yo he venido, porque si las gentes de nuestro círculo, de nuestra casta, se examinan seriamente, los jóvenes que van en pos de su dicha personal se estremecerán de miedo ante la desgracia de su vida, desgracia que va en aumento y que los lleva á su perdición; los concienzudos temblarán ante la dureza y la ilegitimidad de su vida, y los timoratos retrocederán ante el riesgo de la suya.

La desgracia de nuestra vida. —Inútil es que nosotros, los ricos, corrijamos y sostengamos con nuestra ciencia y con nuestro arte nuestra mentirosa vida: esta vida se debilita más cada año y se hace más enfermiza y más dolorosa: cada año es mayor el número de suicidas y el de las mujeres que se resisten á engendrar: sentimos, de año en año, acrecer el peso angustioso de nuestra existencia, y de generación en generación van debilitándose más las gentes de nuestra clase. Es evidente que la salvación no puede residir en esa multiplicación de comodidades y de dulzuras de la vida, ni en los tratamientos de toda clase, ni en los artificios imaginados para el perfeccionamiento de la vista, del oído, del apetito, de las dentaduras postizas, de los cabellos, de la respiración, de los masajes, etc. Es indudable que las personas que no usan esos procedimientos perfeccionados están más robustas y gozan mejor salud, y la trivialidad ha llegado á tal punto, que en los periódicos se publican reclamos sobre los polvos estomacales al uso de los ricos, con el título de *Blessings for the poor* (la dicha de los pobres), en los que se dice que únicamente los pobres hacen una digestión regular; pero que los ricos necesitan digestivos, en cuyo número se encuentran dichos polvos. No es posible corregir el mal por medio de distracciones, comodidades ni polvos: el único remedio hay para corregirlo, es cambiar de vida.

La discordancia de nuestra vida con nuestra conciencia. —Por mucho que intentemos justificar á nuestros propios ojos nuestra traición para con el linaje humano, nuestros pujos de justificación caen hechos polvo ante la evidencia. Las personas mueren en derredor nuestro, agobiadas por un trabajo superior á sus fuerzas y por la carga abrumadora de la miseria:

destruimos el trabajo de otros, y el alimento y el vestido que les son necesarios, con el único fin de encontrar distracciones y variedad para disipar el fastidio de nuestra vida. Por eso, aunque sea poca la conciencia que le quede al hombre de nuestra casta, ese resto de conciencia no puede adormecerse, y envenena todas esas comodidades, todas esas dulzuras que nos suministran nuestros hermanos doloridos y agobiados de trabajo. Todo hombre de conciencia siente eso, y se alegraría de olvidarlo; pero no puede.

El nuevo y efímero desquite de la ciencia por la ciencia y del arte por el arte no resiste á la luz del buen sentido. No puede tranquilizarse la conciencia de los hombres con invenciones nuevas, sino por una vida nueva en la cual no haya ni necesidad ni ocasión de justificarse.

Dos razones demuestran á los hombres que pertenecen á las clases ricas la necesidad de cambiar de vida: el cuidado de su dicha personal y de la de sus semejantes, no aseguradas en el camino por el cual van, y la obligación de satisfacer la voz de la conciencia que les es imposible llenar con su existencia actual. Estas razones unidas deben impulsar á las personas de las clases ricas á cambiar su vida de modo que aseguren su felicidad y satisfagan su conciencia.

Y para verificar ese cambio, no hay más que un camino: dejar de mentir, humillarse y proclamar el trabajo, no como la maldición, sino como la alegría de la vida.

—Pero cuando dedique diez, ocho, cinco horas á un trabajo físico que harían de buena gana millares de mujiks por tener el dinero que yo tengo, ¿qué resultará de ello? —me preguntan.

El primero, sencillo é incontestable resultado será que te pondrás más alegre; que tendrás mejor salud; que te encontrarás mejor y que aprenderás á conocer la verdadera vida que te ocultabas á ti mismo ó que desconocías. El segundo, que si tienes conciencia, no sufrirá como sufres al presente viendo el trabajo de los hombres, cuya importancia exageramos ó disminuimos siempre; que estarás contento por cumplir mejor cada día con las obligaciones de tu conciencia, y con salir de esa horrible situación en la que el mal se acumula en nuestra vida hasta tal punto, que es imposible hacer bien á los hombres; que saborearás la dicha de vivir libremente y «le poder hacer el bien, y que abrirás la ventana y amanecerás en los dominios del mundo moral, vedado antes para ti.

II

Pero nos dicen: — ¿A qué esas rarezas tratándose de nosotros? ¿A qué esas preguntas hondas, filosóficas, científicas, políticas, artísticas, religiosas y sociales, á nosotros los senadores, ministros, académicos, profesores y artistas, cuyos momentos son preciosos, según el mundo?' ¿A qué hacernos

perder el tiempo con esas rarezas? ¿A qué hacer que nos limpiemos las botas; que nos lavemos las camisas; que cavemos la tierra; que plantemos patatas; que les demo3 de comer á las aves y al ganado, etc., cosas que en lugar nuestro hacen con gusto el- portero, el cocinero y millares de personas que avaloran el tiempo de que nosotros disponemos?

¿Y por qué, entonces, nos vestimos, nos lavamos y nos peinamos? ¿Por qué alargamos las sillas á las señoras y á los caballeros que nos visitan, y abrimos y cerramos la puerta, y ayudamos á subir al carruaje y hacemos otras muchas cosas semejantes que en otro tiempo sólo hacían nuestros esclavos? Pues las hacemos, porque consideramos que así debe de ser y que en eso reside la dignidad humana, es decir, el deber del hombre.

Y lo mismo sucede con el trabajo físico. La dignidad del hombre, el deber más sagrado de éste es el de emplear las piernas y los brazos, que le han sido dados, en el uso para que fueron creados, y el dedicarse á producir los alimentos con que se nutre, sin dejar que sus manos se atrofien, limitándose á lavarlas, cuidarlas y hacer que lleven á la boca, únicamente, los alimentos, la bebida y los cigarrillos. Tal es el sentido del trabajo físico para el hombre en toda sociedad; pero en nuestra sociedad, en la que la derogación de esta ley natural se ha convertido en la desgracia de una clase entera, el trabajo físico toma una significación más: el de una predicación y el de una actividad capaces de conjurar las calamidades que amenazan al linaje humano.

Eso de decir que no tiene importancia alguna el trabajo físico para el hombre instruido, es como decir, tratándose de la construcción de un monumento:

— ¿Qué importancia tiene el colocar una piedra en su lugar, precisamente?

Pero todo asunto de importancia se realiza como cosa corriente, sin ostentación, con sencillez: no se labra la tierra ni se lleva á pacer el ganado á golpe de bombo ni vuelo de campanas. Los grandes, los verdaderos negocios siempre revisten sencillez y modestia. El asunto de más importancia que solicita nuestra atención, es la resolución de esas terribles contradicciones en medio de las cuales vivimos, y los medios que resuelven esas contradicciones son modestos, imperceptibles, y al parecer, ridículos: servirse uno á sí mismo; trabajar corporalmente para sí y, si se puede, para los demás: he ahí los medios que se nos ofrecen, á nosotros los ricos, si comprendemos la desgracia, la ilegitimidad y el peligro de esta situación en que hemos caído.

—Y en cuanto á mí, y á otro y á un tercero, y á un décimo que no repugnemos el trabajo físico, por considerarlo necesario á la dicha y á la tranquilidad de nuestra conciencia, ¿qué nos sucederá?

Suponiendo que haya uno, ó dos, ó tres, ó diez que, sin disputar con nadie, sin estorbar al gobierno, sin violencia revolucionaria, resuelven por sí mismos la terrible cuestión ante todos planteada y que divide las opiniones, y que la resuelven de manera tal, que se tranquilice su conciencia y que nada tengan que temer, en tal caso, resultará que los demás hombres verán que la dicha que por todas partes buscan, está cerca de ellos; que las contradicciones que parecen insolubles, entre la conciencia y la organización de la sociedad, se resuelven de la manera más fácil y más satisfactoria, y que en vez de temer á las personas que nos rodean, debemos acercarnos más á ellas, y amarlas.

Esta cuestión económica y social que parece in-soluble, se parece al cofre del célebre fabulista Krilov. El cofrecillo se abre con facilidad; pero no con tanta facilidad que no exija para ello la cosa más sencilla, y es que lo abran.

III

El hombre ordena su propia biblioteca, su propia galería de cuadros, su propio departamento, sus vestidos propios, y adquiere en propiedad el dinero para comprar todo cuanto necesita, y á fuerza de ocuparse en esta propiedad imaginaria como si fuese verdadera, acaba por perder absolutamente la conciencia de lo que le pertenece en verdadera propiedad, de aquello sobre lo cual puede ejercer su actividad, de aquello que puede usar y que permanece siempre en poder suyo, y de lo que no le pertenece; que no puede ser propiedad suya, dele el nombre que quiera, y que no puede ser objeto de su actividad.

Las palabras tienen siempre un sentido claro en tanto que no les demos intencionalmente un doble sentido.

¿Qué es la propiedad?

La propiedad significa lo que me pertenece á mí solo, exclusivamente; aquello de que puedo disponer siempre como yo quiera; lo que nadie puede quitarme jamás; lo que permanece siempre mío hasta el fin de mi vida; lo que debo emplear, acrecer y mejorar. Así, pues, esta propiedad es de cada hombre, de él mismo, y exclusivamente suya.

Pero cuando una docena de hombres labran la tierra, talan un bosque y construyen botas, no por necesidad, sino por convicción de que el hombre debe trabajar y de que cuanto más trabaje se encontrará mejor, ¿qué resulta?

Resultará que bastan esos diez como basta uno solo, para demostrar á los hombres, en hecho y en principio, que ese terrible mal que padecen no es consecuencia de una ley del destino ni de la voluntad de Dios, ni de ninguna necesidad histórica, sino de una superstición de ningún modo formidable ni

terrible, de una superstición sin fuerza y sin fundamento en la cual basta no creer para verse libre de ella y para barrerla como una tela de araña. El que se dedique á trabajar para cumplir con la ley satisfactoria de su vida, es decir, el que trabaje para satisfacer á la ley del trabajo, se verá libre de aquella superstición que se llama la propiedad imaginaria.

Si el trabajo llena la vida del hombre, y si éste conoce los placeres del descanso, no tiene necesidad de salones, de muebles, de vestidos elegantes y variados, de alimentos caros, de medios de transporte, ni de distracciones. Pero, sobre todo, el hombre que considere el trabajo como el objeto y la alegría de su vida, no buscará el alivio de su trabajo en el trabajo de los demás. El hombre que cifre su vida en el trabajo, se propondrá un quehacer mayor, que llene más su vida, á medida que vaya adquiriendo más soltura, más destreza, y se vaya endureciendo más.

Para el que cifra su vida en el trabajo y no en sus resultados, le será indiferente la cuestión de instrumentos para la adquisición de la propiedad. Sin dejar de elegir los más productivos, gozará las mismas satisfacciones de trabajo y de reposo, aunque trabaje con los instrumentos más imperfectos ó improductivos. Si tiene un arado de vapor, se servirá de él: si no lo tiene, hará uso de una yunta, y si le falta también ésta, cavará con un azadón la tierra, y en cualquiera de los tres casos realizará su objeto de consagrar su existencia á una faena útil á los hombres, y gozará con ello.

Y la situación del que así proceda, tanto por las condiciones exteriores como por las condiciones interiores de su vida, será más feliz que la de un hombre que cifre su vida en la adquisición, de la propiedad.

Por sus condiciones exteriores nunca se verá necesitado, porque, al ver las gentes su deseo de trabajar, tratarán de hacer lo más productivo que sea posible su trabajo, y asegurarán su existencia material, cosa que no hacen en favor de los que persiguen la propiedad; y todo lo que el hombre necesita es tener su existencia material asegurada.

Por sus condiciones interiores, tal hombre será siempre más feliz que el que persigue la propiedad, por cuanto éste no obtendrá nunca tanto como desea, mientras que él, y en la medida de sus fuerzas, hállese débil, viejo ó moribundo, mientras respire, obtendrá, con satisfacción completa, la estimación y la simpatía de los hombres.

IV

He aquí lo que resultará de que algunos seres originales, de que algunos locos labren, recosan las botas, etc. en vez de fumar, de jugar, de viajar y de arrastrar el fastidio durante las diez horas que al trabajador intelectual le quedan libres al día.

Resultará que esos locos demostrarán con su ejemplo que aquella propiedad imaginaria en persecución de la cual los hombres padecen y se atormentan y atormentan á los demás, no es necesaria á la felicidad humana, antes bien la impide, y que no es más que una superstición; que la propiedad única, la verdadera propiedad, reside en la cabeza, en los brazos y en las piernas; que para explotar de un modo útil, efectivo y agradable esta verdadera propiedad, es necesario repudiar la falsa noción de la propiedad llevada más allá de nuestro cuerpo, y por la cual perdemos las mejores fuerzas de nuestra vida.

Resultará que aquellos locos demostrarán que cuando el hombre deje de creer en la propiedad imaginaria, y sólo entonces, cultivará su propiedad verdadera, su cuerpo y su espíritu, y la cultivará de modo que le dé centuplicados frutos y una felicidad de que no tenemos idea; que únicamente entonces el hombre llegará á ser útil, vigoroso, bueno y capaz de reponerse de cualquier fracaso; que en todas partes, y para todos, será siempre un hermano querido, necesario y accesible. Y las gentes, al ver uno, ó dos, ó diez de estos locos, comprenderán lo que deben realizar para deshacer ese terrible nudo que "les ha echado la superstición de la propiedad, y para zafarse de la miserable situación en que gimen todos al unísono, sin poder prever la salida.

—Pero ¿qué hará un solo hombre ante la multitud discordante?

No hay razonamiento que demuestre mejor el error de los que lo hacen. Los sirgueros tiran del barco remontando el río, y no es posible dar con un solo sirguero que sea tan estúpido que se niegue á tirar del cable, aduciendo que no tiene fuerza suficiente para arrastrar él solo la barca contra la corriente. El que reconoce por encima de todos sus derechos á la vida animal, como el comer y el dormir, un deber humano, sabe perfectamente en qué consiste ese deber, como lo sabe el sirguero que tira del cable: éste sabe que no tiene que hacer más que tirar y seguir en la dirección que se le haya indicado. Ya verá lo que tiene que hacer, y cómo tiene que hacerlo, cuando haya soltado el cable.

Lo que sucede con el sirguero y con todos los que están unidos en un trabajo común, sucede también en el gran negocio de la totalidad del género humano. No debe ninguno soltar el cable, sino tirar todos en la dirección indicada por el maestro. Por eso se ha dado á todos la misma razón, para que esa dirección sea siempre la misma; y esa dirección se halla tan visible é indubitablemente indicada, lo mismo en la vida entera de las gentes que nos rodean, que en la conciencia de cada uno y en todas las manifestaciones de la sabiduría humana, que únicamente no la ve el que no-quiere trabajar.

— ¿Qué resultará, pues, de todo eso?

—Que tirarán uno ó dos hombres; que, al verlos, se les unirá un tercero; que luego seguirán los mejores, hasta que el asunto se ponga en movimiento y marche francamente, incitando y decidiendo á tirar también hasta á aquellos que no comprendan lo que se hace ni por qué se hace.

A los que trabajen con el propósito deliberado de cumplir la ley divina, se les unirán desde luego los que hayan adoptado los mismo3 sentimientos, mitad por propósito deliberado, mitad por confianza: luego se les unirá un número más crecido de personas que los hayan adoptado únicamente por la fe que les inspiren los más avanzados, y por último, la mayoría de las gentes, y sucederá entonces que los hombres dejarán de perderse y hallarán la felicidad.

V

Eso sucederá pronto, cuando las gentes de nuestro círculo, y á su ejemplo la mayoría de los hombres, dejen de considerar que es vergonzoso ir de visita con botas á lo ruso, y no encuentren que lo sea ir en zapatillas ante personas que no tienen especie alguna de calzado; cuando dejen de creer que es vergonzoso no conocer el francés y no saber la última noticia, y encuentren que lo sea comer pan sin saber cómo se hace; que es vergonzoso no llevar camisa planchada ni vestidos pulcros, y lo sea llevarlos limpios por efecto de la ociosidad; que es vergonzoso llevar las manos sucias, y no crea que lo es llevarlas limpias de callos.

Y todo eso sucederá cuando la opinión pública lo pida: y la opinión pública lo pedirá cuando de la imaginación de los hombres desaparezcan los sofismas que disfrazan la verdad.

Recuerdo que se han realizado grandes mudanzas en este sentido, y que esas mudanzas se han realizado por el cambio operado en la opinión pública.

Recuerdo que era una vergüenza para los ricos no salir en carruaje tirado por cuatro caballos y con dos lacayos; que lo era no dejarse lavar, vestir y calzar por un ayuda de cámara ó por una doncella, y he aquí que al presente, y de pronto, se ha hecho vergonzoso no vestirse y calzarse uno mismo y salir con lacayos en el coche.

Todos esos cambios se han realizado por la opinión pública. ¿Y acaso no son bien manifiestos los cambios que esa misma opinión está preparando hoy?

Bastó hace veinticinco años que el sofisma que justificaba la esclavitud desapareciera, para que cambiase la opinión pública: bastará que desaparezca el sofisma que justifica el poder del oro sobre los hombres para

que la opinión cambie sobre lo que es digno de loa y lo que es vergonzoso, y el cambio de opinión producirá el cambio de vida.

Pero el aniquilamiento del sofisma que justifica el poder del oro y el cambio de la opinión pública con relación á esto, marchan á todo vapor. Este sofisma se hace traición á sí mismo y apenas oculta ya la verdad: basta fijar la atención para descubrir el cambio que se está operando en la opinión pública.

Basta que un hombre de nuestro tiempo, siquiera sea poco instruido, reflexione acerca de las consecuencias reales que se derivan de las opiniones que profesa sobre el mundo, para que se convenza de que esa apreciación de lo bueno y de lo malo, de lo elogiable y de lo vergonzoso sobre la cual ordena, por inercia, su vida, está en abierta contradicción con el resultado de sus reflexiones.

Le basta á un hombre de nuestro tiempo abstraerse por un minuto de su vida de inercia, y considerarla y someterla á esa nueva apreciación que se derivará de sus reflexiones acerca del mundo, para sentirse espantado ante el engaño de su vida.

Tomemos como ejemplo á un joven (en la juventud es más poderosa la energía de la vida, y más obscura la conciencia del yo), tomemos á un joven de las clases ricas, cualquiera que sean sus tendencias.

Todo joven considera vergonzoso no socorrer al anciano, al niño y á la mujer; exponer al peligro la vida ó la salud de otro, poniendo en salvo las propias; que es salvaje y vergonzoso hacer lo que hacen, según cuenta Skayler, los kirghiz durante la tempestad, que es enviar fuera á las mujeres para que sostengan los vientos y tirantes de la tienda mientras zumba el huracán y permanecer ellos dentro sentados y bebiendo el *kumiss*[8]; que es vergonzoso obligar á trabajar para él á un hombre debilitado, y más vergonzoso aún que el hombre más fuerte, al ver arder el buque en que navega, derribe á los más débiles y se arroje el primero en el bote de salvamento, etc.

Todo eso lo encuentran vergonzoso los jóvenes y no lo harían ellos en circunstancia alguna; pero en la vida ordinaria hay cosas análogas, y aun peores, que les disfraza el sofisma y que ellos hacen como cosa corriente.

La formación de nuevos puntos de vista sobre la vida, es hoy el asunto en que se fija la opinión pública, y la opinión que los afirma no está lejos de elaborarlos.

Las mujeres son las que forman esa opinión, y las mujeres son muy fuertes, sobre todo en nuestro tiempo.

FIN.

8 Bebida hecha con leche de yegua.